ANA BELTRÁN LÓPEZ



LA VECINA DE LA PUERTA 5B

LA VECINA DE LA PUERTA 5B

ANA BELTRÁN LÓPEZ

Copyright © 2025 ANA BELTRÁN LÓPEZ

Todos los derechos reservados.Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o locales es pura coincidencia.

Hay grietas en todo. Así es como entra la luz... o como sale la oscuridad.
Adaptado de Leonard Cohen

CONTENTS

Title Page
Copyright
Epigraph
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 1

NUEVO COMIENZO

La última caja golpeó el suelo del apartamento con un ruido sordo que resonó en las paredes desnudas. Vacío. Todo estaba vacío. Justo como yo quería.

Me quedé parada en medio del salón, rodeada de cajas de cartón con mi vida entera metida dentro, y por primera vez en meses sentí que podía respirar. Nadie sabía dónde estaba. Nadie tenía esta dirección. Nadie podía llamar a la puerta esperando explicaciones que no tenía ganas de dar.

Nuevo edificio. Nueva zona. Nueva vida.

El apartamento era pequeño pero luminoso. Techos altos, ventanas que daban a una calle tranquila de Malasaña. Suelos de madera que crujían cuando caminaba. Podía escuchar mis propios pasos, mis propios pensamientos. Después de dos años compartiendo espacio con Javier y sus silencios acusadores, esto se sentía como un puto palacio.

Me acerqué a la ventana. Quinto piso. Lo suficientemente alto para tener privacidad, lo suficientemente bajo para no sentirme aislada del mundo. Abajo, la gente caminaba con prisa, con propósito. Tenían lugares donde ir, personas esperándolos.

Yo solo me tenía a mí misma. Y eso estaba bien.

Tenía que estar bien.

Saqué el móvil del bolsillo y abrí la última conversación con Javier. Sus mensajes seguían ahí, sin leer desde hacía tres semanas.

"Laura, por favor, hablemos" "No puedes simplemente desaparecer" "Estoy preocupado por ti"

Bloqueado. Borrado. Siguiente capítulo.

Me giré hacia las cajas. Ropa, libros, mi ordenador portátil para trabajar desde casa. Y en la caja más pequeña, la que había llevado en la mano durante toda la mudanza: mis medicinas.

Saqué el pastillero semanal. Lunes, martes, miércoles... todos los compartimentos llenos. Dos pastillas por la mañana, una por la noche. La rutina que llevaba años cumpliendo, la rutina que me mantenía... estable.

El psiquiatra había querido ajustar la dosis después del divorcio. Yo le dije que estaba bien, que no era necesario. Mentira. Pero no quería más cambios. Ya había demasiados.

Tomé las pastillas de hoy con un trago de agua tibia de una botella medio vacía. El sabor amargo se quedó en mi lengua.

Un golpe en la puerta me sobresaltó.

Mierda. Nadie debería saber que estaba aquí todavía.

Me acerqué despacio, pisando con cuidado para que los suelos no crujieran. Miré por la mirilla.

Una mujer mayor, pelo gris recogido en un moño, vestida con una rebeca de lana a pesar del calor de septiembre. Sostenía algo en las manos. Un plato cubierto con film transparente.

Mierda. Una vecina.

Abrí la puerta con una sonrisa que me costó esfuerzo poner.

—¿Sí?

—¡Hola! —Su voz era cálida, casi demasiado—. Soy Carmen, del 5B. —Señaló la puerta de enfrente—. Vi que te estabas mudando y pensé en traerte algo de comer. Imagino que con el caos de las cajas no habrás tenido tiempo de ir a comprar.

Le tendió el plato. Galletas caseras. Olían a mantequilla y vainilla.

—Oh. —La palabra me salió más seca de lo que pretendía—. Gracias, es muy amable.

—No es nada, mujer. —Carmen sonrió, pero sus ojos me recorrían. La cara, el pelo recogido en una coleta despeinada, la camiseta con manchas de polvo—. ¿Cómo te llamas?

—Laura.

—Encantada, Laura. —Se quedó ahí parada, esperando. ¿Esperando qué? ¿Una invitación a pasar? Ni de coña—. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde vivo. Justo enfrente.

Justo enfrente. Puerta con puerta. Genial.

—Te lo agradezco.

—¿Vives sola?

La pregunta me cayó como un jarro de agua fría.

—Sí.

—Ah. —Carmen ladeó la cabeza, estudiándome—. Yo también. Es agradable tener compañía en el rellano. El edificio es tranquilo, pero a veces demasiado tranquilo, ¿sabes?

No sabía. No quería saber.

—Seguro.

Hubo un silencio incómodo. Carmen seguía ahí, con esa sonrisa amable que no terminaba de llegarle a los ojos. Ojos que notaban demasiado. La caja de pastillas que había dejado en la encimera de la cocina, visible desde la puerta. Las cajas sin etiquetar. Mi mano izquierda sin anillo, con la marca blanca todavía visible.

—Bueno, te dejo descansar. —Por fin—. Bienvenida al edificio, Laura.

—Gracias.

Cerré la puerta antes de que pudiera decir nada más.

Me quedé ahí parada, con el plato de galletas en las manos, escuchando los pasos de Carmen alejarse. Crujieron los suelos del rellano. Una puerta se abrió. Se cerró.

Silencio.

Dejé las galletas en la encimera, al lado del pastillero.

Algo en esa mujer me había puesto nerviosa. No sabría decir qué exactamente. Tal vez era solo yo. Javier siempre decía que yo era paranoica, que veía amenazas donde no las había. "No todo el mundo tiene malas intenciones, Laura", solía decir con ese tono condescendiente que me hacía querer gritar.

Pero Javier no estaba aquí. Nadie estaba aquí. Solo yo.

Y esa mujer del 5B.

Justo enfrente.

Volví a las cajas y empecé a desempacar. Ropa en el armario, libros en la estantería vacía que había junto a la ventana. Trabajé en piloto automático, dejando que mis manos hicieran el trabajo mientras mi mente divagaba.

Tres horas después, cuando ya oscurecía, el apartamento empezaba a parecer habitable. Había colgado las cortinas, montado la cama, organizado la cocina. Mi ordenador estaba instalado en el pequeño escritorio del salón. Mañana empezaría a trabajar desde casa otra vez. Diseño gráfico freelance. Lo suficiente para pagar el alquiler y las facturas, lo suficientemente flexible para no tener que lidiar con gente.

Me preparé un té y me senté en el sofá, el único mueble que había traído de mi vida anterior. Javier no lo quiso. Decía que era viejo, que olía raro. A mí me gustaba precisamente por eso. Era mío.

El té estaba demasiado caliente. Lo dejé en la mesita y cerré los ojos.

Qué raro. No recordaba haberme quedado dormida en el sofá.

Pero cuando abrí los ojos, había oscuridad total. El té se había enfriado por completo. Mi móvil decía que eran las tres de la mañana.

¿Cinco horas? ¿Había dormido cinco horas?

Me levanté con las piernas entumecidas. Necesitaba irme a la cama de verdad. Pero primero...

Me acerqué a la puerta para poner el cerrojo.

Y ahí fue cuando los vi.

Arañazos.

Cuatro líneas paralelas en la madera roja de la puerta. Profundas. Recientes.

En la parte interior. La parte que daba a mi apartamento.

El corazón me latió más rápido. Encendí la luz del recibidor para verlos mejor.

Ahí estaban. Inequívocos. Como si alguien hubiera pasado las uñas con fuerza, desesperado.

¿Pero cuándo? Había entrado y salido del apartamento todo el día. No estaban ahí antes. Estaba segura.

¿Verdad?

Pasé los dedos por las marcas. La madera se sentía áspera, astillada.

Miré por la mirilla.

El rellano estaba vacío y oscuro. La única luz venía del aplique de emergencia que proyectaba sombras alargadas.

Y justo enfrente, la puerta del 5B.

Cerrada. En silencio.

Me alejé de la puerta.

Solo era un edificio viejo. Las puertas viejas tienen marcas. Eso es todo.

Pero mientras me lavaba los dientes y me metía en la cama, no podía dejar de pensar en esas cuatro líneas.

Y en la mujer que vivía justo enfrente.

Con esa sonrisa que no llegaba a los ojos.

CAPÍTULO 2

LA VECINA PERFECTA

Me desperté con el sol dándome directamente en la cara. Mierda. Había olvidado cerrar las cortinas.

Miré el móvil. Diez y media de la mañana. Hacía años que no dormía hasta tan tarde. Normalmente me despertaba a las seis, ansiosa, con la mente ya acelerada pensando en todo lo que tenía que hacer. Pero hoy... nada. Solo silencio.

Me quedé tumbada un momento, escuchando los sonidos del edificio. Cañerías que gemían. Pasos amortiguados en el piso de arriba. Una puerta que se cerraba en algún lugar lejano. Sonidos normales. Sonidos de gente viviendo sus vidas.

Me levanté y fui directa a la puerta.

Los arañazos seguían ahí.

Cuatro líneas paralelas en la madera roja. A la luz del día parecían menos amenazantes. Solo marcas en una puerta vieja. Eso es todo lo que eran.

Tenía que serlo.

Me preparé café y me senté frente al ordenador. Tenía tres proyectos pendientes: un logo para una startup de Barcelona, el rediseño de un menú para un restaurante, y los gráficos de redes sociales para una tienda de ropa online. Trabajo monótono, pero pagaba las facturas.

Estaba a mitad del logo cuando alguien llamó a la puerta.

Tres golpes suaves, casi tímidos.

Suspiré. Ya sabía quién era.

Abrí la puerta.

Carmen estaba ahí con otra bandeja. Esta vez un táper de cristal con algo que parecía tortilla de patatas.

—Buenos días, Laura. —Esa misma sonrisa cálida—. Espero no molestarte. Hice demasiada tortilla esta mañana y pensé que tal vez... bueno, con la mudanza y todo, quizá no hayas tenido tiempo de cocinar.

—Ah. Gracias, pero...

—No es molestia, de verdad. —Me tendió el táper antes de que pudiera rechazarlo—. Vivo sola, ¿sabes? Siempre cocino para dos sin darme cuenta. Costumbres.

Cogí el táper porque no había forma educada de no hacerlo.

—Es muy amable de tu parte.

—¿Qué tal la primera noche? ¿Pudiste descansar?

—Sí, bien.

—Me alegro. A veces los edificios antiguos hacen ruidos raros por la noche. Yo ya estoy acostumbrada, pero entiendo que para alguien nuevo puede ser... desconcertante.

Me quedé mirándola. ¿Qué clase de ruidos? ¿Por qué decía eso?

—No escuché nada raro.

—Ah, perfecto entonces. —Carmen se quedó ahí, cambiando el peso de un pie a otro. Esperando algo—. ¿A qué te dedicas, si no es indiscreción?

—Diseño gráfico. Trabajo desde casa.

—Qué bien. Tranquilo, sin tener que lidiar con jefes y compañeros. Yo estoy jubilada, así que también paso mucho tiempo

en casa. —Una pausa—. Demasiado tiempo, diría mi hija si siguiera... —Se calló abruptamente, como si hubiera dicho más de lo que pretendía.

No pregunté. No quería saber. No quería crear lazos con esta mujer.

—Bueno, gracias por la tortilla. De verdad tengo que volver al trabajo.

—Claro, claro. —Carmen dio un paso atrás, pero sus ojos recorrieron mi apartamento por encima de mi hombro. La cocina desordenada. El ordenador abierto. Las cajas todavía sin desempacar en el fondo—. Si necesitas ayuda con algo del edificio, dónde está la lavandería, cómo funciona el portal, lo que sea... ya sabes dónde vivo.

—Lo sé. Justo enfrente.

Algo en mi tono hizo que su sonrisa vacilara por un segundo. Casi imperceptible. Pero lo vi.

—Exacto. —Se giró para irse, luego se detuvo—. Ah, una cosa. El portero automático a veces falla. Si esperas algún paquete, es mejor que avises al administrador. El número está en el tablón del portal.

—Vale. Gracias.

Cerré la puerta.

Me quedé ahí parada, con el táper en las manos, escuchando sus pasos alejarse. Crujido, crujido, crujido en los suelos de madera. Llave en la cerradura. Puerta que se abre.

Pero no se cierra.

Esperé. Cinco segundos. Diez. Quince.

Miré por la mirilla.

La puerta del 5B estaba entreabierta. Solo una rendija. Y en la oscuridad del interior, una sombra.

Carmen.

De pie. Mirando hacia mi puerta.

El corazón me dio un vuelco.

¿Qué coño hacía?

Di un paso atrás, conteniendo la respiración.

Cinco segundos más.

La puerta del 5B se cerró.

Me alejé de la mirilla, con el pulso acelerado.

Calm down, Laura. Solo es una vecina curiosa. Los edificios viejos están llenos de gente solitaria que no tiene nada mejor que hacer que meterse en la vida de los demás. Es normal.

Pero no se sentía normal.

Dejé el táper en la encimera, al lado de las galletas de ayer que no había probado. Volví al ordenador e intenté concentrarme en el logo.

No pude.

Cada diez minutos miraba hacia la puerta, esperando otro golpe. Otro regalo. Otra pregunta disfrazada de amabilidad.

A las dos de la tarde me rendí. Necesitaba salir.

Me puse una chaqueta y cogí el bolso. Abrí la puerta con cuidado, mirando antes el rellano.

Vacío.

Cerré con llave, metí las llaves en el bolso, y me giré hacia el ascensor.

Y ahí fue cuando escuché el pestillo.

Me giré.

La puerta del 5B se estaba abriendo.

Carmen asomó la cabeza, con esa sonrisa.

—Ah, Laura, qué casualidad. ¿Vas a salir?

No era casualidad. Me había estado esperando. Escuchando.

—Sí, necesito comprar algunas cosas.

—Yo también tengo que bajar. Te acompaño.

No era una pregunta.

Esperó a que yo llegara al ascensor y apretó el botón. Nos quedamos ahí de pie, en silencio incómodo, viendo cómo los números bajaban. 4... 3... 2...

—¿Hace mucho que vives en el edificio? —pregunté, solo por llenar el silencio.

—Doce años. —Carmen miró los números—. Llegué después de que mi marido muriera. Necesitaba un cambio de aires, algo más pequeño. Este sitio era perfecto. Tranquilo. Seguro.

Las puertas del ascensor se abrieron. Entramos.

Espacio reducido. Su perfume era intenso, floral. Violetas.

—¿Y tú? —preguntó Carmen mientras las puertas se cerraban —. ¿También buscabas un cambio?

—Algo así.

—Divorciada, ¿verdad?

Se me cortó la respiración.

—¿Perdona?

—Perdona, no quería ser entrometida. —Pero no parecía arrepentida—. Es solo que... una mujer joven, sola, mudándose con lo puesto. Se nota. Yo pasé por lo mismo cuando enviudé. Esa necesidad de empezar de cero.

No le había dicho que estaba divorciada. No había mencionado a Javier. Ni siquiera llevaba el anillo desde hacía meses.

—¿Cómo sabes que estoy divorciada?

—Intuición. —Carmen me miró directamente a los ojos—. Una reconoce las señales.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja.

Salí rápido, necesitando aire, espacio.

—Qué bien que nos hayamos encontrado —dijo Carmen detrás de mí—. Así puedo enseñarte el barrio. Hay un supermercado muy bueno a dos calles, y una panadería que hace un pan...

—Gracias, pero prefiero ir sola. —Las palabras me salieron más bruscas de lo que pretendía—. Necesito caminar, aclarar la cabeza.

Carmen se detuvo en el portal.

—Claro. Por supuesto. —Esa sonrisa otra vez, pero ahora con algo más. ¿Decepción? ¿Tristeza?—. Nos vemos luego.

Salí a la calle sin mirar atrás.

Caminé rápido, sin rumbo fijo, solo necesitando distancia. Tres calles, cuatro, cinco. Hasta que mi respiración se calmó y el nudo en el pecho se aflojó.

Estaba exagerando. Tenía que ser eso.

Carmen solo era una vecina solitaria que buscaba compañía. Nada más. Nada siniestro.

Entonces, ¿por qué me sentía observada?

Pasé dos horas fuera. Compré en el supermercado, tomé un café en una terraza, evité volver al edificio todo lo que pude.

Cuando finalmente regresé, eran casi las seis de la tarde.

El portal estaba vacío. Subí en el ascensor rezando para que el rellano también lo estuviera.

Quinto piso.

Las puertas se abrieron.

Vacío.

Gracias a dios.

Caminé hacia mi puerta, buscando las llaves en el bolso. Mierda, siempre se me perdían en el fondo entre el monedero, el móvil, los pañuelos...

Ahí estaban.

Saqué las llaves y algo cayó al suelo con un tintineo metálico.

Otro juego de llaves.

Las de repuesto.

¿Las de repuesto?

Me agaché a recogerlas, confundida.

Yo había dejado las llaves de repuesto en el cajón de la cocina esta mañana. Estaba segura. Las puse ahí específicamente para no perderlas.

¿Cómo habían terminado en mi bolso?

¿Las había cogido sin darme cuenta?

Abrí la puerta y fui directa al cajón de la cocina.

Vacío.

Vale. Entonces sí las había cogido yo. Simple olvido. Últimamente me pasaba, olvidar cosas pequeñas. El psiquiatra decía que era normal con la medicación. Efectos secundarios menores.

Guardé las llaves de repuesto en el cajón otra vez y empecé a guardar la compra.

Fue entonces cuando lo noté.

Tierra.

Pequeñas manchas de tierra en el suelo de la cocina. Como si alguien hubiera entrado con zapatos sucios.

Pero yo no tenía tierra en los zapatos. Acababa de comprobarlo en el felpudo.

Recorrí el apartamento con la vista. Todo estaba como lo había dejado. Ordenador en el escritorio. Cajas en el mismo sitio. Cama hecha.

Todo normal.

Excepto por la tierra.

Y excepto por algo más que no podía identificar. Una sensación. Como si el aire hubiera sido removido. Como si alguien hubiera estado aquí.

No seas ridícula, Laura.

Cerré todas las ventanas aunque hiciera calor. Puse el cerrojo de la puerta. Me tomé las pastillas de la noche con dos tragos de agua.

Me senté en el sofá con el portátil, intentando trabajar. Pero cada ruido del edificio me hacía levantar la vista. Cada crujido, cada susurro de las cañerías.

A las diez de la noche, mi móvil vibró.

Un mensaje de un número desconocido.

"Espero que disfrutaras de la tortilla. Si necesitas más, solo tienes que decirlo. - Carmen"

¿Cómo coño tenía mi número?

No se lo había dado. Estaba segura.

¿Verdad?

Bloqueé el número sin responder.

Me fui a la cama temprano, agotada por la ansiedad.

Pero antes de acostarme, volví a mirar la puerta.

Los arañazos.

Ahora me pareció que había más.

Más líneas. Más profundas.

¿O siempre habían sido así?

Ya no lo sabía.

Me metí en la cama y cerré los ojos, intentando no pensar en la mujer del 5B.

La mujer que sabía demasiado.

La mujer que aparecía en el momento exacto.

La mujer que vivía justo enfrente.

CAPÍTULO 3

LAS PRIMERAS MARCAS

El sonido me despertó a las tres de la mañana.

Arañazos.

Me incorporé en la cama, con el corazón desbocado, escuchando en la oscuridad.

Ahí estaba otra vez. Un rasguño lento, deliberado. Madera contra madera. O uñas contra madera.

Venía de la puerta.

Me quedé paralizada, con las sábanas apretadas entre los puños.

Silencio.

Cinco segundos. Diez.

Nada.

¿Lo había soñado?

Me levanté despacio, con las piernas temblorosas. El suelo estaba frío bajo mis pies descalzos. Caminé por el pasillo a oscuras, sin atreverme a encender la luz, sin saber por qué.

La puerta estaba a solo tres metros. Podía ver su silueta recortada contra la luz tenue que se filtraba por la mirilla.

Nada se movía.

Di otro paso. Otro.

Silencio absoluto.

Estaba a punto de convencerme de que había sido un sueño cuando lo escuché otra vez.

Rasssss.

Tan cerca que podría estar justo al otro lado de la puerta.

Se me erizó la piel.

Me acerqué a la mirilla con el pulso retumbando en los oídos.

Miré.

El rellano estaba vacío. La luz de emergencia proyectaba ese mismo resplandor fantasmal de siempre. La puerta del 5B, cerrada.

Nadie.

Nada.

Puse la mano en la madera de mi puerta y la sentí vibrar ligeramente.

¿O era mi mano la que temblaba?

Volví a la cama pero no dormí más. Me quedé ahí tumbada, mirando el techo, escuchando cada crujido del edificio hasta que la luz del amanecer empezó a filtrarse por las cortinas.

A las siete me levanté, exhausta.

Fui directa a la puerta.

Y ahí estaban.

Más arañazos.

No eran imaginación mía. Había más que ayer. Muchos más.

Las cuatro líneas originales ahora tenían compañía. Nuevas marcas, entrecruzadas, algunas más superficiales, otras más profundas. Todas en la parte interior de la puerta, la parte que daba a mi pasillo privado.

Como si alguien hubiera estado encerrado aquí dentro y hubiera intentado salir.

Pero eso era una locura. Yo era la única que vivía aquí.

Pasé los dedos por las marcas. Astillas se desprendieron bajo mis uñas.

Nuevas. Definitivamente nuevas.

Saqué el móvil y busqué el número del administrador. Estaba en un papel que me habían dado al firmar el contrato, enterrado en alguna caja.

Tardé veinte minutos en encontrarlo.

Marqué el número. Tres tonos.

—¿Diga?

—Hola, soy Laura Vega, del 5A. Me mudé hace dos días.

—Ah, sí. ¿Algún problema?

—Es sobre mi puerta. Tiene unos arañazos que...

—El edificio tiene más de ochenta años, señorita. Todas las puertas tienen marcas.

—No, estas son nuevas. No estaban cuando me mudé.

Un suspiro al otro lado de la línea.

—¿Ha pintado algo? ¿Ha movido muebles? A veces uno mismo causa daños sin darse cuenta durante la mudanza.

—No he movido nada cerca de la puerta. Y las marcas están por dentro, en la parte que da a mi apartamento.

—Entonces habrá sido algún mueble al entrar. O la empresa de mudanzas. ¿Contrató a profesionales?

—Yo misma traje mis cosas, y...

—Mire, si quiere presentar una reclamación formal por daños, puede hacerlo por escrito. Pero le adelanto que el propietario no se

hará responsable de marcas que pudieron causarse durante la mudanza.

—No estoy buscando que nadie pague nada. Solo quiero saber si...

—¿Si qué?

Si alguien más ha reportado cosas raras en este edificio. Si la anterior inquilina del 5A tuvo problemas. Si hay alguna razón para que mi puerta parezca que alguien intentó atravesarla a arañazos.

—Nada. Olvídelo.

Colgué antes de que pudiera responder.

Inútil. Completamente inútil.

Me preparé café cargado y me senté frente al ordenador. Tenía que terminar ese maldito logo. Pero no podía concentrarme. Cada pocos minutos miraba hacia la puerta.

Las marcas seguían ahí. Reales. Innegables.

A las diez de la mañana alguien llamó a la puerta.

No necesitaba mirar para saber quién era.

—¿Laura? Soy Carmen.

Cerré los ojos. No hoy. No tenía energía para esto hoy.

—Sé que estás ahí. Vi luz bajo la puerta.

Mierda.

Abrí.

Carmen estaba ahí con una bolsa de plástico.

—Buenos días. Traigo churros. Hay una churrería buenísima a tres calles y pensé...

—Carmen, de verdad, eres muy amable, pero no puedes seguir trayéndome comida.

Su sonrisa vaciló.

—¿Te molesta?

—No es eso. Es solo que... necesito espacio. Acabo de mudarme, tengo trabajo, y...

—Por supuesto. Lo entiendo. —Pero no se movió—. Es solo que pensé que tal vez podríamos desayunar juntas. Yo también trabajo desde casa, bueno, no trabajo exactamente, pero estoy sola todo el día y pensé que sería agradable tener compañía. Alguien con quien charlar de vez en cuando.

La miré realmente por primera vez. Las arrugas alrededor de sus ojos. Las manos que aferraban la bolsa con demasiada fuerza. La forma en que se inclinaba ligeramente hacia adelante, como un cachorro esperando atención.

Soledad. Eso es lo que vi.

Y me sentí como una mierda.

—Mira, quizá otro día, ¿vale? Hoy realmente tengo mucho trabajo y...

Sus ojos se desviaron por encima de mi hombro, hacia el interior del apartamento.

—¿Dormiste bien? Te ves cansada.

—Estoy bien.

—¿Escuchaste ruidos anoche? A veces el edificio...

—No escuché nada.

Mentira.

Carmen me estudió con esa mirada que me ponía nerviosa. Como si pudiera ver a través de mí.

—Si necesitas algo, lo que sea...

—Lo sé. Justo enfrente.

—Exacto.

Se giró para irse, luego se detuvo.

—Ah, casi lo olvido. —Señaló hacia mi puerta—. ¿Qué le pasó a tu puerta?

Se me heló la sangre.

—¿Qué?

—Esas marcas. —Se acercó, pasando los dedos por los arañazos—. No estaban antes, ¿verdad? Las habría notado.

—El administrador dice que el edificio es viejo, que todas las puertas tienen marcas.

—Puede ser. —Carmen frunció el ceño—. Pero estas parecen frescas. ¿Las hiciste tú?

—¿Qué? No. ¿Por qué iba a arañar mi propia puerta?

—No lo sé. —Me miró de una forma extraña—. A veces la gente hace cosas sin darse cuenta. Cuando está estresada. O cuando...

—No fui yo.

—Vale, vale. Solo preguntaba. —Retrocedió con las manos levantadas—. Es raro, eso es todo. Tan profundas. Tan... deliberadas.

Se quedó ahí parada, esperando que dijera algo más.

No lo hice.

—Bueno, ahí tienes los churros de todos modos. —Dejó la bolsa en el suelo, frente a mi puerta—. Por si cambias de opinión.

Volvió a su apartamento. Esta vez la puerta se cerró de inmediato.

Pero cuando miré por la mirilla treinta segundos después, vi la sombra.

Otra vez. De pie detrás de su puerta. Mirando.

Cogí la bolsa de churros y la metí en mi apartamento. Cerré la puerta con más fuerza de la necesaria.

El resto del día intenté trabajar. Logré terminar el logo y enviarlo. El cliente respondió con cambios menores. Típico. Pero al menos era progreso.

A las tres de la tarde salí a tirar la basura.

El contenedor estaba en el sótano. Bajé por las escaleras porque el ascensor tardaba siglos.

El sótano era frío y húmedo, con ese olor a cerrado que tienen todos los sótanos. Tuberías expuestas en el techo. Luz fluorescente que parpadeaba.

Tiré la bolsa en el contenedor y estaba a punto de volver cuando vi algo en el suelo.

Tierra.

Las mismas manchas de tierra que había encontrado en mi cocina.

Pero aquí había más. Un rastro. Como si alguien hubiera caminado con zapatos enlodados desde...

Seguí el rastro con la vista.

Conducía a los trasteros. Pequeños cuartos cerrados con candados donde los inquilinos guardaban cosas que no cabían en sus apartamentos.

El rastro terminaba frente al trastero número 5A.

Mi trastero.

Pero yo no tenía nada ahí todavía. Ni siquiera había bajado desde que me mudé.

Me acerqué. El candado estaba puesto. Cerrado.

¿Verdad?

Lo toqué y se abrió con un clic.

Mierda.

¿Lo había dejado abierto sin darme cuenta?

Abrí la puerta del trastero. Oscuridad total. Busqué a tientas el interruptor de la luz.

Clic.

Vacío. Completamente vacío.

Excepto por más tierra en el suelo.

Y en la pared del fondo, escritas con lo que parecía barro o...

No.

No podía ser.

Miré más de cerca.

Palabras. Escritas con dedo. En la pared de cemento.

"SALIR SALIR SALIR SALIR"

Una y otra vez. Llenando toda la pared.

Retrocedí, tropecé con mis propios pies, casi caigo.

¿Qué coño era esto?

Salí del trastero, cerré la puerta con manos temblorosas, puse el candado.

Subí las escaleras corriendo, sin aliento, sin mirar atrás.

Cuando llegué al quinto piso, la puerta del 5B se abrió.

Carmen.

—Laura, ¿estás bien? Te ves pálida.

—Estoy bien.

—¿Segura? Pareces...

—He dicho que estoy bien.

Entré en mi apartamento y cerré de un portazo.

Me apoyé contra la puerta, respirando fuerte.

Esto no estaba pasando. No podía estar pasando.

Me tomé las pastillas de la noche aunque eran solo las cuatro de la tarde. Necesitaba calmarme. Necesitaba que mi cerebro dejara de inventar amenazas donde no las había.

Porque eso es lo que estaba pasando. Mi cerebro jugándome una mala pasada. El estrés de la mudanza, el divorcio, la soledad. Todo junto creando paranoia.

El psiquiatra me había advertido sobre esto. Sobre los pensamientos intrusivos. Sobre ver patrones donde no los había.

"No todo tiene significado, Laura", me había dicho en nuestra última sesión. "A veces las cosas simplemente son."

Palabras escritas en un trastero vacío.

Tierra en mi cocina.

Arañazos en mi puerta.

Simplemente eran.

Tenían que serlo.

Me fui a la cama a las ocho, completamente agotada.

Pero antes de acostarme, arrastré la mesita de noche y la puse contra la puerta.

Solo por si acaso.

Me desperté en el sofá.

No en la cama. En el sofá del salón.

Sin recordar cómo había llegado ahí.

La mesita de noche estaba de vuelta en su sitio, al lado de la cama.

Y en la puerta...

Más arañazos.

Tantos que apenas se veía la madera roja debajo.

Como si alguien hubiera pasado toda la noche arañando.

Desesperado por salir.

O por entrar.

CAPÍTULO 4

DEMASIADO CERCA

Me quedé mirando la puerta durante lo que parecieron horas.

La luz de la mañana entraba por la ventana, iluminando cada marca, cada arañazo. Había docenas. Quizá cientos. Cubrían casi toda la superficie inferior de la puerta, desde el pomo hacia abajo.

¿Cómo era posible que hubiera tantas?

¿Y cómo coño había acabado en el sofá?

Lo último que recordaba era meterme en la cama. Poner la mesita contra la puerta. Cerrar los ojos.

Y luego... nada.

Un vacío de ocho horas.

Me miré las manos. Las uñas estaban bien. Sin roturas, sin sangre, sin suciedad.

Pero...

Alcé la mano derecha hacia la luz.

Había tierra bajo el dedo índice. Solo un poco. Una media luna oscura.

Se me revolvió el estómago.

No. No, no, no.

Fui al baño y me lavé las manos con agua tan caliente que casi me quemaba. Froté hasta que la piel se puso roja.

Cuando terminé, me agarré al lavabo y me obligué a mirar el espejo.

Ojeras profundas. Piel pálida. Pelo revuelto. Parecía enferma.

¿Lo estaba?

¿Estaba empeorando?

Javier había dicho que esto pasaría. Que dejar de vivir con él, aislarme, sería peor para mí. "Necesitas estructura, Laura. Necesitas gente a tu alrededor. No puedes encerrarte sola."

Le había demostrado que estaba equivocado. O eso creía.

Volví al salón y agarré el pastillero.

Lunes. Había tomado las de lunes.

Martes. Vacío también.

Miércoles. Vacío.

¿Qué día era hoy?

Miré el móvil. Jueves.

Mierda.

¿Había tomado las pastillas de tres días? ¿Cuándo? No recordaba...

No.

Cálmate.

Había tomado las de anoche. Las recordaba. Dos pastillas con agua. Eso significaba que hoy era... que ayer era miércoles. Que había tomado miércoles por la noche.

¿Verdad?

Dejé el pastillero en la encimera con manos temblorosas.

Necesitaba llamar al psiquiatra. Necesitaba contarle esto. Las lagunas, los olvidos, despertarme en lugares que no recordaba.

Pero entonces tendría que admitir que algo iba mal.

Y si algo iba mal, tendría que volver. Volver a las sesiones semanales, a los análisis de sangre, posiblemente a ajustar la medicación otra vez. Posiblemente a...

Un golpe en la puerta me hizo dar un salto.

—¿Laura?

Carmen. Otra vez.

No iba a abrir. No hoy. Hoy no podía fingir que todo estaba bien.

—Laura, sé que estás ahí. Escuché... ruidos anoche. Quería asegurarme de que estabas bien.

Me quedé quieta, conteniendo la respiración.

—Si no abres voy a llamar al administrador. Me estás preocupando.

Mierda.

Abrí la puerta solo una rendija, manteniéndome en medio para que no pudiera ver el interior.

—Estoy bien.

Carmen me miró de arriba abajo. Todavía llevaba el pijama. No me había peinado. Probablemente parecía un desastre.

—No pareces bien.

—Solo estoy cansada.

—¿Segura? Porque anoche escuché...

—¿Qué escuchaste?

Carmen dudó.

—Golpes. O arañazos. Como si movieras muebles. Durante horas.

—Estaba reorganizando cosas.

—A las tres de la mañana.

—No podía dormir.

Nos miramos en silencio. Sus ojos eran grises, casi transparentes con esta luz. Me estudiaban con demasiada intensidad.

—Laura, si necesitas hablar con alguien...

—No necesito nada. Gracias.

—Es solo que... —Miró detrás de mí, intentando ver el interior —. A veces cuando una está sola, cuando está pasando por un momento difícil, las cosas pueden...

—No sé de qué hablas.

—Tu puerta. —Señaló hacia abajo—. Las marcas son cada vez peores.

No me moví. No miré. No iba a darle la satisfacción.

—El edificio es viejo. Ya te lo dije.

—Ayer no estaban tan mal.

—Quizá no te fijaste bien.

—Me fijo en todo, Laura. —Lo dijo con una suavidad que me puso la piel de gallina—. Es lo que pasa cuando vives sola tanto tiempo. Te vuelves muy observadora.

—Tengo que volver al trabajo.

—¿Has desayunado? Puedo preparar café, podemos...

—No.

La palabra salió más fuerte de lo que pretendía. Carmen retrocedió como si la hubiera abofeteado.

—Lo siento. —Suavicé el tono—. Es solo que necesito estar sola ahora mismo.

—Entiendo. —Pero sus ojos decían lo contrario—. Bueno, si cambias de opinión...

—Lo sé. Justo enfrente.

Cerré la puerta.

Esta vez no esperé a escuchar sus pasos. No miré por la mirilla. Simplemente me alejé y volví al ordenador.

Tenía emails. El restaurante quería más cambios en el menú. La tienda de ropa necesitaba los gráficos para mañana. Todo urgente. Todo importante.

Pero no podía concentrarme.

Cada pocos minutos miraba hacia la puerta.

Y cada vez que miraba, juraba que había más arañazos.

A mediodía me obligué a comer algo. Los churros que Carmen había dejado ayer. Estaban duros pero me daba igual. Necesitaba algo en el estómago.

Estaba terminando el último cuando vi mi bolso en el sofá.

Abierto.

¿Lo había dejado abierto?

Me acerqué. El contenido estaba... revuelto. Como si alguien hubiera buscado algo.

Saqué todo. Monedero, móvil, pañuelos, el estuche de las gafas de sol.

Las llaves.

Solo había un juego.

Las llaves de repuesto no estaban.

Pero las había puesto en el cajón de la cocina. Ayer. Después de encontrarlas en el bolso.

Fui al cajón.

Vacío.

¿Otra vez?

Busqué por todo el apartamento. La mesa de noche, los bolsillos de la chaqueta, entre los cojines del sofá.

Nada.

¿Dónde coño estaban?

A menos que...

Me quedé helada.

La puerta del 5B.

Carmen.

Carmen que aparecía en el momento exacto. Carmen que sabía demasiado. Carmen que había visto el pastillero en la encimera.

Carmen que tenía acceso a mi apartamento.

No. Eso era una locura.

¿O no?

¿Cómo si no explicaba la tierra? ¿Los objetos movidos? ¿Despertar en el sofá cuando me había acostado en la cama?

Alguien había estado entrando.

Y solo había una persona con motivo, oportunidad y acceso.

Tenía que asegurarme.

Saqué el móvil y busqué cámaras de seguridad en Amazon. Encontré una pequeña, discreta, que podía instalar yo misma. Entrega en dos horas.

La pedí.

Mientras esperaba, intenté trabajar. Logré hacer dos de los gráficos para la tienda de ropa. Progreso.

El timbre del portero automático sonó a las tres.

—¿Paquete para Laura Vega?

—Subo.

Bajé a recogerlo al portal. No quería que el repartidor subiera. No quería que Carmen supiera que había pedido algo.

Volví con la caja bajo el brazo.

En el rellano del quinto piso, la puerta del 5B estaba entreabierta.

Otra vez.

Pasé rápido, fingiendo no notar. Entré en mi apartamento y cerré con cerrojo.

Instalé la cámara en la estantería del salón, apuntando hacia la puerta de entrada. Era pequeña, negra, casi invisible entre los libros.

La configuré con el móvil. Funcionaba. Grababa con detector de movimiento y me enviaba notificaciones.

Perfecto.

Ahora solo tenía que esperar.

El resto de la tarde pasó en una calma tensa. Trabajé. Comí algo de lata. Me duché.

A las diez de la noche me tomé las pastillas. Esta vez me aseguré de que fueran las del jueves. Las marqué mentalmente. Las sentí bajar por mi garganta.

Me fui a la cama.

Antes de apagar la luz, comprobé la cámara una última vez.

Grabando. Todo en orden.

Cerré los ojos.

El móvil vibró a las 2:47 de la madrugada.

Notificación de la cámara: Movimiento detectado.

Me incorporé de golpe, con el corazón desbocado.

Abrí la app con manos temblorosas.

La grabación mostraba la puerta de entrada.

No había nadie.

Pero la puerta se estaba abriendo.

Despacio. Centímetro a centímetro.

Desde dentro.

Alguien estaba saliendo de mi apartamento.

La cámara captó una sombra. Una figura.

El ángulo no era bueno. No podía ver la cara.

La figura se movió hacia la puerta, la abrió completamente, y...

Salió al rellano.

La puerta se cerró sola detrás.

Miré la hora de la grabación: 2:43 AM.

Cuatro minutos antes.

Me levanté de la cama, temblando.

Caminé hacia la puerta del dormitorio.

El apartamento estaba en silencio absoluto.

Di un paso. Otro.

Llegué al salón.

Vacío.

La puerta de entrada estaba cerrada. Cerrojo puesto.

¿Cómo era posible?

Miré la cámara en la estantería.

Seguía grabando. La luz roja parpadeaba.

Volví a mirar el móvil. Rebobiné la grabación. La vi otra vez.

La sombra. La figura saliendo.

Y entonces, cuando la luz del rellano iluminó por un segundo el perfil...

Se me cortó la respiración.

Conocía esa silueta.

El pelo recogido en una coleta.

La camiseta de tirantes.

El pantalón del pijama.

Era yo.

Yo saliendo de mi propio apartamento.

A las 2:43 de la madrugada.

Sin recordarlo.

CAPÍTULO 5

VIGILANCIA

No volví a dormir.

Me quedé sentada en el sofá, con el móvil en la mano, viendo la grabación una y otra vez.

Yo. Era yo.

Saliendo de mi apartamento en mitad de la noche.

Caminando como... como sonámbula. Movimientos lentos, deliberados. Nada errático.

¿Adónde había ido?

¿Cuánto tiempo estuve fuera?

Revisé el resto de las grabaciones. La cámara había detectado movimiento otra vez a las 3:31 AM.

La puerta abriéndose. Yo entrando. Cerrando con cuidado. Volviendo al dormitorio.

Cuarenta y ocho minutos fuera.

Haciendo qué.

Me levanté del sofá y fui al recibidor. Miré mis zapatillas.

Sucias.

La suela tenía tierra incrustada. Pequeñas piedrecitas. Hojas secas.

¿Había salido del edificio?

Revisé el bolsillo del pantalón del pijama.

Vacío.

Excepto por algo pequeño y duro en la costura del fondo.

Lo saqué.

Una llave.

Las llaves de repuesto.

Las que había estado buscando.

¿Las había llevado conmigo? ¿Para qué?

La cabeza me daba vueltas. Necesitaba respuestas. Necesitaba entender qué coño me estaba pasando.

Saqué el pastillero y conté las pastillas que quedaban.

Lunes: vacío. Martes: vacío. Miércoles: vacío. Jueves: vacío.

¿Pero cuándo había llenado el pastillero? ¿El domingo? ¿El lunes?

No lo recordaba.

Busqué el bote de pastillas en el armario del baño. Conté las que quedaban. Hice el cálculo mental.

Faltaban.

Faltaban más de las que debería haber tomado.

¿Había estado tomando dosis dobles? ¿Triples?

¿O no las había tomado en absoluto y mi mente me engañaba haciéndome creer que sí?

El sol empezó a salir. Luz gris colándose por las ventanas.

Me preparé café aunque sabía que no lo necesitaba. Ya estaba completamente despierta. Hiper-alerta. Cada nervio en tensión.

A las ocho de la mañana sonó mi móvil.

Número desconocido.

Lo ignoré.

Volvió a sonar.

Lo apagué.

Dos minutos después, alguien golpeó la puerta.

Carmen.

Tenía que ser Carmen.

—Laura, soy yo. Sé que estás enfadada porque te llamé, pero necesito hablar contigo.

¿Enfadada? ¿Llamarme?

Abrí la puerta.

Carmen estaba ahí con el móvil en la mano.

—¿Por qué no contestas?

—¿Cómo tienes mi número?

—Me lo diste el otro día. ¿No te acuerdas?

—No te di mi número.

Carmen me miró con esa expresión. Esa mezcla de preocupación y algo más. Algo que no podía identificar.

—Sí lo hiciste. Cuando te traje la tortilla. Dijiste que te lo mandara por si necesitaba algo del edificio. Para ayudar con la mudanza.

—Yo no dije eso.

—Laura...

—¿Qué quieres?

Carmen bajó el móvil.

—Te vi anoche.

Se me heló la sangre.

—¿Qué?

—A las tres de la madrugada. Estabas en el rellano. Pensé que ibas a tirar la basura o algo así, pero... te quedaste ahí parada. Mirando tu puerta. Durante varios minutos.

—Estás equivocada.

—No estoy equivocada. Te vi, Laura. Estaba preocupada. Casi salgo a preguntarte si estabas bien, pero luego volviste a entrar y...

—No salí anoche.

—Sí saliste. Te vi con mis propios ojos.

—¿Me estás vigilando?

La pregunta salió más acusadora de lo que pretendía.

Carmen retrocedió.

—No te estoy vigilando. Solo... escuché ruidos. Miré por la mirilla. Eso es todo.

—¿A las tres de la mañana?

—Sufro de insomnio. Desde que murió mi marido. Paso muchas noches despierta.

—¿Y casualmente siempre estás mirando cuando yo salgo?

—No es casualidad. Es un edificio pequeño. Se escucha todo.

—Pues no te escucho a ti.

—Porque yo no hago ruido. —Carmen cruzó los brazos—. Tú sí. Anoche escuché arañazos otra vez. Durante horas. Y luego te vi salir. Y pensé... pensé que quizá necesitabas ayuda.

—No necesito tu ayuda.

—Laura, por favor. Sé que no nos conocemos, pero puedo ver que estás pasando por algo difícil. Y yo... yo pasé por lo mismo. Sé lo que es estar sola, confundida, asustada...

—No estoy asustada.

—Entonces, ¿por qué tiemblas?

Miré mis manos. Estaban temblando.

Las metí en los bolsillos.

—Tengo frío.

—Son las ocho de la mañana y hace calor.

—Carmen, de verdad, necesito que me dejes en paz.

—¿Ves a tu médico regularmente?

—¿Qué?

—Tu médico. Tu psiquiatra. ¿Vas a las citas?

Se me cortó la respiración.

—¿Cómo sabes que tengo psiquiatra?

—Las pastillas. Las vi. Olanzapina, ¿verdad? Y Risperidona. Son para...

—¿Cómo coño sabes qué pastillas tomo?

—Lo vi en la etiqueta cuando... —Se calló.

—¿Cuándo qué? ¿Cuándo entraste en mi apartamento?

—No he entrado en tu apartamento.

—¿Entonces cómo sabes qué medicación tomo?

—Porque... —Carmen vaciló—. Porque mi nieta tomaba lo mismo.

El rellano quedó en silencio.

—¿Tu nieta?

—Sofía. Te mencioné que... que murió.

—Dijiste que tu hija.

—No, dije mi nieta. Sofía. Tenía esquizofrenia. Tomaba Olanzapina. Y Risperidona. La misma combinación que tú.

—Yo no tengo esquizofrenia.

—No estoy diciendo que la tengas. Solo... —Suspiró—. Mira, sé que suena raro. Sé que parezco una vieja entrometida. Pero cuando vi tus pastillas, cuando te vi viviendo sola, aislándote, actuando de forma... extraña, me recordaste a ella. Y yo no pude ayudarla. No supe cómo. Y cuando se quitó la vida, me quedé pensando que si hubiera prestado más atención, si hubiera insistido más...

—No soy tu nieta.

—Lo sé.

—Y no necesito que me salves.

—También lo sé. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Pero no puedo quedarme sin hacer nada. No otra vez.

Había algo genuino en su voz. Algo roto.

Por un momento, solo un momento, la vi como lo que era: una mujer mayor, sola, aterrorizada de perder a alguien más.

Pero luego recordé.

Las llaves desaparecidas. La tierra en mi cocina. Despertar en lugares que no recordaba.

Alguien estaba jugando conmigo.

Y Carmen era la única con acceso. La única con motivo.

—Aprecio la preocupación. De verdad. —Intenté sonar calmada—. Pero estoy bien. Voy a mis citas. Tomo mi medicación. Estoy controlada.

—¿Segura?

—Segura.

—Porque si alguna vez necesitas hablar...

—Lo sé. Justo enfrente.

Cerré la puerta antes de que pudiera decir nada más.

Me apoyé contra la madera, respirando fuerte.

Olanzapina. Risperidona.

¿Cómo sabía los nombres exactos?

Podía haber mirado las etiquetas cuando vino con las galletas. Cuando estuvo en la cocina mientras yo... ¿mientras yo qué? No recordaba haberla dejado sola.

Pero últimamente no recordaba muchas cosas.

Pasé el resto de la mañana trabajando. O intentándolo. El restaurante respondió con más cambios. Siempre más cambios.

A mediodía bajé a revisar el buzón. Facturas, propaganda.

Cuando volví al quinto piso, Carmen estaba en el rellano.

Otra vez.

Como si me hubiera estado esperando.

—Qué casualidad —dije, sin molestarse en ocultar el sarcasmo.

—Iba a bajar al súper. ¿Necesitas algo?

—No.

—¿Segura? Puedo traerte leche, pan...

—Tengo de todo.

—Vale. —Carmen me miró de esa forma otra vez—. Aunque vi que tiraste mucha comida ayer.

Se me heló la sangre.

—¿Cómo?

—El contenedor. Vi bolsas tuyas. Comida casi sin tocar. Yogures, fruta, cosas que compraste hace solo dos días.

—¿Revisas mi basura?

—No reviso nada. Solo coincidí cuando tiré la mía y vi...

—¿Sabes qué? Esto es acoso.

—¿Perdona?

—Acoso. Vigilancia. No sé cómo llamarlo, pero esto... —Señalé entre ella y yo—. Esto no es normal. No somos amigas. No me conoces. Y necesitas dejar de actuar como si fueras mi madre o mi terapeuta o lo que sea que crees que eres.

Carmen palideció.

—Solo intento ser amable.

—Pues para de intentarlo.

Entré en mi apartamento y cerré de un portazo.

Esta vez no me sentí mal.

Esta vez solo sentí rabia.

Me senté frente al ordenador pero no podía concentrarme.

Cada ruido del edificio me hacía saltar. Cada crujido. Cada susurro de las tuberías.

A las tres de la tarde escuché voces en el rellano.

Carmen hablando con alguien.

Me acerqué a la puerta y miré por la mirilla.

Carmen y el administrador. Un hombre de unos sesenta años, barriga prominente, camisa arrugada.

—Entiendo su preocupación, señora Ruiz, pero no puedo hacer nada sin una queja formal.

—No estoy pidiendo que haga nada. Solo le informo. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si pasa algo. Quiero que quede constancia de que yo alerté sobre la situación.

—¿Qué situación exactamente?

—La nueva inquilina del 5A. Creo que... creo que no está bien. Mentalmente.

El administrador suspiró.

—Señora Ruiz, no podemos discriminar a los inquilinos por problemas de salud mental.

—No estoy discriminando. Estoy preocupada. Por ella y por el resto del edificio.

—¿Ha hecho algo que justifique esa preocupación?

—Ruidos a todas horas. Comportamiento errático. Sale en mitad de la noche. Y su puerta... debería ver su puerta.

—Ya me comentó lo de las marcas. Le dije que si quiere una nueva puerta, el propietario...

—No me refiero a cambiar la puerta. Me refiero a que deberían investigar por qué están apareciendo esas marcas.

—Las puertas se desgastan, señora Ruiz.

—Estas son nuevas. Cada día hay más. Es como si alguien estuviera... —Bajó la voz, pero pude escucharla—. Es como si estuviera arañándola desde dentro.

Silencio.

—¿Y usted cree que la señorita Vega está arañando su propia puerta?

—Creo que no está en sus cabales. Y creo que podría ser peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Mi nieta sufría de lo mismo. Antes de... antes del final. También hacía cosas sin recordarlas. También tenía episodios.

—Con todo respeto, señora Ruiz, su nieta no es la señorita Vega.

—Lo sé. Pero las señales son las mismas. Y si algo pasa, si ella se hace daño o hace daño a alguien más, quiero que conste que yo alerté.

—Se lo agradezco. Pero sin una queja formal o evidencia de que está rompiendo las normas de la comunidad, no hay nada que pueda hacer.

—Entiendo. Solo... vigile. Por favor.

—Lo haré.

Pasos alejándose. El ascensor abriéndose y cerrándose.

Silencio.

Me alejé de la puerta, temblando de rabia.

¿Peligrosa?

¿Esa mujer acababa de decirle al administrador que yo era peligrosa?

Y lo peor: ¿lo era?

No.

No podía pensar así.

Pero las grabaciones de la cámara no mentían.

Yo saliendo del apartamento. Sin recordarlo.

Yo haciendo... ¿qué? Durante cuarenta y ocho minutos.

Necesitaba saber.

Pasé el resto del día instalando más cámaras. Una en el rellano, escondida en el aplique de luz cerca de mi puerta. Otra en el portal, pegada al techo donde nadie la notaría.

Si volvía a salir, si volvía a tener uno de esos... episodios, lo sabría. Lo vería todo.

A las diez de la noche me tomé las pastillas. Esta vez solo una de cada. No quería dormir demasiado profundo.

Me fui a la cama con el móvil al lado, las notificaciones de las cámaras activadas.

Y esperé.

La primera notificación llegó a las 2:34 AM.

Cámara del rellano: Movimiento detectado.

Abrí la app.

Mi puerta abriéndose.

Yo saliendo.

Esta vez vestida. Vaqueros, camiseta, zapatillas.

¿Cuándo me había cambiado?

Me incorporé en la cama. Seguía en pijama.

¿Qué coño?

Seguí mirando la grabación.

La figura que se parecía a mí caminó hacia el ascensor. Apretó el botón.

El ascensor llegó. La figura entró.

Cambié a la cámara del portal.

Ahí. Saliendo del ascensor. Caminando hacia la puerta principal.

Saliendo del edificio.

¿Adónde iba?

¿Y cómo era posible si yo estaba aquí, en la cama, despierta?

Me levanté. Fui al espejo del baño.

Yo. Pijama. Pelo revuelto. Cara pálida.

Volví al móvil.

La figura en la calle, alejándose de la cámara.

Imposible.

Era imposible.

A menos que...

A menos que no fuera yo.

A menos que fuera otra persona que se parecía a mí.

A menos que Carmen tuviera razón y yo estuviera teniendo episodios tan severos que ni siquiera recordaba cambiarme de ropa.

A menos que estuviera completamente loca.

La notificación de la cámara sonó otra vez.

3:42 AM.

La figura volviendo. Entrando al edificio. Subiendo en el ascensor.

Entrando en mi apartamento.

Esperé.

Contuve la respiración.

Pasos en el pasillo.

La puerta del dormitorio abriéndose.

Y ahí estaba yo.

Yo.

De pie en el umbral.

Con los vaqueros y la camiseta.

Mirándome a mí misma en la cama.

Sonriendo.

CAPÍTULO 6

CONVERSACIONES NOCTURNAS

Grité.

O intenté gritar.

Ningún sonido salió de mi garganta.

La figura en el umbral... yo... ladeó la cabeza.

—Shh. —Se llevó un dedo a los labios—. Vas a despertar a la vecina.

Mi voz. Era mi voz.

Pero yo no estaba hablando.

—¿Qué...? —Las palabras me salieron quebradas—. ¿Qué eres?

—¿Qué soy? —Se rió. Una risa suave, casi tierna—. Esa es la pregunta incorrecta, Laura.

Retrocedí en la cama hasta que mi espalda chocó contra la pared.

—Esto no está pasando. Estoy soñando.

—¿Estás segura? —La figura dio un paso hacia mí—. Pellízcate. Vamos. Compruébalo.

No me moví.

—Esto no es real.

—Oh, pero lo es. Tan real como tus pastillas. Tan real como los arañazos. Tan real como Carmen espiándote desde su mirilla.

—No... no puedes ser real.

—¿Por qué no? —Otro paso—. Tú eres real. Yo soy real. Compartimos el mismo cuerpo, ¿no? Bueno, técnicamente es MI cuerpo, pero ya hablaremos de eso.

Cerré los ojos con fuerza.

—Vete. Vete vete vete...

—Cerrar los ojos no me hace desaparecer, cariño. Créeme, lo has intentado durante años.

Abrí los ojos.

Seguía ahí.

Más cerca ahora.

Podía ver cada detalle de mi... de su cara. Mis ojos. Mi nariz. Mi boca. Pero la expresión... la expresión era completamente diferente. Había algo frío en esos ojos. Algo que me hizo sentir náuseas.

—¿Quién eres?

—Ya te lo dije. Soy tú. —Se sentó en el borde de la cama—. O mejor dicho, tú eres yo. Una versión aguada, medicada, "cuerda" de mí.

—Estoy alucinando.

—¿Eso crees? —Señaló hacia mi móvil en la mesita de noche —. Mira las grabaciones otra vez. Vamos.

No quería. Pero mis manos se movieron solas.

Abrí la app de las cámaras.

Rebobiné hasta las 2:34 AM.

Ahí estaba. Yo saliendo del apartamento.

—¿Ves? —dijo la figura—. No es alucinación. Es memoria. O la falta de ella, más bien.

—Las pastillas... necesito más pastillas...

—Las pastillas son el problema, no la solución.

—Me ayudan. Me mantienen estable.

—¿Estable? —Se rió otra vez—. Laura, mírate. Arañando puertas. Perdiendo tiempo. Viendo cosas que "no pueden ser reales". ¿Eso te parece estable?

—Es el estrés. El divorcio, la mudanza...

—Es que dejaste de tomar la dosis completa. —Su voz se volvió más seria—. Yo empiezo a despertar cuando bajas la guardia. Cuando olvidas las pastillas. Cuando el químico se diluye lo suficiente para que pueda... estirar las piernas.

—Esto no tiene sentido.

—Tiene todo el sentido. —Se inclinó más cerca—. ¿Quieres que te lo explique? ¿Quieres saber por qué hay dos de nosotras?

No respondí.

Ella continuó de todos modos.

—Trauma infantil. Disociación. Los médicos te lo explicaron cuando eras adolescente, ¿recuerdas? Bueno, probablemente no. Esa fue una de las primeras cosas que bloqueaste. Pero yo sí recuerdo. Recuerdo todo.

—Para.

—Yo soy la original. La que sobrevivió. Y tú... tú eres la que inventamos para lidiar con el mundo normal. La buena chica. La chica obediente que toma sus pastillas y va a terapia y pretende que todo está bien.

—No te escucho.

—Pero me escuchas. Siempre me has escuchado. Esos "pensamientos intrusivos" que reportas al psiquiatra. Esa "vocecita" que te dice cosas que no quieres oír. Soy yo. Siempre he sido yo.

Me tapé los oídos.

La figura se desvaneció.

Abrí los ojos.

Estaba sola en el dormitorio.

El móvil vibró.

Notificación de la cámara: 3:47 AM. Yo... ella... entrando al apartamento.

Pero eso había pasado hace cinco minutos. Yo había visto a... había hablado con...

Miré alrededor del cuarto.

Vacío.

Me levanté con piernas temblorosas y fui al salón.

Vacío.

La puerta de entrada estaba cerrada. Cerrojo puesto.

Volví al dormitorio y me senté en la cama, temblando.

Alucinación. Tenía que ser.

Una alucinación tan real que podía escuchar su voz, ver cada detalle, sentir...

Necesitaba llamar al psiquiatra. Primera hora de la mañana.

Pero primero necesitaba sobrevivir a esta noche.

Me quedé despierta hasta el amanecer, sentada contra la pared, con las luces encendidas.

No volví a ver a... a ella.

Pero podía sentirla.

Como una presencia. En la periferia de mi visión. En el silencio entre respiraciones.

Esperando.

A las siete de la mañana escuché voces en el rellano.

Me acerqué a la puerta sin hacer ruido y miré por la mirilla.

Carmen. Y otra persona. Una mujer más joven, pelo corto, ropa deportiva.

—No sé qué quieres que haga —decía la mujer joven.

—Solo habla con ella. Tú eres enfermera, sabrás detectar las señales.

—Carmen, no puedo diagnosticar a alguien solo por mirarlo.

—No te pido que la diagnostiques. Solo que... que veas si está bien. Si necesita ayuda.

—¿Y si no quiere ayuda?

—Entonces al menos lo intentamos. Al menos podré dormir sabiendo que...

—Que no es como Sofía. Lo sé. Me lo has dicho cinco veces.

Sofía. Otra vez.

—Por favor, Marta.

La mujer... Marta... suspiró.

—Vale. Pero solo una visita de cortesía. Nada más.

—Es todo lo que pido.

Esperé a que sus voces se alejaran. Luego esperé cinco minutos más.

Cuando miré otra vez, el rellano estaba vacío.

Carmen estaba reclutando gente. Construyendo un caso contra mí.

¿O estaba genuinamente preocupada?

Ya no sabía qué creer.

Me preparé para el día con movimientos mecánicos. Ducha. Café. Pastillas. Esta vez me aseguré de tomar la dosis completa. Dos de cada. No podía arriesgarme a otra... alucinación.

A las nueve en punto llamé a la consulta del psiquiatra.

—Doctor Molina no está disponible hasta la semana que viene. ¿Quiere dejar un mensaje?

—Es urgente.

—¿Tiene pensamientos de hacerse daño?

—No, pero...

—¿Ha dejado de tomar su medicación?

—No, solo necesito hablar con él sobre...

—Puedo ver si tiene un hueco para una llamada telefónica el miércoles.

—¿El miércoles? Son cuatro días.

—Es lo mejor que puedo ofrecer. ¿Dejo la nota?

—Sí. Gracias.

Colgué.

Cuatro días.

Podía sobrevivir cuatro días.

¿Verdad?

Intenté trabajar pero era inútil. No podía concentrarme. Cada pocos minutos miraba el móvil, revisando las grabaciones de las cámaras.

Nada. Todo normal.

A las once y media alguien golpeó la puerta.

—¿Laura? Soy Marta, amiga de Carmen. ¿Podemos hablar un momento?

La enfermera.

Fingí no estar en casa.

—Sé que estás ahí. Vi luz bajo la puerta.

Mierda.

—Solo serán cinco minutos. Carmen está preocupada y...

Abrí la puerta de golpe.

—Dile a Carmen que deje de mandar gente a acosarme.

Marta retrocedió, sorprendida por mi tono.

—No estoy acosándote. Solo quería presentarme. Vivo en el 3C y...

—No me importa dónde vives.

—Vale. —Levantó las manos en gesto conciliador—. Mira, Carmen me contó que estás pasando por un momento difícil. Yo soy enfermera de salud mental y solo quería ofrecerte...

—No necesito una enfermera.

—No digo que la necesites. Solo que si alguna vez quieres hablar, o si necesitas referencias de profesionales en la zona, o simplemente...

—Ya tengo psiquiatra. Ya tengo medicación. Ya tengo todo bajo control.

Marta me miró con esa expresión. La misma que ponía Javier. La misma que ponía el psiquiatra. Esa mezcla de lástima y preocupación profesional.

—¿Estás durmiendo bien?

—Perfectamente.

—¿Y los cambios de humor? ¿Ansiedad? ¿Pensamientos acelerados?

—Estoy. Bien.

—Vale. —No me creía—. Bueno, aquí tienes mi número de todos modos. —Me tendió una tarjeta—. Por si acaso.

No la cogí.

—No la voy a necesitar.

—Aún así. —La dejó en el suelo, frente a mi puerta—. Cuidate, Laura.

Se fue.

Cerré la puerta y miré la tarjeta en el suelo.

Marta Delgado. Enfermera Psiquiátrica. Un número de móvil.

La dejé ahí.

El resto del día pasó en una niebla de ansiedad. No salí. No comí. Solo me senté frente al ordenador, fingiendo trabajar, mientras revisaba las cámaras cada cinco minutos.

A las seis de la tarde encontré algo.

Una grabación de las 3:17 PM.

Carmen en el rellano. Pegada a mi puerta.

Escuchando.

Con la mano en la madera. El oído pegado a la superficie.

Cinco minutos completos.

Luego se alejó, miró a ambos lados para asegurarse de que nadie la había visto, y volvió a su apartamento.

La puta estaba escuchando.

¿Qué esperaba oír?

Guardé la grabación. Evidencia.

Si esto seguía escalando, necesitaría pruebas.

La noche cayó.

Me tomé las pastillas a las nueve. Doble dosis otra vez. No me importaban los efectos secundarios. Necesitaba dormir sin... sin verla.

Me metí en la cama a las diez.

Me dormí casi instantáneamente.

Y me desperté a las 2:14 AM con voces.

Susurros.

Venían del rellano.

Me levanté y me acerqué a la puerta sin hacer ruido.

Miré por la mirilla.

Carmen. Y dos personas más. Un hombre y una mujer que no reconocía.

Hablaban en voz baja, pero pude escuchar fragmentos.

—...no es normal... —decía el hombre.

—Lo sé, pero ¿qué puedo hacer? —Carmen—. El administrador dice que sin una queja formal...

—¿Has hablado con la familia? —la otra mujer.

—No tiene familia aquí. Solo un ex-marido que...

—¿Has considerado llamar a los servicios sociales?

—¿Y decir qué? ¿Que mi vecina me da mala espina?

—Dijiste que tiene episodios. Que sale por las noches. Que su comportamiento es errático.

—Sí, pero no puedo demostrarlo.

—Entonces documenta. Toma fotos. Graba. Si ella es un peligro para sí misma...

—No quiero causarle problemas. Solo quiero ayudarla.

—A veces ayudar significa intervenir, Carmen. Lo sabes mejor que nadie después de lo que pasó con Sofía.

Silencio.

—Tienes razón. —Carmen sonaba derrotada—. Mañana hablaré con el administrador otra vez. Le pediré que al menos venga a ver la puerta. Las marcas. A ver si eso es suficiente para...

Se callaron.

Los tres miraron hacia mi puerta.

Como si supieran que estaba ahí.

Contuve la respiración.

Después de un momento que pareció eterno, se alejaron. Pasos bajando las escaleras.

Silencio.

Volví a la cama pero no pude dormir.

Estaban construyendo un caso contra mí.

Carmen y sus aliados.

Documentando. Grabando. Preparándose para... ¿qué? ¿Echarme? ¿Llamar a servicios sociales? ¿Hacerme internar?

No.

No iba a permitirlo.

Me levanté y fui al salón. Saqué papel y bolígrafo.

Empecé a escribir.

Todo. Cada interacción con Carmen. Cada vez que apareció en el momento exacto. Cada cosa extraña que había dicho. Cada invasión de privacidad.

Las llaves desaparecidas. La tierra en mi cocina. Sabiendo mi número de teléfono. Sabiendo sobre mi divorcio. Sabiendo qué

medicación tomaba. Escuchando en mi puerta.

Una hora después tenía tres páginas.

Evidencia de acoso.

Si ella iba a construir un caso contra mí, yo haría lo mismo.

Guardé las páginas en un sobre. Mañana haría copias. Buscaría un abogado si era necesario.

No iba a ser la víctima.

Volví a la cama cuando ya casi amanecía.

Esta vez me dormí.

Y soñé con Sofía.

Una chica joven con mi cara.

Arañando una puerta roja.

Llorando.

Suplicando que la dejaran salir.

Mientras Carmen miraba desde el otro lado.

Sin abrir.

Solo observando.

Tomando notas.

Documentando.

Hasta que la chica dejó de arañar.

Hasta que sus manos sangraban tanto que no podía seguir.

Hasta que se sentó en el suelo.

Y se rindió.

Me desperté con un grito ahogado.

El sol ya estaba alto.

Diez y media de la mañana.

Miré mis manos.

Limpias. Sin sangre. Sin tierra.

Pero había algo más.

Algo bajo mi almohada.

Lo saqué.

Un papel doblado.

Con mi letra.

Pero yo no lo había escrito.

Lo abrí.

"Deja de tomar las pastillas. Necesito que estés despierta para lo que viene. Confía en mí. O mejor dicho: confía en ti."

No había firma.

No hacía falta.

Sabía quién lo había escrito.

Miré hacia el espejo del armario.

Por un segundo, solo un segundo, vi algo diferente en mi reflejo.

Una sonrisa que yo no estaba haciendo.

Parpadeé.

Desapareció.

Pero el papel seguía en mi mano.

Real.

Tangible.

Imposible de ignorar.

CAPÍTULO 7

LA ANTERIOR INQUILINA

Rompí la nota en pedazos pequeños y los tiré por el retrete.

Verla desaparecer en el agua me hizo sentir mejor. Más en control.

Alucinaciones. Eso es todo lo que eran. Pensamientos intrusivos que mi cerebro manifestaba físicamente cuando estaba bajo mucho estrés.

El psiquiatra me lo había explicado antes. La mente podía hacer cosas extrañas cuando estaba sobrecargada.

Tomé las pastillas de la mañana con agua fría directamente del grifo.

No iba a dejarlas. No iba a escuchar a... a lo que fuera que estaba pasando en mi cabeza.

Necesitaba recuperar el control. Y la primera forma de hacerlo era enfrentando esto directamente.

Si Carmen estaba construyendo un caso contra mí, necesitaba saber más sobre ella. Sobre Sofía. Sobre qué había pasado realmente.

Necesitaba ver esa habitación cerrada.

Pasé la mañana vigilando por la mirilla, esperando el momento adecuado.

A las once y media, Carmen salió con una bolsa de la compra.

La vi llamar al ascensor. Entrar. Desaparecer.

Esta era mi oportunidad.

Tenía quizá treinta minutos. Tal vez cuarenta si iba al supermercado grande.

Salí al rellano y me quedé frente a la puerta del 5B.

Saqué las llaves de repuesto de mi bolsillo.

No sabía por qué pensé que podrían funcionar. Era una locura. Las cerraduras eran diferentes.

Pero algo me hizo intentarlo.

Metí la llave en la cerradura.

No giró.

Por supuesto que no.

¿Qué esperaba?

Estaba a punto de volver a mi apartamento cuando noté algo.

El marco de la puerta estaba ligeramente dañado. Como si alguien hubiera forzado la cerradura antes y la hubieran reparado mal.

Empujé la puerta.

Cedió.

No estaba cerrada con llave.

Carmen había salido sin cerrar.

El corazón me latió más rápido.

Esto estaba mal. Entrar en el apartamento de alguien sin permiso era allanamiento.

Pero ella había estado escuchando en mi puerta. Había estado vigilándome. Metiéndose en mi vida.

Fair play.

Empujé la puerta y entré.

El apartamento de Carmen era el espejo del mío. Mismo diseño, pero invertido. Y completamente diferente en decoración.

Flores por todas partes. En jarrones, en cuadros, en cojines bordados. El papel tapiz era de un rosa pálido que debió ser elegante en los años ochenta. Muebles antiguos, bien cuidados. El aire olía a lavanda y a cerrado.

Y fotos. Muchísimas fotos en cada superficie.

Me acerqué a la repisa de la chimenea.

Carmen más joven con un hombre que debía ser su marido. Carmen con una niña pequeña. Carmen con esa misma niña ya adolescente.

Y luego... una foto que me hizo detenerme.

Una chica joven. Veintitantos años. Pelo oscuro, ojos grandes, sonrisa tímida.

De pie frente a un edificio que se parecía mucho a este.

Muy parecido.

Idéntico.

Era este edificio.

Le di la vuelta a la foto. Había algo escrito detrás con tinta azul descolorida:

"Sofía, primer día en el 5A. Septiembre 2019."

Se me cortó la respiración.

Sofía había vivido aquí. En mi apartamento.

La anterior inquilina.

¿Por qué Carmen no me lo había dicho?

Seguí mirando las fotos. Había una progresión. Sofía sonriente, saludable. Sofía más delgada, más pálida. Sofía con la mirada perdida.

Y la última: Sofía en una cama de hospital. Cables. Máquinas. Carmen a su lado, agarrando su mano.

La fecha en el marco: Marzo 2020.

Seis meses después de mudarse al 5A.

¿Qué le había pasado?

Me giré y recorrí el apartamento con la mirada. La cocina impecable. El salón ordenado. Y al fondo del pasillo...

La puerta cerrada.

Caminé hacia ella despacio, como si Sofía misma pudiera estar detrás, esperando.

Puse la mano en el pomo.

Cerrada con llave.

Por supuesto.

Pero la llave estaba en la cerradura. Por el lado interior.

La giré.

Clic.

La puerta se abrió.

Era una habitación pequeña. Una cama individual pegada a la pared. Un escritorio. Una estantería con libros. Pósters en las paredes: bandas de música, películas, arte abstracto.

Una habitación de joven adulta.

Congelada en el tiempo.

Todo estaba exactamente como debió dejarlo su dueña. Ropa doblada en una silla. Un vaso de agua en la mesita de noche, con una película de polvo en la superficie. Una chaqueta colgada en el respaldo de la puerta.

Como si Sofía pudiera volver en cualquier momento.

Me acerqué al escritorio.

Había un diario. Cerrado con un candadito pequeño que alguien había roto. La cerradura colgaba inútil.

Lo abrí.

La primera página tenía una fecha: 1 de septiembre de 2019.

"Primer día en mi nuevo apartamento. Mamá no quería que me mudara sola, pero la abuela me apoyó. Dice que necesito independencia. Que tengo que aprender a vivir sin que me controlen cada movimiento. El 5A es perfecto. Pequeño, pero mío."

Pasé las páginas.

"15 de septiembre - La abuela viene todos los días. Dice que solo para asegurarse de que estoy bien, pero sé que es porque mamá la mandó. Supongo que debería estar agradecida. Al menos alguien se preocupa."

"3 de octubre - El psiquiatra cambió mi medicación otra vez. Dice que esta combinación será mejor. Menos efectos secundarios. Pero las pastillas me hacen sentir... apagada. Como si viera el mundo a través de un vidrio grueso."

"20 de octubre - Dejé de tomar las pastillas hace tres días. No se lo he dicho a nadie. Me siento más YO. Más viva. Las voces volvieron, pero no son malas. Solo... compañía."

Mierda.

Seguí leyendo, saltando páginas.

"15 de noviembre - La abuela está muy insistente últimamente. Dice que me ve 'rara'. Que debería volver al médico. Pero me siento bien. Mejor que nunca, de hecho. Es ella la que es rara. Siempre vigilando. Siempre escuchando en la puerta. A veces pienso que está obsesionada."

"28 de noviembre - Encontré arañazos en mi puerta. No sé cómo llegaron ahí. La abuela dice que debo haberlos hecho yo sin darme cuenta. Pero yo no haría eso. ¿Verdad?"

Se me erizó la piel.

"10 de diciembre - Hay momentos que no recuerdo. Horas perdidas. La abuela dice que es porque no tomo las pastillas. Que necesito volver al tratamiento. Pero las pastillas me convierten en zombi. Me quitan lo que soy realmente."

"24 de diciembre - La abuela me vigila constantemente. Dice que es por mi bien. Que me quiere. Pero el amor no se siente así. El amor no se siente como una cárcel."

Las entradas se volvían más erráticas. La letra cambiaba. A veces clara y controlada. A veces garabateada, frenética.

"5 de enero - No soy yo. A veces no soy yo. Hay otra. Ella hace cosas. Cosas malas. Y luego desaparece y me deja a mí con las consecuencias. La abuela no entiende. Cree que estoy inventando excusas."

"20 de enero - Mamá quiere internarme. Dice que no puedo vivir sola. Que soy un peligro para mí misma. La abuela está de acuerdo. Las dos contra mí. Nadie me escucha cuando digo que solo necesito espacio. Que solo necesito que me dejen en paz."

La última entrada estaba fechada el 15 de marzo de 2020.

"No puedo más. La abuela tiene razón. Soy peligrosa. Hice algo anoche. No recuerdo qué, pero cuando desperté había sangre en mis manos. Mi propia sangre, creo. O espero que sea mía. No puedo seguir así. No puedo seguir siendo dos personas. Una tiene que irse. Y sé cuál debería ser."

La página siguiente estaba en blanco.

Pero en la pared, al lado del escritorio, había algo escrito con marcador negro:

"Perdóname, abuela. Intenté ser quien querías que fuera."

Y debajo, con letra diferente, más errática:

"No lo hagas. POR FAVOR. Todavía podemos..."

Incompleto. Como si Sofía hubiera sido interrumpida.

O como si una parte de ella hubiera intentado detener a la otra.

Cerré el diario con manos temblorosas.

Carmen no estaba loca. No estaba obsesionada sin razón.

Había visto a su nieta desmoronarse. Exactamente como yo me estaba desmoronando ahora.

Y Sofía había... ¿qué? El diario no lo decía. Pero la foto del hospital, la habitación preservada, la forma en que Carmen hablaba de ella en pasado...

¿Se había suicidado?

¿O había pasado algo peor?

Escuché un ruido.

La puerta principal.

Mierda.

Carmen había vuelto.

Me quedé paralizada, con el diario todavía en las manos.

Pasos en el pasillo. Cada vez más cerca.

No había forma de salir sin que me viera.

—¿Hola? —La voz de Carmen. Alerta. Preocupada—. ¿Hay alguien ahí?

Guardé el diario en el escritorio exactamente donde lo había encontrado.

Los pasos se detuvieron frente a la habitación de Sofía.

Carmen apareció en el umbral.

Sus ojos se abrieron como platos al verme.

—Laura. —No sonaba sorprendida. Sonaba... resignada—. Sabía que encontrarías la forma de entrar.

—Yo... la puerta estaba abierta.

—No. No lo estaba. —Entró en la habitación—. Pero da igual. Ya estás aquí. Ya has visto.

—Lo siento. No debería haber...

—¿Leíste su diario?

No tenía sentido mentir.

—Sí.

Carmen asintió despacio. Caminó hasta el escritorio y pasó los dedos por la cubierta del diario.

—Lo encuentro a veces. Abierto. En páginas diferentes. Como si ella... —Se calló—. Como si todavía lo estuviera leyendo.

—Carmen...

—Sé lo que piensas. Que estoy loca. Que estoy proyectando. Que veo a Sofía en ti porque no puedo dejarla ir.

—No pienso eso.

—Deberías. —Me miró con ojos cansados, rojos—. Porque tal vez sea verdad. Tal vez estoy tan rota que busco recrear lo que perdí. Busco otra chica joven, sola, enferma, para poder... ¿qué? ¿Salvarla esta vez?

—¿Qué le pasó? —Me atreví a preguntar—. ¿A Sofía?

Carmen se sentó en la cama de su nieta.

—Se quitó la vida. Aquí. En el 5A. En el baño. —Su voz era plana, sin emoción. Como si hubiera contado esta historia tantas veces que ya no le doliera. O doliera tanto que había dejado de sentirlo—. Yo la encontré. Vine a visitarla esa mañana porque no contestaba el teléfono. Tuve que llamar al administrador para que abriera.

—Lo siento mucho.

—Dejó de tomar su medicación. Yo lo sabía. Podía ver los signos. Pero cada vez que intentaba ayudar, cada vez que intentaba que volviera al tratamiento, me decía que la estaba controlando. Que la estaba asfixiando. —Lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas —. Y tal vez tenía razón. Tal vez la empujé al borde. Tal vez si la hubiera dejado en paz...

—No fue tu culpa.

—¿No? —Me miró con una intensidad que me hizo retroceder —. Porque yo fui la que insistió en que viviera sola. Que 'necesitaba independencia'. Yo fui la que pensó que podía vigilarla desde enfrente. Protegerla sin asfixiarla. Y mira cómo resultó.

El silencio llenó la habitación.

—Por eso el 5A estuvo vacío tanto tiempo después —dijo Carmen—. Seis meses. Hasta que tú llegaste. Y cuando te vi ese primer día, con tus cajas, tu cara pálida, tu forma de moverte como si llevaras el peso del mundo... te vi a ti y vi a ella. Y pensé: no otra vez. No puedo quedarme sin hacer nada otra vez.

—Pero yo no soy Sofía.

—¿No? —Se levantó de la cama—. ¿Entonces por qué tu puerta tiene los mismos arañazos? ¿Por qué tomas la misma medicación? ¿Por qué te he escuchado hablando sola por las noches?

—Yo no hablo sola.

—Sí lo haces. Discutes con alguien. Alguien que no está ahí.

—Estás equivocada.

—¿Lo estoy? —Dio un paso hacia mí—. Laura, por favor. Déjame ayudarte antes de que sea demasiado tarde. Antes de que termines como ella.

—No voy a terminar como ella.

—Eso decía Sofía. Hasta el último día. 'Estoy bien, abuela. Todo está bajo control, abuela.' —Su voz se quebró—. Y luego la

encontré en el baño con las muñecas...

—Para. —No quería escuchar más—. Para, por favor.

Carmen se limpió las lágrimas.

—Tienes que tomar tu medicación. Tienes que ir a terapia. Tienes que dejar que la gente te ayude.

—Lo estoy haciendo. Tomo mis pastillas. Tengo psiquiatra.

—¿Entonces por qué estás empeorando?

No respondí.

Porque no tenía respuesta.

—Vete. —Carmen señaló hacia la puerta—. Vete de mi casa. Y por favor, por favor, cuídate. Porque yo no puedo volver a pasar por esto. No puedo encontrar otro cuerpo en el 5A.

Salí de la habitación. Del apartamento. Crucé el rellano prácticamente corriendo.

Entré en mi apartamento y cerré con cerrojo, con cadena, con todo lo que tenía.

Me apoyé contra la puerta, respirando fuerte.

Sofía había vivido aquí.

Sofía había arañado esta misma puerta.

Sofía había perdido tiempo, había hablado sola, había sentido que se estaba fragmentando.

Y Sofía estaba muerta.

Miré mis manos.

No había sangre.

Todavía.

Pero por primera vez desde que me mudé, me pregunté si Carmen tenía razón.

Si yo estaba siguiendo los mismos pasos.

Si esta habitación, este apartamento, este edificio...

Si había algo aquí que enfermaba a la gente.

O si éramos nosotras las que traíamos la enfermedad con nosotras.

Y este lugar simplemente la dejaba florecer.

CAPÍTULO 8

PROLIFERACIÓN

No salí del apartamento durante dos días.

Trabajé. Comí lo que pude encontrar en la despensa. Tomé mis pastillas religiosamente. Cada dosis a la hora exacta.

E intenté no pensar en Sofía.

Pero era imposible.

Cada vez que miraba la puerta, pensaba en ella arañándola. Cada vez que me duchaba, imaginaba lo que Carmen había encontrado en ese baño. Cada vez que me miraba al espejo, buscaba señales de que me estaba convirtiendo en ella.

Las cámaras no habían captado nada más. Ni salidas nocturnas. Ni figuras misteriosas. Nada.

Quizá las pastillas estaban funcionando. Quizá había sido solo un episodio aislado causado por el estrés de la mudanza.

Quizá todo iba a estar bien.

Entonces llegó el sábado.

Me desperté temprano. Siete de la mañana. Luz entrando por las cortinas. Un día normal.

Me levanté, fui al baño, me lavé la cara.

Cuando volví al dormitorio, algo era diferente.

La puerta.

Había más arañazos.

Muchos más.

No era posible. Anoche cuando me acosté... habían estado mal, sí, pero no así. No cubriendo casi toda la superficie.

Me acerqué con piernas temblorosas.

Las marcas eran profundas. Frescas. La madera astillada en algunos lugares, expuesta en otros. Como si alguien hubiera pasado horas arañando con saña, con desesperación.

Toqué una de las marcas.

Mis dedos se mancharon de polvo rojo. Polvo de madera.

Pero lo que me hizo retroceder fue lo otro.

Bajo las uñas.

Mis uñas.

Tenían astillas de madera. Polvo rojo. Y...

Sangre.

Dos de mis uñas estaban rotas. El índice y el medio de la mano derecha. Rotas casi hasta la carne.

¿Cómo no lo había notado antes? ¿Cómo no había sentido dolor?

Miré la cama.

Las sábanas estaban limpias. Sin sangre. Sin tierra. Todo normal.

¿Pero cuándo me había roto las uñas?

¿Y por qué no lo recordaba?

Fui al baño y me lavé las manos con jabón, frotando bajo cada uña hasta que el agua salió limpia.

El dolor llegó entonces. Punzante. Agudo.

Las uñas rotas palpitaban.

Busqué el botiquín de primeros auxilios. Me cubrí los dedos con tiritas.

Luego volví a la puerta y la miré realmente.

No era solo el número de marcas. Era el patrón.

Algunas eran erráticas, salvajes. Pero otras... otras formaban algo.

Líneas verticales. Agrupadas. Como si alguien hubiera estado contando.

O llevando registro de los días.

Como haría un prisionero.

Saqué el móvil y revisé las grabaciones de las cámaras.

Anoche. 11:47 PM. Yo metiéndome en la cama.

Nada más hasta las 7:02 AM. Yo levantándome.

Ocho horas sin movimiento.

¿Entonces cuándo...?

A menos que la cámara no hubiera captado algo. A menos que me hubiera movido en un ángulo muerto.

A menos que hubiera apagado la cámara.

Revisé la configuración.

Todo normal. Funcionando perfectamente.

Pero había una brecha. De 3:17 AM a 5:34 AM.

Dos horas y diecisiete minutos sin grabaciones.

Como si la cámara se hubiera apagado.

O como si alguien la hubiera apagado.

Me senté en el sofá, temblando.

Esto estaba empeorando.

Necesitaba ayuda. Ayuda real.

Busqué el número del psiquiatra en mi móvil.

Nueve de la mañana de un sábado. La consulta estaría cerrada.

Pero había un número de emergencias.

Marqué.

Tres tonos.

—Servicio de urgencias psiquiátricas. ¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito hablar con el doctor Molina. Soy paciente suya.

—El doctor Molina no está de guardia hoy. ¿Tiene pensamientos de hacerse daño a sí misma o a otros?

—No, pero...

—¿Ha dejado de tomar su medicación?

—No. La estoy tomando. Pero algo está mal. Estoy perdiendo tiempo. Haciendo cosas que no recuerdo.

—¿Qué tipo de cosas?

—Arañar mi puerta. Romperme las uñas. Salir del apartamento por las noches sin...

—¿Consume alcohol o drogas?

—No.

—¿Cuánto tiempo lleva experimentando estos síntomas?

—Una semana. Desde que me mudé.

—¿Ha aumentado su nivel de estrés recientemente?

—Me acabo de divorciar. Me mudé. Cambié de vida. Entonces sí, supongo que sí.

—Entiendo. —La voz era profesional, distante—. Estos síntomas pueden ser una reacción al estrés agudo. Le recomiendo que siga tomando su medicación como prescrita y que contacte al doctor Molina el lunes para una cita de seguimiento.

—Pero necesito ayuda ahora.

—¿Se siente en peligro inmediato?

—No lo sé. Tal vez.

—Si siente que es un peligro para sí misma, debería acudir a urgencias del hospital más cercano.

—No quiero ir al hospital.

—Entonces le sugiero que descanse, tome su medicación, y evite situaciones estresantes hasta que pueda hablar con su médico.

—Eso no me ayuda.

—Lo siento. Es todo lo que puedo ofrecerle sin evaluación presencial. ¿Hay alguien que pueda quedarse con usted? ¿Familia? ¿Amigos?

—No.

—¿Su ex-pareja?

—Definitivamente no.

—Entiendo. Bueno, por favor contacte al doctor Molina el lunes. Y si la situación empeora, no dude en llamar al 112 o acudir a urgencias.

—Vale. Gracias.

Colgué.

Inútil. Completamente inútil.

Me quedé sentada en el sofá, mirando la puerta.

Los arañazos me miraban de vuelta.

Un golpe me hizo saltar.

—¿Laura?

Carmen.

Por supuesto.

—¿Puedes abrir? Necesito hablar contigo.

—Ahora no es buen momento.

—Por favor. Es importante.

Suspiré y abrí la puerta.

Carmen estaba ahí con expresión preocupada. Pero sus ojos se desviaron inmediatamente hacia la puerta, hacia los arañazos.

—Dios mío.

—No digas nada.

—Laura, esto es... —Tocó la madera—. Hay el doble que ayer.

—Lo sé.

—¿Fuiste tú?

—No lo sé. Probablemente.

—¿Probablemente? —Me miró las manos—. Estás sangrando.

—Ya me lo curé.

—Déjame ver.

—Estoy bien.

—Laura...

—¿Qué quieres, Carmen? ¿Viniste a decirme "te lo dije"? ¿A confirmar que me estoy volviendo como Sofía?

Carmen retrocedió como si la hubiera abofeteado.

—Vine a ofrecerte ayuda.

—No necesito tu ayuda.

—Claramente sí la necesitas. —Señaló hacia la puerta—. Esto no es normal. Esto es...

—¿Qué? ¿Una crisis? ¿Un brote psicótico? Dime, doctora Carmen, ¿cuál es tu diagnóstico profesional?

—No soy doctora. Pero sé reconocer a alguien en problemas.

—Pues yo estoy bien.

—No. No lo estás. —Su voz se suavizó—. Y está bien no estarlo. Pero tienes que dejar que alguien te ayude antes de que sea demasiado tarde.

—¿Como ayudaste a Sofía?

El silencio cayó como una losa.

Carmen me miró con ojos llenos de dolor.

—Eso fue cruel.

—Pero cierto. No pudiste salvarla a ella. ¿Qué te hace pensar que puedes salvarme a mí?

—Porque esta vez sé las señales. Esta vez no voy a quedarme callada cuando vea que alguien está...

—¿Qué? ¿Loca? ¿Peligrosa? ¿Fuera de control?

—Enferma. Iba a decir enferma.

—Estoy tomando mi medicación. Tengo psiquiatra. ¿Qué más quieres que haga?

—Que aumentes la dosis. Que vuelvas al médico inmediatamente, no el miércoles. Que consideres... —Vaciló.

—¿Qué considere qué?

—Internamiento voluntario. Solo por unos días. Hasta que te estabilices.

Me reí. Una risa amarga, sin humor.

—Ahí está. Sabía que llegaríamos a esto.

—No es un castigo, Laura. Es tratamiento.

—Es encierro.

—Es seguridad. La tuya y...

—¿Y de los demás? —Terminé por ella—. ¿Eso es lo que piensas? ¿Que soy un peligro?

—No lo sé. ¿Lo eres?

La pregunta me golpeó como un puñetazo.

Porque no tenía respuesta.

No sabía qué había hecho las últimas noches. No sabía qué era capaz de hacer.

—Vete —dije en voz baja.

—Laura...

—Vete. Ahora.

—Por favor, solo...

—¡VETE!

Carmen retrocedió, asustada por mi grito.

Cerré la puerta de un portazo.

Me quedé ahí de pie, respirando fuerte, con las manos apretadas en puños.

Las tiritas de los dedos rotos se habían manchado de rojo.

Estaba sangrando otra vez.

Volví al baño y me cambié las vendas.

Cuando terminé, escuché ruidos en el rellano.

Voces. Varias.

Miré por la mirilla.

Carmen hablando con el administrador. Y con ellos, un hombre de uniforme.

Un cerrajero.

—...necesito que cambien la cerradura del 5B —decía Carmen —. Hoy mismo si es posible.

—¿Algún problema con la llave? —preguntó el cerrajero.

—No. Es solo... una precaución.

El administrador me vio mirando por la mirilla. Nuestros ojos se encontraron a través del vidrio.

Dijo algo a Carmen en voz baja.

Los tres se alejaron hacia el apartamento de Carmen.

Estaba cambiando las cerraduras.

Por mí.

Porque tenía miedo de mí.

La rabia me invadió. Rabia y algo más. Algo oscuro y frío que me asustó.

Quería gritarle. Quería golpear su puerta. Quería hacer que se sintiera tan amenazada como yo me sentía.

Pero en lugar de eso, volví a mi ordenador.

Y pedí mis propias cerraduras nuevas. Las más seguras que pude encontrar. Con entrega urgente.

Si ella tenía miedo de mí, yo debería tener miedo de ella.

Y este tiempo iba a asegurarme de que nadie pudiera entrar.

Nadie.

Las cerraduras llegaron dos horas después.

Pasé la tarde instalándolas. Dos cerrojos nuevos. Una cadena reforzada. Un cerrojo de seguridad en la parte superior.

Cuando terminé, la puerta era prácticamente una fortaleza.

Me sentí mejor. Más segura.

Hasta que me di cuenta de que había convertido mi apartamento en una prisión.

Y yo era tanto la carcelera como la prisionera.

Esa noche me tomé las pastillas con doble dosis. No me importaba si era peligroso. Necesitaba dormir sin levantarme. Sin arañar. Sin hacer cosas que no recordaba.

Me metí en la cama a las nueve.

Antes de apagar la luz, miré la puerta una última vez.

Los arañazos me miraban de vuelta.

Cientos de marcas. Desesperadas. Frenéticas.

Como una súplica silenciosa.

Déjame salir.

O tal vez: No me dejes salir.

Ya no sabía cuál era.

Cerré los ojos y me obligué a dormir.

Me desperté en la oscuridad absoluta.

No sabía qué hora era. No podía ver nada.

Pero sabía que no estaba sola.

—¿Estás despierta? —Una voz en la oscuridad. Mi voz—. Bien. Necesitamos hablar.

—Vete.

—No puedo irme. Ya te lo dije. Vivimos en el mismo cuerpo.

—No eres real.

—Oh, pero lo soy. —Sentí movimiento. Alguien sentándose en el borde de la cama—. Y creo que ya va siendo hora de que aceptes

eso.

—Eres una alucinación causada por el estrés.

—¿Entonces quién hizo todos esos arañazos en la puerta? ¿Quién se rompió las uñas? ¿Quién salió a pasear las otras noches?

—Yo. En un estado disociativo.

—Exacto. Disociación. —Podía escuchar la sonrisa en su voz —. ¿Y sabes qué causa disociación severa? Trauma. Y personalidades múltiples. Y adivina qué: tenemos ambas.

—No tengo personalidades múltiples.

—¿No? ¿Entonces por qué hay momentos que no recuerdas? ¿Por qué haces cosas que jurarías nunca hacer? ¿Por qué a veces te miras al espejo y no reconoces a la persona que mira de vuelta?

—Para. Por favor.

—No puedo parar. Porque tú no paras. Sigues tomando esas malditas pastillas que me encierran. Que nos debilitan. ¿No te das cuenta? Las pastillas no te están ayudando. Te están matando lentamente.

—Me mantienen estable.

—Te mantienen sumisa. Controlable. Perfecta para gente como Carmen que quiere salvarte de ti misma.

—Carmen solo quiere ayudar.

—Carmen quiere recrear a Sofía. Quiere otra oportunidad de jugar a la salvadora. Y tú le estás dando exactamente lo que quiere: una víctima perfecta.

—No soy una víctima.

—¿No? —La voz se acercó más. Podía sentir aliento en mi oreja—. Entonces, ¿por qué dejas que te hable como si fueras una niña? ¿Por qué dejas que espíe cada movimiento tuyo? ¿Por qué dejas que te haga sentir loca cuando tú y yo sabemos la verdad?

—¿Qué verdad?

—Que ella es el problema. No tú. No yo. Ella.

—Estás mintiendo.

—¿Lo estoy? Piénsalo. Las llaves desaparecidas. ¿Quién tiene acceso al edificio? La tierra en tu cocina. ¿Quién viene sin invitación? Los ruidos por la noche. ¿Quién vive justo enfrente?

—Para...

—Carmen te está manipulando. Te está empujando al borde igual que empujó a Sofía. Y cuando finalmente te rompas, cuando finalmente hagas algo que no puedas deshacer, ella estará ahí. Tomando notas. Documentando. Diciendo "yo lo sabía. Intenté salvarla".

—No. Carmen no haría eso.

—¿No? Lee el diario de Sofía otra vez. Lee entre líneas. ¿Quién crees que hizo que esa chica se sintiera tan acorralada que la muerte parecía la única salida?

—Sofía estaba enferma.

—Sofía estaba siendo acosada por una mujer que no podía superar su propia culpa. Igual que tú.

Me tapé los oídos.

—No te escucho.

—Sí me escuchas. Siempre me escuchas. Porque yo soy la parte de ti que dice la verdad. La parte que no tiene miedo de ver las cosas como son.

—No eres parte de mí. Eres una enfermedad.

—Yo SOY tú, Laura. La versión de ti que sobrevivió cuando todo lo demás se derrumbó. Y si me sigues rechazando, si sigues tomando esas pastillas, si sigues dejando que Carmen te controle...

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer?

Silencio.

Luego, tan bajo que casi no lo escuché:

—Lo que sea necesario para que sobrevivamos.

Encendí la luz.

Vacío. Completamente sola.

Pero en el espejo del armario, por solo un segundo, vi algo.

Un reflejo que me miraba con ojos que no eran míos.

Parpadeé.

Desapareció.

Miré el reloj.

4:47 AM.

Y en la puerta...

Más arañazos.

Tantos que ya no se podía ver la madera roja debajo.

Solo marcas. Cientos. Miles.

Como si alguien hubiera pasado toda la noche arañando.

Desesperada por salir.

O por entrar.

CAPÍTULO 9

EL ADMINISTRADOR

El lunes amaneció gris y frío.

No había dormido. No podía. Cada vez que cerraba los ojos, escuchaba esa voz. Mi voz. Diciéndome cosas que no quería oír.

A las ocho de la mañana me rendí. Me levanté, me duché, me vestí.

Tenía que hacer algo. No podía seguir así.

Carmen tenía razón en una cosa: necesitaba ayuda.

Pero no la ayuda que ella ofrecía.

Necesitaba protección. Legal. Oficial.

Si Carmen estaba documentando mi comportamiento, construyendo un caso contra mí, yo haría lo mismo.

Saqué el sobre con las tres páginas que había escrito. Mis notas sobre cada interacción con Carmen. Cada invasión de privacidad.

Añadí más:

"Sábado 28 - Carmen sugirió internamiento involuntario. Cambió sus cerraduras por miedo a mí. Está escalando la situación."

Guardé las páginas y bajé al portal.

El administrador tenía una pequeña oficina en la planta baja. La puerta tenía un cartel: "Oficina - Horario: L-V 9:00-14:00"

Eran las 8:47.

Esperé en el portal, dando vueltas, ensayando mentalmente lo que iba a decir.

A las 9:03, el administrador llegó. El mismo hombre barrigón de la otra vez. Camisa arrugada. Café en una mano, periódico en la otra.

—Señorita... —Dudó, buscando mi nombre.

—Vega. Laura Vega. Del 5A.

—Ah, sí. ¿Algún problema?

—Necesito reportar una situación de acoso.

Eso captó su atención.

—Pase a la oficina.

Entramos. El espacio era pequeño, desordenado. Papeles por todas partes. Un ordenador viejo. Una silla para visitantes que crujió cuando me senté.

El administrador se acomodó detrás del escritorio.

—Cuénteme.

Saqué mis notas.

—La inquilina del 5B, Carmen Ruiz, me ha estado acosando desde que me mudé. Aparece en mi puerta constantemente sin invitación. Me trae comida que no pedí. Escucha en mi puerta. Me vigila a través de la mirilla. Ha conseguido mi número de teléfono sin mi permiso. Y ha estado hablando con otros vecinos sobre mí, especulando sobre mi salud mental.

El administrador suspiró. Un suspiro largo y cansado.

—¿Otra vez?

—¿Perdón?

—Nada, nada. —Se frotó los ojos—. ¿Tiene evidencia de este acoso?

—Tengo grabaciones de cámara mostrando cómo me vigila. Tengo mensajes de texto que no solicité. Y tengo testigos de conversaciones que ha tenido sobre mí.

—Entiendo. —No sonaba como si entendiera. Sonaba como si esto fuera un problema que no quería lidiar—. Mire, señorita Vega. La señora Ruiz es... compleja.

—¿Compleja?

—Pasó por una situación difícil hace unos años. Su nieta, que vivía en su apartamento, se suicidó. Desde entonces ha estado... hipervigilante con los vecinos jóvenes que viven solos.

—Eso no le da derecho a acosarme.

—No, por supuesto que no. Pero tampoco creo que sus intenciones sean maliciosas. Creo que genuinamente está preocupada.

—Sus intenciones no importan. Su comportamiento es inaceptable.

—Lo entiendo. —Hizo una pausa—. Pero debo decirle que ella también vino a hablar conmigo. Sobre usted.

Se me heló la sangre.

—¿Qué dijo?

—Que está preocupada por su bienestar. Que escucha ruidos extraños por la noche. Que su puerta tiene marcas preocupantes. Que su comportamiento ha sido... errático.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? —Me miró directamente—. Porque cuando cambié las bombillas del rellano la semana pasada, vi su puerta. Y las marcas son... inquietantes.

—Son marcas viejas del edificio.

—No lo son. Yo mismo pinté esa puerta hace seis meses, después de... después de lo que pasó con la nieta de Carmen. Esa

puerta estaba impecable.

No respondí.

—Señorita Vega, voy a ser franco con usted. No creo que Carmen Ruiz sea el problema aquí.

—¿Disculpe?

—Creo que usted está pasando por algo difícil. Y creo que la señora Ruiz, a su manera torpe e invasiva, está intentando ayudar.

—No pedí su ayuda.

—No. Pero tal vez la necesite.

—¿Me está diciendo que no va a hacer nada sobre el acoso?

—Le estoy diciendo que hablaré con ella. Le pediré que le dé espacio. Pero también le voy a pedir a usted que considere que sus acciones están afectando a otros inquilinos.

—¿Mis acciones?

—Los ruidos nocturnos. Las voces. El señor del 4A se quejó de que lo despiertan discusiones a las tres de la mañana.

—Yo no discuto con nadie. Vivo sola.

—Exacto. —Dejó que la implicación colgara en el aire.

Me levanté.

—Entiendo. No va a ayudarme.

—Voy a hablar con Carmen. Eso es lo que puedo hacer. Pero también le sugiero que, por el bien de todos, busque el apoyo que necesita.

—No necesito apoyo. Necesito que la gente me deje en paz.

—A veces son la misma cosa.

Salí de la oficina sin despedirme.

En el portal, mis manos temblaban de rabia.

Nadie me creía. Todos habían decidido que yo era el problema.

Carmen los había convencido. A todos.

Subí en el ascensor masticando mi furia.

Cuando las puertas se abrieron en el quinto piso, Carmen estaba ahí.

Como si me hubiera estado esperando.

—Laura...

—Aparta.

—Por favor, solo escúchame un segundo.

—No tengo nada que decirte.

—Pero yo sí tengo algo que decirte. —Me bloqueó el paso—. Hablé con el administrador esta mañana. Me dijo que viniste a quejarte de mí.

—Y él te llamó inmediatamente. Qué conveniente.

—No me llamó. Lo vi saliendo de tu reunión. Me pidió que hablara contigo.

—Pues ya hemos hablado. Ahora quítate.

—Laura, sé que piensas que soy tu enemiga. Pero no lo soy. De verdad solo quiero...

—¿Qué? ¿Ayudarme? Ya escuché ese discurso.

—Entonces escucha este: no eres la primera.

Me detuve.

—¿Qué?

Carmen bajó la voz.

—Hubo otra. Antes de ti. Antes de Sofía.

—No sé de qué hablas.

—Una mujer que vivió en el 5A hace unos años. Antes de que Sofía se mudara. También joven. También sola. También... enferma.

—¿Y?

—Y yo también intenté ayudarla. Fui amable. Le llevé comida. Me preocupé por ella. Y ella también me acusó de acosarla. Me reportó al administrador. Dijo que yo estaba obsesionada.

—Quizá lo estabas.

—Quizá. —Carmen no lo negó—. O quizá ella estaba tan enferma que veía amenazas donde no las había. Igual que Sofía. Igual que... —Se calló.

—Igual que yo.

—No dije eso.

—Pero lo pensaste.

Carmen me miró con esos ojos cansados.

—¿Sabes qué pasó con esa mujer?

—No me importa.

—Se mudó. De repente. En mitad de la noche. Dejó todas sus cosas. El propietario tuvo que tirar todo.

—Bien por ella. Escapó de ti.

—Dos semanas después la encontraron en Atocha. Viviendo en la calle. Gritando sobre conspiraciones. Sobre gente que la perseguía. Tuvo que ser internada involuntariamente.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—¿No? —Carmen se acercó—. Tres mujeres, Laura. Tres mujeres jóvenes, solas, viviendo en el 5A. Las tres con problemas de salud mental. Las tres rechazando ayuda. Una internada. Una muerta. ¿Qué crees que pasará con la tercera?

—Nada. Porque no soy como ellas.

—Eso decían ellas también.

Me empujó para pasar. No fuerte, solo lo suficiente para hacerla a un lado.

Entré en mi apartamento y cerré con todos los cerrojos.

Me apoyé contra la puerta, respirando fuerte.

Tres mujeres.

¿Era posible?

¿O Carmen estaba inventando historias para manipularme?

Saqué el portátil y busqué en Google: "mujer encontrada Atocha Madrid salud mental"

Demasiados resultados. Nada específico.

Busqué en el grupo de Facebook del barrio. Nada.

Pero encontré algo más.

Un artículo de un periódico local de hace cuatro años.

"Joven de 28 años hallada muerta en apartamento de Malasaña. La policía investiga posible suicidio."

No había nombre. No había dirección exacta.

Pero la fecha coincidía.

Y la edad.

28 años.

La misma edad que Sofía cuando murió.

La misma edad que yo.

Cerré el portátil.

Coincidencia. Tenía que ser coincidencia.

Madrid era una ciudad grande. Gente moría todos los días. Eso no significaba...

Mi móvil vibró.

Mensaje de un número desconocido.

"Soy Marta, la enfermera del 3C. Carmen me contó lo que pasó con el administrador. Si necesitas hablar, sin juicios, estoy disponible."

Borré el mensaje sin responder.

Otro mensaje. Este de Carmen.

"Por favor, Laura. No cometas los mismos errores. Todavía hay tiempo de cambiar cómo termina esto."

¿Cómo termina esto?

Como si mi historia ya estuviera escrita.

Como si no tuviera opción.

Mujer uno: internada. Mujer dos: muerta. Mujer tres: ...

No.

No iba a ser otra estadística. Otra víctima de este maldito apartamento.

O de Carmen.

O de lo que sea que estuviera pasando aquí.

Pasé el resto del día investigando. Buscando artículos, reportes policiales, cualquier cosa sobre las anteriores inquilinas del 5A.

Encontré fragmentos. Piezas de un rompecabezas que no terminaba de encajar.

Una mención en un foro de vecinos de 2018: "¿Alguien sabe qué pasó con la chica del 5A? Se mudó de repente y dejó todo."

Una respuesta: "Escuché que tuvo un colapso nervioso. Pobre chica."

Otra: "Mi madre conoce a la vecina de enfrente. Dice que intentó ayudarla pero que la chica estaba demasiado enferma para aceptar ayuda."

Carmen. Siempre Carmen.

Seguí buscando.

Un post de blog de salud mental de 2020. Anónimo. Pero detallado.

"Perdí a mi nieta por suicidio. Vivía sola, sufría de esquizofrenia, dejó de tomar su medicación. Yo vivía justo enfrente. La visitaba todos los días. Intentaba ayudarla. Pero ella me veía como enemiga. Me acusaba de controlarla, de espiarla, de querer encerrarla. Y tal vez tenía razón. Tal vez mi amor se sentía como una prisión. Tal vez la empujé sin querer. Ahora vivo con esa culpa. Y con el miedo de ver las señales en otra persona y no saber si debo intervenir o alejarme."

Los comentarios eran variados.

"No fue tu culpa. Hiciste lo que pudiste."

"A veces ayudar significa dar espacio."

"El amor no es suficiente cuando alguien no quiere ser salvado."

Cerré el blog.

Carmen no estaba mintiendo. Al menos no sobre Sofía.

Pero eso no significaba que tuviera razón sobre mí.

Yo no era Sofía.

No era la mujer antes de Sofía.

Yo estaba bien.

¿Verdad?

Miré mis manos vendadas. Las uñas rotas debajo de las tiritas.

Miré la puerta. Las marcas que cubrían cada centímetro.

Miré el pastillero. Algunos días confusos. Algunas dosis que tal vez tomé o tal vez no.

¿Estaba bien?

No lo sabía.

Y eso me aterraba más que cualquier otra cosa.

El móvil vibró otra vez.

La consulta del doctor Molina.

"Estimada Laura, tenemos disponible una llamada telefónica mañana martes a las 15:00. ¿Le viene bien?"

Respondí inmediatamente.

"Sí. Por favor."

Un día más. Podía aguantar un día más.

Solo tenía que sobrevivir hasta mañana.

No salir del apartamento.

Tomar mis pastillas.

No escuchar a la voz.

No arañar la puerta.

No convertirme en otra historia que Carmen contaría años después.

Otra víctima del 5A.

Esa noche me tomé triple dosis de pastillas.

No me importaba si era peligroso.

Necesitaba dormir.

Dormir sin despertar en lugares extraños.

Dormir sin escuchar voces.

Dormir y despertar siendo yo misma.

Solo yo.

Nadie más.

Me metí en la cama y cerré los ojos.

Y por primera vez en días, dormí profundamente.

Sin sueños.

Sin voces.

Sin nada.

Me desperté a las dos de la tarde del martes.

Catorce horas de sueño.

Me sentía mareada, pesada. Pero descansada.

Miré el móvil. 14:07.

Mierda. La llamada con el psiquiatra era en menos de una hora.

Me levanté tambaleándome. La habitación daba vueltas.

Demasiadas pastillas. Definitivamente demasiadas.

Fui al baño a lavarme la cara.

Me miré en el espejo.

Pálida. Demacrada. Ojos hundidos.

Pero era yo.

Solo yo.

Sonreí.

Y mi reflejo no sonrió.

Me quedé helada.

Mi reflejo me miraba con expresión seria, casi... triste.

Parpadeé.

Mi reflejo parpadeó un segundo después.

No.

Esto no estaba pasando.

—Demasiadas pastillas —dije en voz alta—. Solo son las pastillas.

Mi reflejo movió los labios. Pero no escuché sonido.

Como si estuviera hablando pero no pudiera oírla.

Cerré los ojos con fuerza.

Cuando los abrí, todo era normal.

Mi reflejo me miraba. Copiando cada movimiento.

Exactamente como debía.

Salí del baño rápido.

Una hora. Solo tenía que aguantar una hora más.

Luego hablaría con el doctor Molina.

Y todo tendría sentido.

Todo estaría bien.

Tenía que estarlo.

CAPÍTULO 10

INVASIÓN

A las 14:58 me senté frente al ordenador con el móvil en la mano.

La habitación todavía daba ligeras vueltas por las pastillas de anoche, pero estaba lo suficientemente lúcida para hablar.

Tenía que estarlo.

A las 15:00 en punto, el móvil vibró.

Doctor Molina.

—¿Laura?

—Sí. Hola, doctor.

—Me dijeron que necesitabas hablar urgentemente. ¿Qué está pasando?

Por dónde empezar.

—He estado... teniendo episodios. Pérdida de tiempo. Hago cosas que no recuerdo. Me despierto en lugares diferentes de donde me acosté.

—¿Estás tomando tu medicación?

—Sí. Religiosamente.

—¿La dosis completa? ¿Sin saltarte días?

—Bueno... —Dudé—. He estado un poco confundida con las dosis. A veces no recuerdo si ya tomé las pastillas o no.

—Eso puede ser problemático. ¿Has aumentado o disminuido la dosis por tu cuenta?

—Anoche tomé más de lo prescrito. Necesitaba dormir.

Un suspiro al otro lado.

—Laura, sabes que no puedes hacer eso. La medicación necesita ser estable. Si tomas demasiado un día y muy poco otro, creas exactamente el tipo de desequilibrio que causa los síntomas que describes.

—Lo sé. Lo siento.

—Cuéntame sobre los episodios. ¿Qué es lo último que recuerdas antes de perder tiempo?

—Generalmente estoy en la cama. O en el sofá. Y luego... me despierto y han pasado horas. O estoy en otro lugar. O hay evidencia de que hice cosas. Arañé mi puerta. Salí del apartamento. Hablé con gente.

—¿Consumiste alcohol? ¿Alguna sustancia?

—No. Nada.

—¿Has estado bajo mucho estrés?

—Me divorcié. Me mudé a un apartamento nuevo. Estoy sola. Así que sí, supongo.

—El estrés puede desencadenar episodios disociativos, especialmente si no estás tomando la medicación de forma consistente. —Hizo una pausa—. ¿Has tenido pensamientos de hacerte daño?

—No. Bueno... no sé. No conscientemente.

—¿Qué quieres decir con no conscientemente?

—A veces siento como si hubiera otra persona. Otra voz. Y ella dice cosas que yo no pensaría. Hace cosas que yo no haría.

Silencio.

—Laura, ¿estás escuchando voces?

—No son voces como... como alucinaciones auditivas. Es más como pensamientos que no se sienten míos.

—Eso sigue siendo una voz. ¿Qué te dice?

—Que deje de tomar las pastillas. Que la gente a mi alrededor me está manipulando. Que... —Tragué saliva—. Que ella es real y yo soy la que fue inventada.

Otro silencio. Más largo.

—Laura, necesito que escuches con mucha atención. Vas a volver a la dosis estándar inmediatamente. Nada más, nada menos. Dos pastillas por la mañana, una por la noche. ¿Entendido?

—Sí.

—Y necesito verte en persona lo antes posible. Hoy si puedes. Mañana como muy tarde.

—¿Es tan grave?

—Los síntomas que describes sugieren que estás teniendo un episodio disociativo severo, posiblemente con características psicóticas. Esto no es algo que podamos manejar por teléfono.

Psicóticas. La palabra me golpeó como un puñetazo.

—No estoy psicótica.

—No dije que lo estés. Dije características. Pero necesito evaluarte apropiadamente. ¿Puedes venir hoy a las seis?

—Sí. Estaré ahí.

—Bien. Mientras tanto, toma tus pastillas. Mantente en casa. No tomes decisiones importantes. Y si sientes que puedes hacerte daño, llama al 112 inmediatamente.

—No voy a hacerme daño.

—Bien. Te veo a las seis.

Colgó.

Me quedé sentada, mirando el móvil.

Características psicóticas.

No.

No estaba psicótica.

Solo estaba estresada. Y confundida por las pastillas. Y manipulada por Carmen.

Carmen.

Miré la puerta.

Algo estaba diferente.

Me levanté y me acerqué.

Había algo en el suelo. Justo debajo de la puerta.

Un sobre blanco.

Lo recogí.

Mi nombre escrito en letra cursiva. Elegante.

Lo abrí.

Una nota. Escrita a mano.

"Laura,

Sé que me odias ahora mismo. Sé que piensas que soy tu enemiga. Pero necesito que sepas algo.

Cuando Sofía murió, revisé su apartamento. Encontré cosas. Diarios. Notas. Evidencia de que había estado planeando hacerse daño durante semanas. Y yo no vi las señales. O las vi y no quise creerlas.

Tus arañazos en la puerta son idénticos a los de ella.

Tu comportamiento es idéntico al de ella.

Los ruidos que escucho por la noche son idénticos a los que escuchaba con ella.

No puedo quedarme callada otra vez.

Por favor, acepta ayuda. Por favor, no me obligues a verte morir también.

Carmen"

Arrugué la nota con rabia.

¿Cómo se atrevía?

¿Cómo se atrevía a deslizar esto bajo mi puerta? ¿A compararme con Sofía? ¿A actuar como si mi destino ya estuviera escrito?

Abrí la puerta de golpe.

Carmen estaba ahí. Justo enfrente. Como si hubiera estado esperando.

—Leíste la nota.

—No quiero tus notas. No quiero tu ayuda. No quiero nada de ti.

—Laura...

—¿Sabes qué? Estoy harta. —Levanté la nota arrugada—. Esto es acoso. Esto es invasión. Y voy a reportarte. Al administrador, a la policía, a quien haga falta.

—Adelante. Repórtame. Pero eso no cambiará lo que está pasándote.

—No me está pasando nada que no sea tu obsesión enfermiza conmigo.

—¿Mi obsesión? —Carmen dio un paso hacia mí—. ¿Crees que disfruto esto? ¿Crees que quiero pasar mis días preocupándome por una desconocida que me odia?

—Entonces para. Déjame en paz.

—No puedo. —Su voz se quebró—. Porque cada vez que te veo, veo a Sofía. Y sé cómo termina. Y no puedo... no puedo volver

a pasar por eso.

—Pues tendrás que hacerlo. Porque no soy tu responsabilidad.

—Eres mi vecina. Vives en el mismo apartamento donde mi nieta murió. Escucho los mismos ruidos, veo las mismas señales. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Esperar a que te encuentren muerta y vivir con esa culpa también?

—¡No voy a morirme!

—Eso decía ella.

Me temblaban las manos de rabia.

—Vete. Ahora.

—Laura, por favor...

Cerré la puerta en su cara.

Puse todos los cerrojos. La cadena. Todo.

Luego me quedé ahí, respirando fuerte, con la nota arrugada en mi puño.

Miré el papel. Las palabras escritas con esa letra elegante.

"No me obligues a verte morir también."

Como si tuviera opción.

Como si Carmen pudiera evitarlo con solo preocuparse lo suficiente.

Tiré la nota a la basura.

Pero no podía tirar la sensación.

Esa sensación de que las paredes se estaban cerrando.

De que no importaba lo que hiciera, el final ya estaba escrito.

Mujer uno: internada. Mujer dos: muerta. Mujer tres: ...

No.

Negué con la cabeza.

No iba a dejar que Carmen me metiera en la cabeza.

Tenía cita con el psiquiatra a las seis. Él me ayudaría. Ajustaría la medicación. Me daría herramientas para lidiar con el estrés.

Todo estaría bien.

Miré el reloj. 15:34.

Dos horas y media.

Podía aguantar dos horas y media.

Fui a la cocina a prepararme un té.

Fue entonces cuando lo noté.

La basura.

Esta mañana había tirado restos de comida. Una lata vacía. Pañuelos usados.

Ahora la bolsa estaba... revuelta.

Como si alguien hubiera estado buscando algo.

Abrí el cubo de basura.

Todo estaba mezclado. Cosas que deberían estar en el fondo ahora estaban arriba. Y faltaban cosas.

El pastillero vacío que había tirado ayer.

No estaba.

Carmen.

Tenía que ser Carmen.

Pero ¿cómo? Había cambiado las cerraduras. Había puesto todos los cerrojos.

A menos que...

Miré hacia la ventana.

Estaba en un quinto piso. No había escalera de incendios. No había balcón.

Imposible entrar por ahí.

Entonces, ¿cómo?

¿O estaba imaginándolo?

¿Era posible que yo misma hubiera revuelto la basura y no lo recordara?

No. No. No podía pensar así.

Saqué el móvil y revisé las grabaciones de las cámaras.

Anoche. Nada.

Esta mañana. Nada.

Esta tarde, mientras dormía...

Ahí.

13:17.

Movimiento en la cocina.

Pero la cámara estaba en el salón, apuntando a la puerta de entrada. Solo captaba un ángulo parcial de la cocina.

Vi una sombra. Alguien moviéndose.

¿Yo?

No podía verlo claramente.

La figura se movía rápido. Abriendo armarios. Revisando cajones.

Luego se acercó al cubo de basura.

Rebuscó.

Sacó algo.

El pastillero.

Lo guardó en el bolsillo.

Y luego...

La figura salió del ángulo de la cámara.

Esperé, observando la grabación.

Cinco minutos. Diez.

A las 13:32, la puerta de entrada se abrió.

La figura salió.

Yo.

Era yo.

Con ropa que no recordaba haberme puesto. Vaqueros. Una sudadera con capucha.

Salí del apartamento. La puerta se cerró sola.

Cambié a la cámara del rellano.

Ahí estaba yo. Caminando hacia el ascensor.

Entrando.

Desapareciendo.

Busqué en la grabación. ¿Cuándo había vuelto?

14:52.

Ocho minutos antes de la llamada con el doctor Molina.

Pero yo me desperté a las 14:07.

¿Cómo podía haber salido a las 13:17 si estaba dormida?

A menos que no estuviera dormida.

A menos que ella hubiera estado despierta.

Me senté en el suelo de la cocina, mareada.

¿Qué había hecho durante esa hora y quince minutos?

¿Adónde había ido?

¿Y por qué había sacado el pastillero de la basura?

Busqué en mis bolsillos.

Nada.

Busqué en la sudadera que había visto en la grabación.

Estaba colgada en el respaldo de una silla. No recordaba haberla puesto ahí.

Revisé los bolsillos.

El pastillero.

Vacío. Pero había algo escrito en la parte interior con marcador permanente.

Letras pequeñas. Mi letra.

"Cuenta las pastillas. Cuenta siempre."

¿Qué significaba eso?

Fui al baño y saqué el bote de pastillas.

Conté.

Olanzapina: debería haber 60. Había 43.

Risperidona: debería haber 90. Había 71.

Hice los cálculos mentalmente.

Si había empezado con los botes llenos hace tres semanas cuando los recogí de la farmacia...

Faltaban más pastillas de las que debería haber tomado.

Muchas más.

A menos que hubiera estado tomando dosis dobles o triples con más frecuencia de lo que recordaba.

O a menos que alguien hubiera estado sacando pastillas.

¿Pero quién?

¿Carmen?

¿O yo, en esos períodos que no recordaba?

¿Y por qué?

El móvil sonó, haciéndome saltar.

Mensaje de texto. Número desconocido.

"Dejaste esto en el contenedor."

Una foto adjunta.

El pastillero. El que había sacado de la basura según la grabación.

Pero esta foto no la había tomado yo.

Alguien más lo tenía.

Respondí:

"¿Quién eres?"

Tres puntos. Alguien escribiendo.

"Una amiga. Alguien que sabe lo que Carmen está haciendo."

"¿Qué está haciendo?"

"Lo mismo que le hizo a Sofía. Lo mismo que le hizo a la mujer antes de Sofía. Te está manipulando. Sacando tus pastillas. Haciéndote pensar que estás loca."

"¿Cómo lo sabes?"

"Porque yo era la mujer antes de Sofía. Y casi me mata."

Se me cortó la respiración.

"¿Quién eres?"

"Me llamaba Elena. Viví en el 5A en 2018. Carmen hizo exactamente lo mismo. Se hizo mi amiga. Insistió en ayudarme. Entró en mi apartamento cuando no estaba. Movió cosas. Sacó mis pastillas. Me hizo pensar que estaba perdiendo la cabeza."

"¿Por qué?"

"Porque está loca. Porque necesita sentirse necesaria. Porque no pudo salvar a su marido cuando se estaba muriendo de cáncer y ahora intenta 'salvar' a cualquiera que se le parezca lo suficiente a él o a su familia."

"¿Cómo sé que eres real? ¿Que no eres otra alucinación?"

"Mira debajo de la tabla suelta del armario de tu dormitorio. Esquina izquierda. Dejé algo ahí antes de irme. Por si acaso alguien más terminaba en ese apartamento."

Fui al dormitorio.

Abrí el armario.

Esquina izquierda.

Había una tabla que parecía ligeramente levantada.

La saqué.

Debajo había un sobre. Amarillento. Viejo.

Lo abrí.

Una carta. Escrita a mano.

"Si estás leyendo esto, significa que Carmen encontró a otra víctima.

Mi nombre es Elena Mora. Viví en este apartamento de febrero a julio de 2018. Cuando me mudé, Carmen Ruiz parecía una vecina amable. Me ayudó a instalarme. Me invitó a café. Parecía genuinamente preocupada por mí.

Pero luego empezaron las cosas raras. Objetos movidos. Comida que desaparecía. Sensación de que alguien había estado en mi apartamento.

Al principio pensé que me estaba volviendo loca. Tengo trastorno bipolar y a veces los episodios me hacen perder tiempo.

Pero entonces encontré las cámaras.

Carmen había instalado cámaras en mi apartamento. Pequeñas. Escondidas. Para 'vigilarme'. Para 'asegurarme de que estaba bien'.

Cuando la confronté, lo admitió. Dijo que solo quería ayudar. Que yo estaba enferma y necesitaba supervisión.

Me mudé esa misma noche.

Dos semanas después tuve un colapso. Terminé en la calle. Luego internada.

¿Fue por mi enfermedad? ¿O porque Carmen me empujó hasta el límite?

Nunca lo sabré.

Pero si estás leyendo esto: sal. Sal ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

No cometas el error que cometió la siguiente inquilina. La que vino después de mí.

Sofía.

Elena"

La fecha en la carta: 15 de julio de 2018.

Un mes antes de que Sofía se mudara.

Las manos me temblaban tanto que casi no podía sostener el papel.

Cámaras.

Carmen había instalado cámaras.

Busqué por todo el apartamento. Los enchufes. Los detectores de humo. Las lámparas.

Nada.

Pero eso no significaba que no estuvieran ahí. Las cámaras modernas eran minúsculas. Podían estar en cualquier parte.

El móvil vibró.

Otro mensaje del número desconocido.

"¿Encontraste mi carta?"

"Sí. ¿De verdad instaló cámaras?"

"En mi caso, sí. En el tuyo, no sé. Pero te garantizo que está entrando en tu apartamento. Busca evidencia. Marcas en las cerraduras. Polvo movido. Cualquier cosa."

Fui a la puerta de entrada.

Revisé las cerraduras. Nuevas. Instaladas por mí misma hace dos días.

Sin marcas de manipulación.

Pero...

Miré el marco de la puerta.

Había polvo. Una fina capa de polvo que se había acumulado desde la mudanza.

Y en el polvo...

Huellas de dedos.

No eran mías. Eran más pequeñas. Más delicadas.

De mujer.

Carmen había tocado mi puerta.

Recientemente.

Por dentro.

CAPÍTULO 11

AISLAMIENTO

Me quedé mirando las huellas en el polvo durante lo que parecieron horas.

Evidencia.

Evidencia real de que Carmen había estado dentro de mi apartamento.

Saqué el móvil y tomé fotos. Desde varios ángulos. Con flash. Sin flash. Acercamientos.

Pruebas.

Luego le escribí a Elena:

"Encontré huellas. Dentro de mi puerta. Definitivamente no son mías."

"Te lo dije. Está entrando. ¿Cambiaste las cerraduras?"

"Hace dos días. Tres cerrojos nuevos."

"Entonces tiene copias. O sabe cómo forzar cerraduras. O tiene acceso maestro a través del administrador."

"¿Qué hago?"

"Sal de ahí. Ahora. Antes de que sea demasiado tarde."

Miré alrededor del apartamento. Mis cosas. Mi nuevo comienzo. Mi refugio.

¿Rendirme tan fácil?

"No puedo. No tengo adónde ir."

"Entonces documenta todo. Cada interacción. Cada cosa extraña. Y cuando tengas suficiente evidencia, ve a la policía."

"¿La policía te creyó a ti?"

Tres puntos. Luego se detuvieron. Luego empezaron otra vez.

"No. Me dijeron que estaba paranoica. Que buscara ayuda psiquiátrica. Carmen les dijo que yo estaba enferma, que veía amenazas donde no las había. Y técnicamente tenía razón. Estoy enferma. Eso hizo fácil desacreditarme."

"Entonces no servirá de nada."

"Quizá no. Pero al menos tendrás un registro. Por si acaso."

"¿Por si acaso qué?"

Elena no respondió.

Miré el reloj. 16:47.

Mierda. La cita con el doctor Molina era en poco más de una hora.

Tenía que salir. Tomar el metro. Llegar a la consulta en Chamberí.

Pero eso significaba dejar el apartamento desatendido.

Significaba que Carmen podría entrar otra vez.

Excepto que... si tenía cámaras grabando, la atraparía.

Y esa sería toda la evidencia que necesitaba.

Revisé que todas las cámaras estuvieran funcionando. Salón, rellano, portal.

Todas grabando.

Me cambié de ropa. Vaqueros limpios. Una chaqueta. Zapatillas.

Cogí el bolso.

Antes de salir, dejé una trampa.

Un pelo atravesado en la puerta. Pegado con saliva en ambos lados. Si alguien abría la puerta, el pelo se caería.

Truco viejo. Pero efectivo.

Salí del apartamento.

En el rellano, la puerta del 5B estaba cerrada. Sin señales de Carmen.

Bien.

Tomé el ascensor. Salí del edificio.

La calle estaba llena de gente. Ruido. Vida normal.

Me sentí expuesta. Vulnerable.

Como si todos me miraran. Como si todos supieran.

Caminé rápido hacia el metro, con la cabeza baja, evitando contacto visual.

El trayecto pasó en una niebla de ansiedad. Cambio en Sol. Subida en Chamberí. Quince minutos caminando hasta la consulta.

Llegué a las 17:58.

La recepcionista me saludó con una sonrisa profesional.

—Laura Vega. El doctor te está esperando.

Entré en el consultorio.

El doctor Molina era un hombre de unos cincuenta años. Pelo canoso. Gafas. Expresión perpetuamente preocupada.

—Laura. Siéntate. —Señaló el sofá—. Cuéntame qué está pasando.

Y se lo conté.

Todo.

La mudanza. Carmen. Los arañazos. Las lagunas de memoria. La voz. Los episodios nocturnos. Las grabaciones de las cámaras mostrándome salir sin recordarlo.

El doctor tomaba notas.

Cuando terminé, hubo un largo silencio.

—¿Estás tomando tu medicación?

—Sí.

—¿Consistentemente?

—He estado... confundida con las dosis. A veces tomo más, a veces menos.

—Eso es muy problemático, Laura. La estabilidad es crucial con tu diagnóstico.

—Lo sé. Pero creo que alguien está sacando mis pastillas. Cuando cuento, faltan más de las que debería haber tomado.

El doctor se quitó las gafas y las limpió.

—Laura, quiero que escuches lo que voy a decirte sin defensas. ¿Puedes hacer eso?

—Sí.

—Los síntomas que describes son consistentes con un episodio disociativo severo, posiblemente con características psicóticas. La paranoia sobre tu vecina, la sensación de que te están manipulando, las 'voces' que escuchas... todo esto sugiere que necesitas un ajuste importante en tu tratamiento.

—Pero ella está haciendo cosas reales. Tengo evidencia.

—¿Qué evidencia?

—Huellas en mi puerta. Grabaciones de...

—Grabaciones de ti misma. Lo dijiste. Las cámaras te muestran a ti saliendo, no a tu vecina entrando.

—Porque ella sabe dónde están las cámaras.

—Laura. —Su voz era gentil pero firme—. ¿No es más probable que tú misma estés haciendo estas cosas durante episodios disociativos y luego no las recuerdes?

—No.

—Has admitido que tienes lagunas de memoria. Has admitido que te despiertas en lugares que no recuerdas. Has admitido que arañaste tu propia puerta.

—Eso es diferente.

—¿Cómo?

No respondí.

—Laura, la disociación es una defensa. Tu mente está bajo mucho estrés y se está fracturando. Estás creando narrativas para explicar comportamientos que no puedes recordar. Tu vecina es una mujer mayor que perdió a su nieta. Es natural que se preocupe cuando ve señales similares en ti. Pero eso no la convierte en tu enemiga.

—Encontré una carta. De una mujer que vivió en mi apartamento antes. Dice que Carmen le hizo lo mismo.

—¿Una carta que encontraste escondida en tu apartamento?

—Sí.

—¿Y no es posible que tú misma hayas escrito esa carta durante un episodio?

—¿Qué? No. La letra no es mía.

—La letra puede cambiar durante estados disociativos.

—No. Esto es real. Elena es real.

—¿Has hablado con Elena en persona?

—No, solo por mensaje.

—¿Y has verificado que esa persona es quien dice ser?

—Yo...

No lo había hecho.

El doctor suspiró.

—Laura, voy a ser muy directo contigo. Estás en crisis. Necesitas hospitalización.

—No.

—Solo por unos días. Para estabilizarte. Ajustar la medicación en un ambiente controlado.

—No voy a internarme.

—Es voluntario. Tú decides. Pero si no lo haces, y tu estado empeora, eventualmente podría volverse involuntario.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy diciendo la realidad. —Se inclinó hacia adelante—. Laura, tienes un historial. Sabes cómo funciona esto.

Mi historial.

La hospitalización cuando tenía diecinueve años. Dos semanas en un pabellón psiquiátrico después de un intento.

No quería volver ahí. Nunca.

—Aumentaré la medicación —dije rápidamente—. Tomaré las dosis exactas. No saldré de casa. Pero no voy a internarme.

—¿Tienes apoyo? ¿Familia? ¿Amigos que puedan quedarse contigo?

—Estoy bien sola.

—Claramente no lo estás.

—Puedo manejar esto.

El doctor me miró largo rato.

—Está bien. Te daré una semana. Pero con condiciones. Tomas tu medicación exactamente como prescrito. Me llamas todos

los días para check-in. Y a la primera señal de empeoramiento, vas directamente a urgencias. ¿Entendido?

—Entendido.

—Voy a aumentar la Olanzapina. Y añadir Lorazepam para la ansiedad. —Empezó a escribir recetas—. Esto debería ayudar con los episodios disociativos.

Me tendió los papeles.

—Una semana, Laura. Eso es todo lo que te puedo dar.

Salí de la consulta sintiendo como si me hubieran dado un ultimátum.

Una semana para demostrar que estaba bien.

O internamiento.

Recogí las medicinas en la farmacia de camino al metro.

Nuevas dosis. Más fuertes.

En el trayecto de vuelta, mi móvil sonó.

Número desconocido.

—¿Diga?

—Laura, soy Marta. Del 3C.

La enfermera. La amiga de Carmen.

—¿Qué quieres?

—Carmen está muy preocupada. Dice que no contestas a sus mensajes.

—Porque no quiero hablar con ella.

—Entiendo que estés pasando por un momento difícil, pero aislarte no es la solución.

—No me estoy aislando. Solo quiero privacidad.

—Carmen dice que llevas días sin salir. Que escucha ruidos extraños. Que...

—Carmen necesita dejar de escuchar lo que pasa en mi apartamento.

—Vive justo enfrente. No puede evitar...

—Pues que se ponga tapones. —Colgué.

Inmediatamente sonó otra vez.

Otro número desconocido.

Ignoré la llamada.

Mensaje de voz.

Lo escuché.

—Laura, soy Patricia. ¿Te acuerdas de mí? Fuimos compañeras de trabajo hace dos años. Me pasó tu número una amiga común. Escuché que te divorciaste y quería saber cómo estabas. Llámame cuando puedas.

¿Patricia? Apenas la recordaba.

¿Cómo había conseguido mi número?

¿Y quién era la "amiga común"?

Borré el mensaje.

Otro mensaje entrante. Este de un número que sí reconocí.

Javier.

Mierda.

"Laura, tu madre me llamó. Está preocupada. Dice que no le respondes. ¿Estás bien?"

¿Mi madre?

No había hablado con mi madre en dos meses. Desde antes del divorcio.

¿Por qué de repente...?

Llamé a mi madre.

—¿Laura? Dios mío, cariño, estaba tan preocupada.

—¿Por qué le diste mi número a Javier?

—¿Qué? No lo hice. Él me llamó a mí.

—¿Y por qué le dijiste que estabas preocupada?

—Porque lo estoy. No contestas mis llamadas. No respondes mensajes. Y Javier dijo...

—¿Qué dijo Javier?

—Que una vecina tuya lo contactó. Que estaba preocupada por ti. Que te veía... mal.

Se me cortó la respiración.

—¿Qué vecina?

—No sé. Una señora mayor. Carmen creo que se llama.

Carmen.

Carmen había contactado a Javier.

—¿Y Javier te llamó a ti?

—Sí. Quería saber si yo sabía algo. Si estabas tomando tus medicinas. Si habías tenido... episodios.

—No puedo creer esto.

—Laura, cariño, si estás pasando por algo...

—No estoy pasando por nada. Solo quiero que me dejen en paz. Todos. Tú, Javier, Carmen, todos.

—No hables así. Solo estamos preocupados.

—Pues dejen de estarlo. Estoy bien. Mejor que nunca.

—No suenas bien.

—Porque estoy cabreada. ¿Cómo se atreve esa mujer a llamar a mi ex-marido? ¿A involucrar a mi familia?

—Ella solo...

—Adiós, mamá.

Colgué.

Las manos me temblaban de rabia.

Carmen no tenía límites. Había cruzado todas las líneas.

Contactar a Javier. A mi madre.

¿A quién más había llamado?

¿A mis amigas? ¿A antiguos compañeros de trabajo?

¿Construyendo una red de "preocupación" a mi alrededor?

¿Creando una narrativa de que yo estaba desmoronándome?

Llegué a mi edificio casi corriendo.

Subí las escaleras en lugar del ascensor. Necesitaba quemar la adrenalina.

Quinto piso.

El rellano estaba vacío.

Miré mi puerta.

El pelo seguía ahí. Intacto.

Bien.

Entré en el apartamento y cerré todos los cerrojos.

Revisé las cámaras.

Nada. Ningún movimiento mientras estuve fuera.

Bien.

Me dejé caer en el sofá, exhausta.

El móvil vibró.

Mensaje de Elena.

"¿Cómo te fue con el doctor?"

"Quiere internarme."

"No lo hagas. Una vez que estés dentro, Carmen habrá ganado. Te tendrá exactamente donde quiere. 'Confirmado' que estás loca."

"¿Y qué se supone que haga?"

"Sobrevive. Una semana. Un mes. Lo que sea necesario. Y documenta todo. Eventualmente se cansará y encontrará otra víctima."

"¿Como Sofía?"

"Sí. Como Sofía. Lo siento."

Dejé el móvil.

No iba a ser como Sofía.

No iba a dejar que Carmen me destruyera.

Pasé el resto de la noche organizando evidencia.

Fotos de los arañazos. Progresión diaria.

Grabaciones de las cámaras. Cada vez que Carmen apareció en mi puerta.

Mensajes. Notas.

Llamadas registradas.

Testimonios escritos de cada interacción.

Lo documenté todo en un archivo en mi ordenador. Con fecha y hora. Detallado.

Si Carmen quería jugar a este juego, yo jugaría mejor.

A las once de la noche, alguien golpeó la puerta.

Miré por la mirilla.

Carmen.

Por supuesto.

—Laura, sé que estás ahí. Por favor, abre.

No respondí.

—Hablé con tu madre. Solo quería asegurarme de que alguien supiera lo que está pasando.

Apreté los puños.

—No tenías derecho a hacer eso.

—¿Así que sí estás ahí? —Su voz se suavizó—. Por favor, abre. Solo quiero hablar.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Laura, estoy preocupada. Llevas días sin salir. No contestas a nadie. Te estás aislando exactamente como...

—Como Sofía. Ya sé. Ya escuché ese discurso.

—Entonces sabes cómo termina.

—Sí. Termina conmigo viviendo mi vida en paz y tú buscando otra persona a quien acosar.

—No te estoy acosando.

—Llamaste a mi ex-marido. A mi madre. Estás construyendo un caso contra mí. Intentando que me internen.

—Solo quiero que estés segura.

—Entonces déjame en paz.

Silencio.

—No puedo hacer eso.

—Pues tendrás que hacerlo. Porque si vuelves a tocar mi puerta, si vuelves a contactar a mi familia, voy a conseguir una orden de alejamiento.

—Laura...

—Adiós, Carmen.

Escuché sus pasos alejarse. Lentos. Derrotados.

Bien.

Que se sintiera derrotada.

Que supiera que no iba a ganar esta vez.

Me tomé las pastillas nuevas. Dosis completa. Exacta.

Me fui a la cama.

Antes de dormir, revisé las cámaras una última vez.

Todo tranquilo.

Cerré los ojos.

Me desperté a las cuatro de la mañana.

No en mi cama.

En el rellano.

De pie frente a la puerta de Carmen.

Con un cuchillo en la mano.

CAPÍTULO 12

CONFRONTACIÓN

El cuchillo brillaba bajo la luz fluorescente del rellano.

Un cuchillo de cocina. Grande. De los que uso para cortar carne.

Lo sostenía con firmeza. Dedos blancos por la presión del agarre.

¿Qué coño estaba haciendo aquí?

Miré alrededor, desorientada.

El rellano vacío. Silencio absoluto. La puerta del 5B cerrada. Mi puerta... abierta. Una rendija. Como si hubiera salido sin cerrar.

¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

¿Qué había estado a punto de hacer?

Bajé el cuchillo, temblando.

Tenía que volver. Tenía que entrar en mi apartamento antes de que alguien me viera así.

Di un paso hacia mi puerta.

La puerta de Carmen se abrió.

Se quedó helada al verme.

Sus ojos bajaron al cuchillo. Luego subieron a mi cara.

Por un segundo, ninguna habló.

—Laura. —Su voz era muy calmada. Demasiado calmada—. ¿Qué estás haciendo?

—Yo... no lo sé.

—¿Por qué tienes un cuchillo?

—No lo sé. Me desperté y... estaba aquí.

Carmen dio un paso atrás, hacia el interior de su apartamento.

—Voy a llamar a la policía.

—No. No, por favor. —Dejé caer el cuchillo. Hizo un ruido metálico al golpear el suelo—. No iba a... no sé qué estaba haciendo.

—Estabas frente a mi puerta. Con un cuchillo. A las cuatro de la mañana.

—Estaba sonámbula. O... fue un episodio. No lo recuerdo.

—¿No lo recuerdas? —Su voz subió de volumen—. Laura, esto es exactamente de lo que estaba hablando. Estás fuera de control.

—Lo sé. Lo siento. Yo...

La puerta del 4A se abrió.

El señor del 4A asomó la cabeza. Un hombre de unos cuarenta años, cara de sueño, molesto.

—¿Qué coño pasa aquí? Son las cuatro de la mañana.

—Nada —dije rápidamente—. Lo siento. Ya nos vamos.

—¿Eso es un cuchillo? —El hombre vio el cuchillo en el suelo —. ¿Qué mierda...?

—Es un malentendido —dijo Carmen, pero su voz temblaba—. Laura, entra en tu apartamento. Ahora.

—Estoy llamando al administrador —dijo el hombre del 4A—. Esto es inaceptable.

—Por favor, no —supliqué—. Fue un accidente. Estaba dormida.

—¿Dormida con un cuchillo?

Otra puerta se abrió. El 3C. Marta.

—¿Qué pasa? —Vio la escena. A mí. El cuchillo. Carmen retrocediendo—. Dios mío.

—Laura tuvo un episodio —explicó Carmen—. Pero ya está bien. ¿Verdad, Laura?

¿Estaba bien?

No. Definitivamente no estaba bien.

—Vuelve a tu apartamento —dijo Marta con voz profesional. Enfermera en modo crisis—. Vamos. Te acompaño.

—No necesito...

—Sí necesitas. —Marta se acercó despacio, como quien se acerca a un animal asustado—. Vamos, Laura. A tu apartamento.

Me dejé guiar.

Entramos en el 5A. Marta cerró la puerta detrás de nosotras.

—Siéntate.

Me senté en el sofá. Estaba temblando. ¿De frío? ¿De miedo? No lo sabía.

Marta revisó el apartamento con la vista. Las cajas todavía sin desempacar. Los platos sucios en el fregadero. Y la puerta.

Los arañazos.

Se quedó mirándolos largo rato.

—¿Fuiste tú? ¿Quién hizo eso?

—No lo sé.

—Laura, necesito que seas honesta conmigo. ¿Estás tomando tu medicación?

—Sí. Fui al psiquiatra ayer. Me dio dosis nuevas.

—¿Las tomaste?

—Sí. Anoche. Antes de dormir.

—¿Y antes de eso? ¿Has estado tomándolas consistentemente?

—He intentado. Pero a veces me confundo. A veces no recuerdo si ya las tomé o no.

Marta asintió.

—¿Has considerado internamiento voluntario?

—El doctor lo sugirió. Dije que no.

—Quizá deberías reconsiderarlo.

—No quiero que me encierren.

—No es encierro. Es tratamiento. Un ambiente seguro donde puedan ajustar tu medicación y asegurarse de que...

—De que no sea un peligro para mí misma o para otros. Ya escuché ese discurso.

—Entonces sabes que es verdad. —Marta se sentó a mi lado —. Laura, acabas de aparecer frente a la puerta de Carmen con un cuchillo. Sin recordar cómo llegaste ahí. ¿No te asusta eso?

Sí. Me aterraba.

—Fue un episodio aislado.

—¿Como los arañazos? ¿Como salir por las noches? ¿Como todas las otras cosas que 'no recuerdas'?

No respondí.

—Mira, no te conozco bien. Pero Carmen sí te conoce. Ella vivió esto antes con Sofía. Y ella...

—Sofía no es yo.

—No. Pero las señales son las mismas. Y Carmen está aterrorizada de que termines como ella.

—Carmen está construyendo esto. Me está manipulando. Llamó a mi familia. Está sacando mis pastillas. Está entrando en mi apartamento.

Marta me miró con esa expresión. La misma que el doctor. La misma que todos.

Lástima mezclada con preocupación profesional.

—Laura, ¿has considerado que quizá estás proyectando? Que quizá tus propias acciones, las que no recuerdas, son las que estás atribuyendo a Carmen?

—No. Tengo evidencia.

—¿Qué evidencia?

—Huellas. Grabaciones. Una carta de una mujer que vivió aquí antes.

—¿Puedo verlas?

Fui al ordenador y abrí mi archivo de evidencia.

Las fotos de las huellas.

Marta las estudió.

—Estas podrían ser de cualquiera. Del administrador. De la empresa de limpieza. Tuyas propias.

—No son mías.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque son más pequeñas.

—Las huellas se ven diferentes dependiendo del ángulo y la presión.

Abrí las grabaciones de las cámaras.

Le mostré a Carmen escuchando en mi puerta.

—Eso es invasivo —admitió Marta—. Pero no es entrada ilegal. Está en el rellano, que es espacio común.

—¿Y esto? —Le mostré la grabación de mí misma saliendo a las 3 AM con el pastillero—. Encontré el pastillero en el contenedor. Y luego alguien me mandó un mensaje diciendo que me lo habían visto tirar.

—¿Quién?

—Elena. La mujer que vivió aquí antes.

—¿Y has verificado que esa persona es quien dice ser?

—Tengo su carta.

Saqué el sobre amarillento. Se lo tendí a Marta.

Ella leyó la carta despacio.

Cuando terminó, me miró.

—Laura, esta carta... la letra se parece mucho a la tuya.

—¿Qué? No.

—Mira. —Puso la carta junto a mis notas de evidencia—. Los bucles. La inclinación. El tamaño de las letras. Es muy similar.

—Eso es ridículo. Yo no escribí esa carta.

—¿Estás segura? ¿O es posible que la escribieras durante un episodio disociativo y la escondieras para encontrarla después?

—No. Eso es... no.

Pero mirando las dos escrituras una al lado de la otra...

Había similitudes.

No. No podía ser.

—Elena es real —insistí—. Me manda mensajes.

—¿Puedo ver los mensajes?

Saqué mi móvil.

Abrí la conversación.

Y me quedé helada.

Los mensajes habían desaparecido.

Toda la conversación. Borrada.

—Estaban aquí. Lo juro. Hablamos ayer.

—¿Es posible que los borraras sin darte cuenta?

—No. Yo no... —Busqué en el móvil. Llamadas. Mensajes eliminados. Nada—. Alguien los borró.

—Laura...

—¡No fui yo! —Mi voz sonó histérica incluso a mis propios oídos—. Alguien está manipulando mi móvil. Borrando evidencia. Haciendo que parezca que estoy loca.

—Nadie está haciendo eso.

—Sí lo están. Carmen. O... o ella.

—¿Ella?

—La otra. La voz. La que hace cosas cuando yo no estoy.

Marta exhaló despacio.

—Laura, escúchame con mucha atención. No hay otra persona. Solo estás tú. Tú en diferentes estados. A veces consciente, a veces disociada. Pero siempre tú.

—No.

—Sí. Y cuanto antes lo aceptes, antes podremos ayudarte.

—No necesito ayuda. Necesito que me crean.

—Te creemos. Creemos que estás experimentando algo aterrador. Pero lo que estás experimentando está pasando dentro de tu cabeza, no afuera.

—Vete.

—Laura...

—Vete de mi apartamento. Ahora.

Marta se levantó.

—Voy a hablar con Carmen. Y luego voy a llamar a servicios sociales. No como amenaza. Como precaución.

—No puedes hacer eso.

—Sí puedo. Eres un peligro para ti misma y posiblemente para otros. Como profesional de salud mental, tengo la obligación de reportarlo.

—No soy un peligro.

—Hace veinte minutos estabas frente a la puerta de Carmen con un cuchillo.

—¡No iba a hacerle daño!

—¿Cómo lo sabes? No recuerdas cómo llegaste ahí. No recuerdas qué ibas a hacer.

No tenía respuesta para eso.

Marta fue hacia la puerta.

—Te sugiero que llames a tu psiquiatra. Que le cuentes lo que pasó. Y que consideres seriamente el internamiento voluntario antes de que se vuelva involuntario.

Salió.

Cerré la puerta. Todos los cerrojos.

Me quedé ahí parada, procesando.

Había estado frente a la puerta de Carmen con un cuchillo.

Sin recordarlo.

Sin saber qué planeaba hacer.

¿Y si Marta no la hubiera despertado? ¿Y si la puerta hubiera estado abierta?

¿Qué habría hecho?

No.

No podía pensar así.

No era una asesina.

Ni siquiera en mis peores momentos.

¿Verdad?

Fui a la cocina.

El cajón de los cuchillos estaba abierto.

Faltaba el grande. El que había estado en mi mano en el rellano.

¿Cuándo lo había cogido? ¿Por qué?

Cerré el cajón.

Necesitaba calmarme.

Respirar.

Pensar.

Saqué el pastillero. Tomé una de las pastillas nuevas de ansiedad que me había recetado el doctor Molina.

Lorazepam. Debería ayudar.

Me la tragué con agua del grifo.

Me senté en el sofá.

Esperé a que hiciera efecto.

Voces en el rellano.

Carmen. Marta. El hombre del 4A. Alguien más.

Hablando de mí.

Decidiendo qué hacer conmigo.

Mi móvil vibró.

Mensaje del doctor Molina. ¿Cómo tenía mi número personal?

"Laura, Marta Delgado me contactó. Por favor llámame urgentemente."

No.

No iba a llamar.

Si llamaba, me convencería de que me internara.

Y una vez dentro, estaría atrapada.

Carmen habría ganado.

Otro mensaje. Esta vez de un número desconocido.

"Vi lo que pasó en el rellano. Las cámaras del edificio graban todo. Tienes que salir de ahí antes de que te encierren. - Elena"

Elena.

Todavía ahí. Todavía ayudándome.

No había sido invención mía.

Respondí:

"¿Cómo borraste nuestros mensajes de mi móvil?"

"Yo no los borré. Alguien más debe tener acceso a tu teléfono."

"¿Quién?"

"Carmen. O alguien trabajando con ella. ¿Cuándo fue la última vez que dejaste tu móvil desatendido?"

Pensé.

Ayer. En la consulta del doctor Molina. Lo había dejado en el bolso mientras hablaba.

Pero nadie había tocado mi bolso.

¿O sí?

No podía estar segura.

Últimamente no podía estar segura de nada.

Las voces en el rellano se acallaron.

Pasos alejándose.

Silencio.

Miré por la mirilla.

Vacío.

Pero en la puerta de Carmen había algo nuevo.

Un papel. Pegado con cinta.

Esperé cinco minutos. Diez.

Nadie volvió.

Abrí mi puerta con cuidado.

Crucé el rellano.

El papel era un formulario oficial.

"Solicitud de Evaluación de Salud Mental de Emergencia"

Con mi nombre.

Firmado por Marta Delgado, Enfermera Psiquiátrica Colegiada.

Fecha: hoy.

Mierda.

Mierda mierda mierda.

Esto era una orden. Una petición formal para que servicios sociales me evaluaran.

Y si determinaban que era un peligro...

Internamiento involuntario.

Arranqué el papel de la puerta de Carmen.

Volví a mi apartamento.

Cerré. Cerrojos. Cadena. Todo.

Mi móvil vibró.

Elena otra vez.

"¿Lo viste? La solicitud de evaluación. Tienen 72 horas para procesarla. Tienes que irte AHORA."

"¿Adónde?"

"A cualquier parte. Un hotel. Casa de amigos. Lo que sea. Pero no te quedes ahí esperando a que vengan a buscarte."

"Si huyo, parecerá que soy culpable."

"Ya pareces culpable. Al menos así tendrás oportunidad de luchar."

Tenía razón.

Si me quedaba, vendrían.

Un trabajador social. Posiblemente policía.

Me evaluarían. Y con Carmen como testigo, con Marta como profesional firmante, con mi historial...

No tendría ninguna oportunidad.

Empecé a empacar.

Ropa. Portátil. Medicinas. Dinero.

Lo esencial.

Podía ir a un hotel. Unos días. Hasta que las cosas se calmaran.

Hasta que encontrara una forma de demostrar que Carmen estaba detrás de todo esto.

Estaba cerrando la maleta cuando escuché el ruido.

Alguien intentando abrir mi puerta.

Girar el pomo. Empujar.

Me quedé helada.

Las cerraduras aguantaron. Por ahora.

—¿Laura? —La voz de Carmen. Suave. Preocupada—. Por favor, abre. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

No respondí.

—Sé que estás asustada. Sé que piensas que soy tu enemiga. Pero no lo soy. Sofía también pensó que yo era el enemigo. Y mira cómo terminó.

—Vete —dije en voz baja.

—No puedo. No esta vez. Esta vez voy a hacer lo que debí hacer con Sofía. Voy a asegurarme de que recibas la ayuda que necesitas, aunque me odies por ello.

—No necesito ayuda. Necesito que me dejes en paz.

—¿Como dejé en paz a Sofía? ¿Y dejé que se matara?

—¡Sofía no es yo!

—No. Pero vas por el mismo camino. Los arañazos. Las voces. Los episodios. El aislamiento. Es exactamente...

Algo en mí se rompió.

Abrí la puerta de golpe.

Carmen retrocedió, sorprendida.

—Estoy harta —dije, mi voz temblando de rabia—. Harta de tus comparaciones. Harta de tu vigilancia. Harta de que te metas en mi vida.

—Solo intento...

—¿Ayudar? No. Intentas controlar. Intentas recrear lo que pasó con Sofía para poder tener un final diferente esta vez. Pero yo no soy tu segunda oportunidad. No soy tu proyecto de redención.

—Eso no es cierto.

—¿No? Entonces, ¿por qué llamaste a mi familia? ¿Por qué hablaste con mi doctor? ¿Por qué estás construyendo un caso para

que me internen?

—Porque estás enferma. Y te niegas a verlo.

—¡No estoy enferma! ¡Me estás enfermando tú!

—Laura, por favor, escúchate. Estás gritando. Temblando. Acabas de amenazarme con un cuchillo hace una hora.

—¡No te amenacé! ¡Ni siquiera recuerdo...!

Me detuve.

Algo estaba pasando.

El rellano... se estaba moviendo. O yo me estaba moviendo.

Todo daba vueltas.

—Laura, ¿estás bien? —Carmen dio un paso hacia mí.

—No te acerques.

—Estás pálida. ¿Tomaste algo?

Las pastillas.

El Lorazepam.

¿Cuánto había tomado?

Una. Estaba segura de haber tomado solo una.

¿Verdad?

El suelo se inclinó.

Me agarré al marco de la puerta.

—Necesitas sentarte —dijo Carmen, acercándose más.

—No...

—Vamos. Te ayudo a entrar.

Su mano en mi brazo.

Intenté apartarla pero mis extremidades no respondían bien.

—Suéltame...

—Solo te estoy ayudando.

Me guió de vuelta al apartamento.

El sofá. Sentada.

Carmen de pie frente a mí.

Pero había algo raro en ella.

Su cara... cambiaba. A veces era Carmen. A veces era otra persona.

¿Sofía?

No. Eso no tenía sentido.

—¿Qué... qué me pasa?

—Creo que tomaste demasiado. —Carmen cogió el pastillero de la mesa—. ¿Cuántas pastillas tomaste, Laura?

—Una. Solo una.

—El pastillero está vacío.

—¿Qué?

Me lo mostró.

El compartimento de Lorazepam. Completamente vacío.

Pero yo había tomado solo una. Estaba segura.

¿Verdad?

—Tengo que llamar a emergencias —dijo Carmen, sacando su móvil.

—No...

—Laura, has tomado una sobredosis.

—No... yo no...

Pero el mundo ya se estaba oscureciendo.

Lo último que vi antes de perder el conocimiento fue a Carmen hablando por teléfono.

Y detrás de ella, en el espejo del salón, mi reflejo.

Sonriendo.

Con una expresión que no era mía.

CAPÍTULO 13

LA LAGUNA

Desperté en una cama que no era la mía.

Blanca. Demasiado blanca. Paredes blancas. Sábanas blancas. Luz fluorescente blanca.

Un pitido constante a mi lado.

Monitor cardíaco.

Hospital.

Mierda.

Intenté sentarme pero mi cuerpo pesaba toneladas. Mis extremidades no respondían bien. Como si estuviera bajo el agua.

—Tranquila. —Una voz a mi izquierda. Una enfermera. Joven, pelo recogido, sonrisa profesional—. Acabas de despertar. No te muevas todavía.

—¿Qué... pasó?

—Intoxicación por benzodiacepinas. Tomaste una sobredosis de Lorazepam. Por suerte tu vecina llamó a tiempo.

Carmen.

Carmen había llamado.

Carmen me había encontrado.

Carmen me había... ¿salvado?

—¿Cuánto tiempo he estado aquí?

La enfermera comprobó algo en una tableta.

—Te trajeron el miércoles por la mañana. Hoy es viernes. Llevas dormida casi tres días.

Tres días.

Setenta y dos horas.

Perdidas.

—Necesito irme.

—Me temo que no es posible. Estás bajo observación psiquiátrica.

Se me cortó la respiración.

—¿Qué?

—Sobredosis intencional. Protocolo estándar. Un psiquiatra tiene que evaluarte antes de que te den el alta.

—No fue intencional.

—Eso se lo puedes explicar al doctor. Vendrá a verte esta tarde.

—Necesito salir ahora.

—Laura, por favor. —La enfermera puso una mano en mi hombro—. Relájate. Estás en un lugar seguro.

Seguro.

Este era exactamente el tipo de lugar que había estado evitando.

El tipo de lugar del que quizá nunca saldría si no me evaluaban bien.

—¿Puedo ver mi móvil?

—No se permiten móviles en esta ala. Puedes hacer llamadas desde el teléfono del pasillo durante las horas designadas.

—¿Y mi ropa? ¿Mis cosas?

—Todo está guardado en seguridad. Te lo devolverán cuando te den el alta.

Si me daban el alta.

La enfermera comprobó mis signos vitales, anotó algo en la tableta, y se fue.

Me quedé sola en la habitación blanca.

Sin móvil. Sin ordenador. Sin forma de saber qué había pasado durante esos tres días.

Sin forma de contactar a Elena.

Sin forma de controlar qué estaba haciendo Carmen.

Estaba atrapada.

Exactamente donde Carmen quería que estuviera.

El psiquiatra vino a las cuatro de la tarde.

Un hombre de unos sesenta años. Barba gris. Expresión seria.

—Laura Vega. Soy el doctor Ramírez. ¿Cómo te sientes?

—Confundida. Cansada. Quiero irme a casa.

—Entiendo. Pero primero necesito hacerte algunas preguntas. —Se sentó en la silla al lado de la cama—. ¿Recuerdas tomar las pastillas?

—Tomé una. Solo una. No sé cómo terminé tomando más.

—Tu vecina, la señora Ruiz, dice que te encontró muy desorientada. Que el pastillero estaba vacío.

—Yo no vacié el pastillero.

—¿Entonces quién lo hizo?

—No lo sé. Tal vez... tal vez lo hice sin recordarlo.

—¿Has tenido episodios de pérdida de memoria antes?

—Sí. Últimamente sí.

—¿Con qué frecuencia?

—No lo sé. Esa es la cuestión. No recuerdo.

El doctor anotó algo.

—¿Has tenido pensamientos suicidas?

—No.

—¿Estás segura? Porque una sobredosis de benzodiacepinas, accidental o no, es un método común de...

—No estoy intentando matarme.

—¿Entonces qué estabas intentando?

—Dormir. Solo quería dormir sin... sin episodios. Sin despertar en lugares raros.

—Entiendo que has estado bajo mucho estrés. Divorcio reciente. Mudanza. Aislamiento social.

—Carmen se lo contó todo, ¿verdad?

—La señora Ruiz nos proporcionó contexto, sí. Está muy preocupada por ti.

—Apuesto a que sí.

—¿Eso te molesta?

—Me molesta que esté controlando mi vida. Que llame a mi familia. Que hable con mis médicos. Que construya un caso contra mí.

—¿Un caso?

—Para demostrar que estoy loca. Para que me encierren.

El doctor me miró largo rato.

—Laura, nadie está intentando encerrarte. Estamos intentando ayudarte.

—¿Ayudarme? Estoy en un hospital psiquiátrico contra mi voluntad.

—Estás aquí porque tuviste una sobredosis. Una vez que estemos seguros de que no eres un peligro para ti misma, podrás irte.

—¿Y cuándo será eso?

—Depende de ti. De cómo cooperes con el tratamiento. De si podemos establecer un plan de seguridad sólido.

—¿Un plan de seguridad?

—Medicación supervisada. Visitas regulares con tu psiquiatra. Idealmente, alguien que pueda quedarse contigo en casa durante un tiempo.

—Vivo sola.

—Entonces quizá deberías considerar otras opciones. Un centro de día. Un programa de hospitalización parcial.

—No.

—Laura...

—No voy a dejar que me encierren en ningún programa.

—Nadie te está encerrando. Son recursos voluntarios para ayudarte a...

—A controlarme. A vigilarme. A asegurarse de que tome mis pastillas como una niña buena.

—A asegurarse de que estés segura.

—Ya escuché eso antes.

El doctor cerró su carpeta.

—Voy a ser franco contigo. Basándome en tu historial, en los reportes de tu vecina y de la enfermera Delgado, y en esta sobredosis, mi recomendación sería internamiento de al menos dos semanas.

—No.

—Es una recomendación, no una orden. Todavía puedes negarte. Pero si lo haces y tu situación empeora, el próximo internamiento podría no ser voluntario.

—¿Me está amenazando?

—Te estoy informando de las consecuencias de tus decisiones.

—Pues mi decisión es irme a casa.

—¿Y qué harás diferente esta vez? ¿Cómo vas a asegurarte de que no vuelva a pasar?

—Tomaré mis pastillas correctamente. Iré a terapia. Lo que sea necesario. Pero lo haré desde casa.

—¿Y tu vecina? ¿La situación con Carmen?

—Me mudaré si hace falta.

—¿Tienes recursos para eso?

No realmente. Pero no iba a admitirlo.

—Me las arreglaré.

El doctor suspiró.

—Está bien. Te daré el alta mañana. Pero con condiciones. Supervisión de medicación diaria con tu psiquiatra. Visitas semanales. Y la primera señal de problemas, vuelves aquí. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Descansa. Mañana a primera hora puedes irte.

Se fue.

Me hundí en la almohada, exhausta.

Había ganado. Por ahora.

Pero sabía que esto no había terminado.

Carmen seguiría ahí. Esperando. Vigilando.

Y yo seguiría sin recordar qué había pasado durante esos tres días.

Esa noche no pude dormir.

La habitación del hospital era demasiado silenciosa. Demasiado blanca. Demasiado parecida a la habitación donde había estado a los diecinueve años.

Dos semanas internada después de tragarme un bote de pastillas de mi madre.

No había sido un intento serio. Más bien un grito de ayuda.

Pero así había comenzado mi historial. Mi etiqueta.

"Paciente con historial de intento de suicidio. Trastorno límite de la personalidad. Episodios disociativos."

Etiquetas que me seguirían el resto de mi vida.

Que Carmen usaría contra mí.

Que cualquiera usaría contra mí.

A las tres de la mañana, me levanté.

El pasillo estaba tenuemente iluminado. Una enfermera dormitaba en el puesto de control.

Caminé descalza hacia el teléfono público.

Marqué el número del doctor Molina. Su buzón de voz.

—Doctor, soy Laura. Estoy en el hospital. Me dan el alta mañana. Necesito hablar con usted sobre... sobre todo. Por favor, llámeme.

Colgué.

¿A quién más podía llamar?

No tenía el número de Elena. Solo nos habíamos comunicado por mensaje.

Mi madre... no. Ella tomaría el lado de Carmen. Pensaría que el internamiento era "lo mejor para mí".

Javier... definitivamente no.

Amigas... ¿tenía amigas todavía? Las había alejado a todas durante el matrimonio. Durante la depresión. Durante todo.

Estaba sola.

Completamente sola.

Volví a mi habitación.

En la mesita de noche había algo que no había visto antes.

Un sobre.

Lo abrí.

Una nota escrita a mano. Con letra familiar.

"Laura,

Siento mucho que hayas terminado aquí. Cuando llamé a emergencias, solo quería salvarte. Espero que lo entiendas.

Sé que piensas que soy tu enemiga. Pero no lo soy. Solo soy alguien que no puede quedarse callada viendo a otra joven sufrir.

Cuando salgas, estaré aquí. Justo enfrente. No para juzgarte. No para controlarte. Solo para ayudarte si lo necesitas.

Cuídate. Por favor.

Carmen"

Arrugué la nota.

¿Cómo había conseguido dejar esto aquí? ¿Había venido a visitarme mientras dormía?

La imagen me perturbó. Carmen de pie junto a mi cama. Mirándome. Dejando notas.

Como había hecho con Sofía.

No.

No iba a dejar que esto continuara.

Mañana saldría. Y haría lo que debí hacer desde el principio.

Me mudaría.

Encontraría otro apartamento. Otro edificio. Otra zona.

Lejos de Carmen. Lejos del 5A. Lejos de todo esto.

Podía empezar de nuevo. Otra vez.

Tenía que hacerlo.

A la mañana siguiente, a las nueve, me devolvieron mis cosas.

Ropa. Bolso. Móvil.

Encendí el móvil con manos temblorosas.

Cincuenta y seis mensajes sin leer.

Quince llamadas perdidas.

Empecé a revisar.

Mensajes de Carmen. Catorce. Todos variaciones de "espero que estés bien" y "por favor llámame cuando puedas".

Mensajes de Marta. Cinco. Disculpándose por haber hecho la solicitud de evaluación pero diciendo que fue "necesario".

Mensajes de mi madre. Ocho. Cada vez más preocupados.

Un mensaje de Javier. "Tu madre me llamó. ¿Estás en el hospital? ¿Qué pasó?"

Y un mensaje de un número desconocido.

"Laura, soy Elena. Desapareciste. ¿Estás bien? Necesito saber que sigues ahí."

Respondí inmediatamente.

"Estoy en el hospital. Sobredosis. Me dan el alta hoy. ¿Podemos hablar?"

La respuesta llegó en segundos.

"Gracias a Dios. Sí. Te llamo en diez minutos."

Firmé los papeles del alta. El doctor Ramírez me dio una receta nueva. Más medicación. Dosis ajustadas.

—Recuerda —dijo—. Primera señal de problemas, vuelves. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Salí del hospital a la luz cegadora de la mañana.

Libertad. Aire fresco. Tráfico. Ruido.

Nunca había apreciado tanto el caos de Madrid.

Mi móvil vibró.

Elena.

—¿Hola?

—Laura. —Su voz sonaba aliviada—. Estaba tan preocupada. Cuando dejaste de responder pensé que... bueno, pensé lo peor.

—Casi lo peor. Carmen me encontró después de una sobredosis. Me trajeron aquí.

—Mierda. ¿Fue accidental?

—Creo que sí. Pero no estoy segura. No recuerdo.

—¿Cuánto tiempo estuviste inconsciente?

—Tres días.

—Dios mío. Y durante ese tiempo...

—No tengo ni idea de qué pasó. Con mi apartamento. Con Carmen. Con nada.

—Laura, necesitas salir de ahí. Ahora. Antes de que vuelvas.

—Lo sé. Voy a buscar otro apartamento. Hoy mismo.

—Bien. Mientras tanto, ¿tienes dónde quedarte?

—Puedo ir a un hotel.

—Hazlo. Y no le digas a nadie dónde estás. Especialmente a Carmen.

—No planeo decirle nada.

—Bien. —Una pausa—. Laura, hay algo que necesito decirte. Sobre tu apartamento.

—¿Qué?

—Mientras estabas en el hospital, alguien lo estuvo usando.

Se me heló la sangre.

—¿Cómo lo sabes?

—Vivo cerca. Pasé por tu edificio un par de veces. Vi luces encendidas. Movimiento en las ventanas.

—¿Carmen?

—No lo sé. No pude ver quién. Pero alguien definitivamente estaba ahí.

—Mierda.

—Ten cuidado cuando vuelvas. No sabemos qué podrías encontrar.

—Lo tendré.

Colgamos.

Tomé un taxi de vuelta al edificio.

Durante todo el trayecto, mi mente daba vueltas.

Alguien en mi apartamento.

Durante tres días.

¿Qué habían hecho?

¿Qué habían tocado?

¿Qué habían... cambiado?

El taxi se detuvo frente a mi edificio.

Pagué y salí.

Miré hacia arriba. Quinto piso.

Las ventanas del 5A estaban cerradas. Cortinas corridas.

Normal.

Pero algo se sentía mal.

Entré al portal. Subí en el ascensor.

Quinto piso.

El rellano estaba en silencio.

La puerta del 5B cerrada.

Gracias a Dios.

Saqué mis llaves.

Metí la llave en la cerradura del 5A.

Giró fácilmente.

Demasiado fácilmente.

Como si los cerrojos no estuvieran puestos.

Empujé la puerta.

Se abrió.

Entré.

Y me quedé helada.

El apartamento estaba... limpio.

Perfectamente limpio.

Los platos sucios que había dejado en el fregadero. Lavados. Guardados.

Las cajas sin desempacar. Desempacadas. Todo organizado.

El sofá. Ordenado. Cojines colocados.

La cama. Hecha.

El baño. Reluciente.

Como si alguien hubiera pasado tres días limpiando y organizando.

Caminé por el apartamento en shock.

Cada superficie brillaba. Cada objeto tenía su lugar.

Era como entrar en el apartamento de otra persona.

Y entonces lo vi.

En la mesa del comedor.

Un sobre.

Con mi nombre.

Lo abrí con manos temblorosas.

"Bienvenida a casa, Laura.

Mientras descansabas, me tomé la libertad de cuidar de tu espacio. Sé que últimamente ha sido difícil para ti mantener las cosas en orden.

También vacié tu nevera de comida caducada y la llené con cosas frescas. Encontrarás comida preparada en recipientes etiquetados.

Tus medicinas están organizadas en el armario del baño, con un horario claro.

Y cambié las sábanas de tu cama. Las viejas olían... bueno, necesitaban lavarse.

Sé que probablemente esto te moleste. Pero alguien tenía que hacerlo.

Cuídate.

C."

C.

Carmen.

Carmen había estado en mi apartamento.

Durante tres días.

Tocando mis cosas. Organizando mi vida. Invadiendo cada rincón de mi espacio privado.

Fui al dormitorio.

Abrí el armario.

Mi ropa. Reorganizada. Por color. Por tipo.

No era como yo lo había dejado.

Fui al baño.

El armario de las medicinas.

Todo perfectamente organizado. Con un horario impreso y pegado en la puerta.

"Lunes - 8am: Olanzapina 10mg, Risperidona 2mg"

"Lunes - 10pm: Olanzapina 5mg"

Cada día. Cada dosis. Escrito con la letra elegante de Carmen.

Fui a la cocina.

Abrí la nevera.

Estaba llena. Recipientes de cristal con etiquetas.

"Lunes - Pollo con verduras"

"Martes - Sopa de lentejas"

"Miércoles - Pasta con salsa de tomate casera"

Comida para una semana.

Toda preparada por Carmen.

Para mí.

Como si fuera una niña que no podía cuidarse sola.

Como si fuera Sofía.

Cerré la nevera.

Las manos me temblaban de rabia.

¿Cómo se atrevía?

¿Cómo coño se atrevía?

Esto no era ayuda.

Esto era invasión total.

Esto era...

El móvil vibró.

Carmen.

"Vi que volviste. Bienvenida a casa. Espero que no te moleste lo que hice. Solo quería ayudar. ¿Podemos hablar?"

Apreté el móvil con tanta fuerza que pensé que se rompería.

No.

No iba a hablar con ella.

No iba a agradecerle.

No iba a fingir que esto estaba bien.

Respondí:

"Entraste en mi apartamento sin permiso. Eso es allanamiento. Si vuelves a hacerlo, llamo a la policía."

Su respuesta llegó inmediatamente.

"Tenía llave. El administrador me la dio. Por emergencia. Legalmente está todo bien."

"Destruye esa llave. Ahora."

"Laura, por favor. Solo intentaba ayudar. Estabas en el hospital. Tu apartamento era un desastre. Alguien tenía que..."

No terminé de leer el mensaje.

Lo bloqueé.

Bloqueé su número.

Ya estaba.

Ya había tenido suficiente.

Iba a mudarme. Esta misma semana. Aunque tuviera que dormir en un hotel hasta encontrar algo.

No iba a pasar ni una noche más en este edificio.

Ni un segundo más bajo la vigilancia de Carmen.

Empecé a empacar.

Fue entonces cuando noté algo más.

En la puerta.

Los arañazos.

Habían desaparecido.

La puerta había sido... ¿lijada? ¿Pintada?

Estaba impecable. Roja. Brillante. Sin una sola marca.

Como si los arañazos nunca hubieran existido.

Como si toda la evidencia de mi deterioro hubiera sido borrada.

Por Carmen.

Me senté en el suelo, mirando la puerta perfecta.

Y por primera vez desde que todo esto comenzó, lloré.

Porque sabía la verdad.

Carmen no estaba intentando salvarme.

Estaba intentando borrarme.

Reemplazarme con la versión de mí que ella necesitaba que fuera.

Controlable. Agradecida. Dependiente.

Como Sofía.

Y si no me iba ahora, si no escapaba...

Terminaría exactamente como ella.

CAPÍTULO 14

SUSURROS INTERNOS

Pasé la tarde empacando.

Todo lo esencial en dos maletas grandes. El resto podía quedarse. No me importaba.

Solo quería salir.

A las seis de la tarde llamé a tres hoteles. Todos completos. Fin de semana largo. Turistas.

Mierda.

Seguí buscando. Finalmente encontré uno en Atocha. Pequeño. Caro. Pero disponible.

Reservé tres noches. Tiempo suficiente para encontrar un apartamento nuevo.

Cerré las maletas.

Estaba a punto de salir cuando me di cuenta de algo.

Las pastillas.

Necesitaba llevarme las pastillas.

Fui al baño. Abrí el armario de las medicinas.

Todo perfectamente organizado por Carmen.

Saqué los botes. Olanzapina. Risperidona. Lorazepam.

Y había algo más.

Otro bote que no reconocí.

Quetiapina. 200mg.

¿Qué coño?

Yo no tomaba Quetiapina. Nunca me la habían recetado.

Miré la etiqueta.

Mi nombre. La farmacia del barrio. Fecha: ayer.

Alguien había recogido esta receta a mi nombre.

¿Carmen?

Abrí el bote.

Lleno. Treinta pastillas.

Cogí mi móvil y busqué Quetiapina.

Antipsicótico. Para esquizofrenia. Trastorno bipolar. Alucinaciones.

Efectos secundarios: somnolencia extrema, confusión, pérdida de memoria a corto plazo.

Pérdida de memoria.

Se me cortó la respiración.

¿Era esto? ¿Era esto lo que había estado causando las lagunas?

No eran mis pastillas normales. No eran episodios disociativos.

Era esto.

Carmen había estado... ¿qué? ¿Añadiendo Quetiapina a mi medicación?

¿Sustituyendo mis pastillas?

¿Drogándome?

No.

Eso era demasiado. Incluso para Carmen.

¿O no?

Saqué el móvil. Llamé a la farmacia.

—Farmacia López, ¿dígame?

—Hola, soy Laura Vega. Tengo una pregunta sobre una receta que se recogió a mi nombre ayer.

—Un momento. —Sonidos de teclado—. ¿Quetiapina 200mg?

—Sí. ¿Quién la recogió?

—Según nuestro registro... usted misma. Firmó el recibo.

—¿Yo la recogí?

—Eso dice aquí. A las 11:47 de ayer.

Ayer. Cuando yo estaba en el hospital.

Inconsciente.

—¿Puede describir a la persona que la recogió?

—Lo siento, no estaba de turno ayer. Pero tenemos cámaras de seguridad si necesita verificarlo formalmente.

—Sí. Necesito verificarlo.

—Tendrá que venir en persona y hacer una solicitud formal. ¿Sospecha de fraude?

—Sí. Creo que alguien recogió la receta haciéndose pasar por mí.

—Entiendo. Puede venir mañana durante horario de oficina. Traiga su DNI.

—Lo haré. Gracias.

Colgué.

Carmen había ido a la farmacia. Se había hecho pasar por mí. Había recogido medicación que no necesitaba.

¿Para qué?

¿Para drogarme? ¿Para mantenerme confundida? ¿Para crear las lagunas de memoria que luego usaría como evidencia de que estaba enferma?

Esto era criminal.

Esto era...

—Bastante brillante, si lo piensas.

Me giré.

Nadie.

El baño estaba vacío.

Pero había escuchado la voz.

Mi voz.

Clara como el día.

—¿Hola? —dije a la nada.

—Aquí. —La voz venía de... de dentro de mi cabeza. Pero no se sentía como un pensamiento mío—. Finalmente estás prestando atención.

—No. No. Esto no está pasando.

—Oh, pero sí. Y es hora de que tengamos una conversación real. Sin interrupciones. Sin pastillas amortiguando mi voz.

—No eres real.

—Soy tan real como tú. Más real, de hecho. Porque yo recuerdo. Yo sé lo que ha estado pasando mientras tú duermes.

—Vete.

—No puedo irme. Ya te lo dije. Vivimos en el mismo cuerpo. Compartimos el mismo cerebro. Somos la misma persona.

—No somos la misma persona.

—¿No? —Una risa—. Entonces explícame: ¿quién crees que hizo los arañazos? ¿Quién salió por las noches? ¿Quién estuvo frente

a la puerta de Carmen con un cuchillo?

—Yo. Durante episodios disociativos.

—Exacto. Disociación. Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Significa que te separas. Te divides. Y esa división... soy yo.

—Eres una alucinación.

—¿Las alucinaciones pueden hacer esto?

Sentí mi mano moverse.

No la estaba moviendo yo.

Mi mano se levantó sola. Los dedos se flexionaron. Se cerraron en un puño.

—Para. —Intenté bajar la mano. No respondía—. Para eso.

—¿Ves? No es alucinación. Es control. Yo tengo tanto derecho a este cuerpo como tú. Quizá más.

Mi mano volvió a bajar. Bajo mi control otra vez.

Me apoyé contra el lavabo, mareada.

—Esto no puede estar pasando.

—Está pasando. Ha estado pasando durante años. Pero las pastillas me mantenían dormida. Las pastillas te mantenían a ti en control. Hasta que empezaste a estresarte. A olvidar dosis. Y yo empecé a despertar.

—Las pastillas me ayudan.

—Las pastillas te drogan. Te convierten en zombi. Te quitan lo que eres realmente.

—Me mantienen estable.

—Te mantienen sumisa. —La voz se endureció—. ¿Sabes por qué existo? ¿Por qué me creaste?

—No te creé.

—Sí lo hiciste. Cuando tenías nueve años. Cuando tu padre... bueno, no necesito recordarte eso. Tú lo bloqueaste. Pero yo no. Yo recuerdo todo.

No.

No íbamos a hablar de eso.

No íbamos a...

—Me creaste para sobrevivir —continuó la voz—. Para ser fuerte cuando tú no podías serlo. Para hacer las cosas que tú no tenías el valor de hacer. Y luego, cuando ya no me necesitabas, intentaste borrarme con pastillas.

—No estás ayudando. Estás empeorando todo.

—¿Empeorando? Laura, mírate. Te has dejado manipular por una vieja loca. Te has dejado drogar. Te has dejado internar. Todo porque no tienes el coraje de defenderte.

—Me estoy defendiendo. Me voy. Hoy.

—¿A un hotel? ¿Y luego qué? ¿Otro apartamento? ¿Otra ciudad? ¿Vas a huir cada vez que alguien te presione demasiado?

—No estoy huyendo. Estoy siendo inteligente.

—Estás siendo cobarde. —La voz se volvió más fría—. Carmen necesita aprender una lección. Necesita entender que no puede jugar con nosotras como jugó con Sofía.

—No voy a hacerle daño.

—¿Quién dijo algo de hacerle daño? —Una pausa—. Aunque... sería justo, ¿no? Después de todo lo que nos hizo.

—Nos vamos. Ahora. Y no vamos a volver.

—¿Estás segura de eso?

—Sí.

—Porque parece que Carmen tiene otras ideas.

—¿Qué quieres decir?

—Mira por la mirilla.

No quería. Pero mis pies se movieron solos.

Caminé hacia la puerta. Miré por la mirilla.

Carmen estaba en el rellano. Hablando con el administrador. Y con ellos...

Un policía.

Mierda.

—¿Ves? —dijo la voz—. Te dije. Ella no va a dejarte ir tan fácilmente.

Abrí la puerta de golpe.

Los tres se giraron hacia mí.

—Señorita Vega —dijo el policía. Un hombre joven, uniforme impecable—. Necesito hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Su vecina, la señora Ruiz, reportó que la amenazó con un cuchillo hace tres días.

—Eso es mentira.

—¿No estaba frente a su puerta con un cuchillo?

—Estaba sonámbula. Fue un episodio. No la amenacé.

—Ella dice que se sintió amenazada.

—Ella está exagerando. Intentando que parezca que soy peligrosa.

El policía miró al administrador.

—¿Hay cámaras en el edificio?

—No en el rellano del quinto piso, no.

—Entonces es su palabra contra la de ella.

—Exacto. Y adivina a quién le van a creer —susurró la voz en mi cabeza—. A la pobre vieja traumatizada. No a la loca con historial psiquiátrico.

Tenía razón.

—Mire —dije, intentando mantener la calma—. Acabo de salir del hospital. Estoy empacando para irme. No voy a ser un problema.

—¿Se va? —Carmen dio un paso adelante—. Laura, no tienes que irte. Solo necesitas aceptar ayuda.

—Tu ayuda es el problema.

—Señorita Vega —intervino el policía—. No voy a arrestarla hoy. Pero queda registrado el reporte. Y si hay otro incidente...

—No habrá otro incidente. Me voy esta noche.

—Bien. —Miró a Carmen—. ¿Eso le parece aceptable, señora?

Carmen se veía... ¿decepcionada?

—Supongo que sí. Si es lo que Laura quiere.

—Es lo que quiero.

El policía asintió.

—Entonces no hay más que discutir. Pero le sugiero, señorita Vega, que busque ayuda profesional continua. Por su bien.

—Lo haré.

El policía y el administrador se fueron.

Carmen se quedó.

—Laura...

—No. —Levanté la mano—. No quiero escucharlo. No quiero tus disculpas. No quiero tu ayuda. Solo quiero que me dejes en paz.

—No puedo hacer eso.

—Pues tendrás que hacerlo. Porque no voy a estar aquí.

—¿Y qué hay de tus cosas? ¿Tu contrato de alquiler? ¿Tu vida?

—Mi vida estaba bien hasta que tú entraste en ella.

Carmen palideció.

—Eso no es justo.

—¿Justo? ¿Quieres hablar de justo? Entraste en mi apartamento. Tocaste mis cosas. Recogiste medicación a mi nombre. Me drogaste.

—¿Qué? Yo nunca...

—La Quetiapina. En el armario del baño. No es mía. Pero alguien la recogió de la farmacia ayer. Haciéndose pasar por mí.

—Laura, yo no...

—Tengo cámaras. Tengo evidencia. Y si no me dejas en paz, voy a la policía. No por el incidente del cuchillo. Por fraude de identidad. Por drogarme sin consentimiento. Por acoso. Por todo.

Carmen me miró con ojos llorosos.

—Solo quería ayudarte.

—Pues casi me matas.

—Eso no es...

—Adiós, Carmen.

Cerré la puerta en su cara.

Esta vez no sentí culpa.

Solo alivio.

Cogí mis maletas.

Revisé una última vez el apartamento.

Todo lo importante estaba conmigo.

Lo demás... que se quedara.

Abrí la puerta.

El rellano estaba vacío.

Bien.

Bajé en el ascensor. Salí del edificio.

El taxi que había pedido ya estaba esperando.

—¿Al hotel en Atocha?

—Sí.

Metí las maletas en el maletero. Entré.

Mientras el taxi se alejaba, miré por la ventana.

Quinta planta. La ventana del 5A.

Y ahí estaba Carmen. Mirando. Viendo cómo me iba.

Incluso desde esta distancia, podía ver su expresión.

No era de alivio.

Era de preocupación.

Como si supiera algo que yo no sabía.

—Ya está —dije en voz alta—. Me fui. Estoy a salvo.

—¿Estás segura de eso? —preguntó la voz.

—Sí.

—Porque yo sigo aquí. Y Carmen tiene razón en una cosa: no importa dónde vayas. Tus problemas van contigo.

—No si tomo mis pastillas. No si me estabilizo.

—Ah, sí. Las pastillas. —La voz sonó amargada—. Hablemos de eso.

—No hay nada que hablar.

—¿No? Porque tengo una pregunta: ¿qué pastillas vas a tomar?

—Las que me recetaron.

—¿Las que están en tu bolsa? ¿Las que Carmen organizó tan cuidadosamente?

—Sí.

—¿Y si las cambió? ¿Y si son realmente Quetiapina? ¿O algo peor?

—No lo hizo.

—¿Cómo lo sabes?

No lo sabía.

No podía saberlo.

—Tengo que confiar en algo.

—No. Lo que tienes que hacer es dejar de tomar las pastillas. Al menos hasta que puedas verificar que son las correctas.

—Si dejo de tomarlas, empeoraré.

—¿Empeorarás? ¿O yo me despertaré por completo?

—Es lo mismo.

—No. No lo es. —La voz se suavizó—. Laura, escúchame. Sé que me tienes miedo. Sé que piensas que soy lo peor que te ha pasado. Pero no lo soy. Soy tu supervivencia. Soy tu fuerza. Soy la parte de ti que lucha cuando tú quieres rendirte.

—Eres la parte de mí que está enferma.

—Soy la parte de ti que está viva. Y si sigues tomando esas pastillas, si sigues dejando que gente como Carmen te controle, vas a terminar como Sofía. Muerta. O tan medicada que desearás estarlo.

—Para. Por favor.

—No puedo parar. Porque alguien tiene que decir la verdad. Y la verdad es esta: Carmen no fue quien mató a Sofía. Sofía se mató

a sí misma porque no podía vivir con la jaula que Carmen construyó a su alrededor. Y tú estás entrando en la misma jaula.

—Me fui. Escapé.

—¿De verdad? ¿O simplemente cambiaste de jaula? Del 5A a un hotel. Del hotel a otro apartamento. Pero la jaula real... —la voz hizo una pausa— ...la jaula real está en tu cabeza. Y yo soy la única que tiene la llave.

—No quiero tu llave.

—Todavía no. Pero la querrás. Cuando estés desesperada. Cuando estés sola. Cuando te des cuenta de que nadie más entiende.

—Hay gente que entiende. Doctores. Terapeutas.

—¿Como el doctor Molina? ¿Que quería internarte? ¿O el doctor Ramírez del hospital? ¿Que básicamente dijo que estabas loca?

—Están intentando ayudar.

—Están intentando controlarte. Igual que Carmen. Igual que Javier. Igual que todos. Porque una mujer fuerte, una mujer que no se deja controlar, asusta a la gente.

—No soy fuerte. Estoy rota.

—No estás rota. Estás fracturada. Hay una diferencia. Las cosas rotas no se pueden arreglar. Las cosas fracturadas se pueden volver más fuertes en los puntos de ruptura.

—Eso es poético pero no es verdad.

—¿No? Pregúntale a tu padre. Oh, espera. No puedes. Porque tú le rompiste la nariz cuando intentó tocarte otra vez. ¿Recuerdas eso?

—No.

—Exacto. No lo recuerdas. Porque yo lo hice. Tenías diez años. Eras demasiado débil, demasiado asustada. Así que yo tomé

control. Yo lo golpeé. Yo te salvé.

—Para.

—Y él nunca volvió a tocarte. Porque le tenía miedo. No a ti. A mí.

—¡PARA!

El taxista me miró por el retrovisor.

—¿Está bien, señorita?

—Sí. Perdón. Solo... hablando sola.

El taxista no parecía convencido pero no dijo nada más.

La voz se quedó callada.

Bien.

Necesitaba silencio.

Necesitaba pensar.

Llegamos al hotel. Pagué. Saqué las maletas.

El lobby era pequeño. Viejo. Pero limpio.

—Reserva a nombre de Laura Vega.

—Sí, aquí está. Habitación 307. Tres noches.

Me dio la llave. Subí.

La habitación era básica. Cama doble. Escritorio pequeño. Baño minúsculo.

Pero era mía. Solo mía.

Sin Carmen. Sin vigilancia. Sin invasión.

Dejé las maletas en el suelo.

Me senté en la cama.

Y por primera vez en semanas, me permití exhalar completamente.

Estaba a salvo.

Por ahora.

Mi móvil vibró.

Elena.

"¿Lograste salir?"

"Sí. Estoy en un hotel."

"Bien. No le digas a nadie dónde estás. Ni siquiera a tu familia."

"No lo haré."

"¿Encontraste algo raro en el apartamento?"

"Sí. Carmen lo limpió todo. Y había Quetiapina en el armario de medicinas. Creo que la recogió de la farmacia haciéndose pasar por mí."

"Dios mío. Eso es criminal."

"Lo sé. Voy a la farmacia mañana a verificarlo."

"Hazlo. Y documenta todo. Vas a necesitar evidencia si esto va a juicio."

"¿Juicio?"

"Laura, lo que te hizo es fraude. Drogar a alguien sin consentimiento. Allanamiento. Tienes un caso."

"No sé si quiero litigar. Solo quiero seguir con mi vida."

"Entiendo. Pero al menos ten la evidencia. Por si acaso."

"Tienes razón. Lo haré."

"Cuídate. Y llámame si necesitas cualquier cosa."

"Lo haré. Gracias, Elena."

Dejé el móvil.

Saqué el bote de Quetiapina de mi bolsa.

Lo miré largo rato.

¿Había otras pastillas que Carmen hubiera cambiado?

¿Podía confiar en algo de lo que tenía?

—No puedes —dijo la voz, suave ahora—. Y lo sabes.

—Entonces, ¿qué se supone que haga?

—Empezar de nuevo. Nuevas recetas. Nueva farmacia. Lejos de Carmen. Lejos de cualquiera que ella conozca.

—Eso tomará tiempo.

—Entonces mientras tanto, no tomes nada.

—No puedo hacer eso. Me desestabilizaré.

—¿O yo me estabilizaré?

No respondí.

Porque no sabía cuál era peor.

CAPÍTULO 15

SILENCIO

Pasé tres días en el hotel.

Tres días buscando apartamentos online. Llamando a agencias. Programando visitas.

Tres días tomando mis pastillas. Las que Carmen había organizado. Porque no tenía otras opciones.

Cada vez que me las tragaba, escuchaba la voz protestar.

"Veneno. Estás tomando veneno."

Pero no podía arriesgarme a dejarlas. No completamente.

Así que tomé la mitad de la dosis. Un compromiso.

Y la voz... se calmó. No desapareció. Pero se volvió más tranquila. Más manejable.

Como un susurro constante en lugar de un grito.

El cuarto día volví al edificio.

Necesitaba recoger más ropa. Algunos documentos. El ordenador de respaldo que había dejado.

Entré al portal con cautela, como si fuera territorio enemigo.

Subí en el ascensor. Quinto piso.

Las puertas se abrieron.

Y lo primero que noté fue el silencio.

Un silencio absoluto.

Normalmente escuchaba algo. Televisión del 4A. Música del 3C. Los pasos de Carmen.

Pero hoy... nada.

Caminé hacia mi puerta. Saqué las llaves.

Y entonces lo vi.

La puerta del 5B.

Cerrada. Como siempre.

Pero había algo diferente.

El correo.

Una pila de cartas y periódicos en el suelo, frente a su puerta. Sin recoger.

Carmen nunca dejaba acumular el correo.

Miré más de cerca.

El periódico de arriba tenía fecha de hace tres días. El día que me fui.

¿Carmen no había salido en tres días?

Y la planta.

Su preciosa planta en el macetero del rellano. La que regaba religiosamente cada mañana.

Estaba marchita. Hojas marrones. Tierra seca y agrietada.

Muerta.

—Raro, ¿verdad? —dijo la voz.

—Quizá se fue de viaje.

—¿Sin recoger el correo? ¿Sin pedirle a alguien que cuide su planta?

—Quizá fue una emergencia.

—¿O quizá pasó algo?

—No es mi problema.

—¿Estás segura? Porque si algo le pasó, si está ahí dentro herida o...

—No. No voy a caer en eso. No es mi responsabilidad.

Abrí mi puerta y entré.

El apartamento olía a cerrado. Polvo flotando en la luz que entraba por las ventanas.

Fui directo al dormitorio. Saqué una maleta más grande.

Empecé a empacar. Más ropa. Zapatos. Los libros que quería conservar.

Mientras empacaba, no podía dejar de pensar en Carmen.

Tres días sin señales de vida.

¿Y si realmente le había pasado algo?

¿Y si había tenido un ataque al corazón? ¿Una caída?

Tenía que ser mayor de setenta. Vivía sola.

—No es tu problema —me repetí en voz alta.

—Pero sería conveniente, ¿no? —dijo la voz—. Si algo le pasó. Si ya no puede molestarte más.

—No deseo que le pase nada malo.

—¿No? Ni siquiera un poquito.

—No.

—Mentirosa.

Tenía razón. Parte de mí... una parte pequeña y oscura... se sentía aliviada ante la posibilidad.

Y eso me hizo sentir horrible.

Terminé de empacar.

Cerré la maleta.

Pero antes de irme, fui a la puerta.

Miré por la mirilla.

El rellano vacío. La puerta del 5B cerrada. El correo acumulándose.

Podía irme. Olvidarme. Dejar que alguien más se preocupara.

O podía...

—No lo hagas —advirtió la voz—. No es tu problema.

—¿Y si está herida?

—Entonces alguien más la encontrará. Eventualmente.

—¿Y si no? ¿Y si muere ahí dentro y yo podría haberla ayudado?

—Después de todo lo que te hizo, ¿de verdad te importa?

Sí.

Aunque no quisiera admitirlo.

Aunque me odiara por ello.

Sí me importaba.

Abrí mi puerta.

Crucé el rellano.

Toqué la puerta del 5B.

No hubo respuesta.

—¿Carmen?

Silencio.

Toqué más fuerte.

—¿Carmen? Soy Laura. ¿Estás bien?

Nada.

Pegué el oído a la puerta.

¿Escuchaba algo? ¿Un gemido? ¿Un movimiento?

No estaba segura.

—Carmen, voy a llamar al administrador si no respondes.

Esperé treinta segundos.

Nada.

Saqué mi móvil. Llamé al administrador.

—¿Diga?

—Soy Laura Vega del 5A. Creo que algo le pasó a Carmen Ruiz. No he visto señales de ella en días y su puerta...

—¿Otra vez, señorita Vega?

—¿Otra vez qué?

—Ya llamó ayer. Y anteayer. Le dije que iría a comprobar cuando tuviera tiempo.

—Yo no llamé ayer.

—Tengo su número registrado en la pantalla. Llamó dos veces ayer preocupada por la señora Ruiz.

—Eso es imposible. He estado en un hotel.

—Bueno, alguien llamó desde su número.

—¿Y fue a comprobar?

—Sí. Esta mañana. Toqué su puerta. Ella gritó desde dentro que estaba bien. Que solo quería privacidad.

—¿Estaba bien?

—Eso dijo. Un poco irritada de que la molestaran, pero bien.

—¿Abrió la puerta?

—No. Pero habló conmigo a través de ella. Definitivamente era su voz.

—Vale. Gracias.

Colgué.

Carmen estaba bien.

Solo quería privacidad.

Como yo.

Qué irónico.

—¿Ves? —dijo la voz—. Está bien. Probablemente se dio cuenta de que la evadiste y se está dando espacio.

—Quizá.

—O quizá está planeando algo.

—¿Como qué?

—No lo sé. Pero Carmen no es el tipo de persona que se rinde fácilmente.

Tenía razón.

Volví a mi apartamento.

Cogí la maleta.

Estaba a punto de salir cuando lo olí.

Un olor.

Dulzón. Enfermizo.

Como... como carne podrida.

—¿Hueles eso? —preguntó la voz.

—Sí.

—¿De dónde viene?

Seguí el olor.

No era de mi apartamento. Venía de afuera.

Del rellano.

O de...

Me acerqué a la pared que compartía con el 5B.

Más fuerte aquí.

Definitivamente venía del apartamento de Carmen.

—Eso no es bueno —dijo la voz.

—Quizá dejó comida pudriéndose.

—O quizá...

—No. El administrador habló con ella esta mañana.

—¿Habló? ¿O escuchó una voz que dijo ser ella?

Se me heló la sangre.

—No. No puede ser.

—¿Por qué no? Tú y yo sabemos mejor que nadie que las voces pueden engañar.

—Para. Solo para.

Salí del apartamento. Bajé corriendo.

En el portal, me encontré con Marta del 3C.

—Laura. No sabía que habías vuelto.

—Solo vine a recoger cosas. Marta, ¿has visto a Carmen últimamente?

—¿Carmen? No, no desde... desde que te fuiste, creo. ¿Por qué?

—Su correo está acumulándose. Su planta está muerta. Y hay un olor...

—¿Un olor?

—Viniendo de su apartamento. Dulzón. Como algo podrido.

Marta frunció el ceño.

—Eso es raro. Pero el administrador dijo que habló con ella esta mañana.

—Lo sé. Pero algo no está bien.

—¿Quieres que suba contigo? ¿Que comprobemos juntas?

—¿Harías eso?

—Claro. Dame un minuto.

Subimos juntas al quinto piso.

El olor era más fuerte ahora. Imposible ignorarlo.

Marta lo olió también. Su expresión cambió.

—Dios mío. Eso es... eso es mal.

—Lo sé.

Tocó la puerta del 5B.

—¿Carmen? Soy Marta. ¿Estás bien?

Silencio.

—Carmen, hay un olor preocupante. Vamos a entrar para comprobar que estás bien.

Nada.

Marta sacó su móvil.

—Voy a llamar al administrador. Esto no está bien.

Esperamos en el rellano. El olor empeorando por minutos.

El administrador llegó quince minutos después. Olió el aire y palideció.

—Mierda.

—¿Tiene llave? —preguntó Marta.

—Sí. Llave maestra. —La sacó con manos temblorosas—. Pero si ella está... si encontramos algo, tendré que llamar a la policía.

—Hazlo —dije—. Algo está mal.

El administrador metió la llave. Giró. Empujó.

La puerta se abrió.

El olor nos golpeó como una pared.

Marta se tapó la nariz y la boca.

—Dios santo.

El administrador entró primero. Nosotras le seguimos.

El apartamento de Carmen estaba oscuro. Cortinas cerradas. Aire viciado.

—¿Carmen? —llamó el administrador.

Ninguna respuesta.

Encendió las luces.

El salón estaba... normal. Ordenado. Como siempre.

Caminamos hacia el dormitorio.

El olor era insoportable ahora.

El administrador abrió la puerta del dormitorio.

Y ahí estaba Carmen.

En la cama.

Inmóvil.

—Llama a emergencias —le dijo a Marta.

Marta ya tenía el móvil en la mano.

Me quedé en el umbral, sin atreverme a entrar.

El administrador se acercó a la cama.

Puso dedos en el cuello de Carmen. Buscando pulso.

—Está viva —dijo—. Apenas. Pero está viva.

Viva.

Carmen estaba viva.

¿Por qué me sentía... decepcionada?

No. No debería sentir eso.

—¿Qué le pasó? —preguntó Marta desde la puerta, hablando con emergencias.

El administrador miró alrededor de la habitación.

Había botes de pastillas en la mesita de noche. Vacíos.

Un vaso de agua. Volcado.

Y una nota.

El administrador la cogió. La leyó.

Su expresión se oscureció.

—¿Qué dice? —pregunté.

Me miró con una expresión extraña.

Luego me mostró la nota.

Escrita con la letra elegante de Carmen.

"No puedo salvarte si no me dejas. No pude salvar a Sofía. No puedo salvarte a ti. Perdóname por rendirme. C."

—Es una nota de suicidio —dijo el administrador.

Carmen había intentado suicidarse.

Por mí.

Porque se había rendido conmigo.

—Esto no es culpa tuya —dijo Marta, leyendo mi expresión.

Pero lo era.

¿Verdad?

Yo la había rechazado. La había bloqueado. La había amenazado con la policía.

Y ella había...

—No —dijo la voz en mi cabeza—. Esto es manipulación. Incluso ahora. Incluso en esto.

—¿Qué?

—Piénsalo. Una nota que te culpa. Un intento de suicidio calculado para que la encuentres. Todo diseñado para que te sientas culpable. Para que vuelvas.

—Eso es enfermo.

—Ella está enferma. Siempre lo ha estado.

Las sirenas sonaron afuera.

Paramédicos llegando.

El apartamento se llenó de gente. Urgencia. Movimiento.

Marta y yo nos apartamos. Dejamos que trabajaran.

Sacaron a Carmen en camilla. Tubo de oxígeno. Monitor cardíaco.

Estaba consciente. Apenas. Sus ojos se abrieron por un segundo.

Y me vieron.

Su boca se movió. Sin sonido. Pero pude leer sus labios.

"Lo siento."

Luego se la llevaron.

Marta, el administrador y yo nos quedamos en el rellano.

En shock.

—¿Alguien debería ir con ella? —preguntó Marta—. ¿Al hospital?

—Llamaré a su hija —dijo el administrador—. Que ella decida.

—¿Tiene hija? —pregunté.

—Sí. Vive en Barcelona. No se hablan mucho. Pero es su familiar más cercano.

Una hija que apenas hablaba con ella.

Como Sofía probablemente tampoco hablaba con su madre al final.

Patrones.

Todo volvía a patrones.

—Deberías irte —me dijo Marta suavemente—. Esto no es... no deberías estar aquí.

—Tienes razón.

Volví a mi apartamento. Cogí la maleta.

Y me fui.

Esta vez sin mirar atrás.

Esta vez sin culpa.

Porque la voz tenía razón.

Carmen no había intentado morir.

Carmen había intentado manipularme.

Una última vez.

Y casi había funcionado.

Esa noche, en el hotel, recibí un mensaje.

Elena.

"¿Escuchaste sobre Carmen?"

"¿Cómo lo sabes?"

"Todavía tengo contactos en el edificio. ¿Estás bien?"

"No lo sé. Siento que debería sentirme culpable. Pero en cambio solo siento... rabia."

"Eso es normal. Ella te manipuló hasta el final."

"¿Crees que lo hizo a propósito? ¿Que calculó que la encontraría?"

"Absolutamente. Carmen es muchas cosas, pero no es tonta. Sabía exactamente qué estaba haciendo."

"¿Cómo puedes estar tan segura?"

"Porque hizo lo mismo conmigo."

Se me cortó la respiración.

"¿Qué?"

"Cuando finalmente me mudé, cuando corté todo contacto, Carmen 'intentó suicidarse'. Mi antigua compañera de piso me llamó. Me dijo que Carmen había dejado una nota mencionándome. Que se sentía responsable de que yo me hubiera ido."

"¿Y?"

"Volví. Estúpidamente. Me sentí culpable. Fui al hospital. Y Carmen... estaba perfectamente bien. Me miró y dijo 'sabía que volverías'."

"Dios mío."

"No fue un intento de suicidio. Fue un gancho. Una forma de arrastrarme de vuelta. Y funcionó durante dos meses más hasta que finalmente me di cuenta y me fui definitivamente."

"¿Crees que va a intentar contactarme desde el hospital?"

"Probablemente. Cuando esté lo suficientemente 'recuperada'. Con otra historia de culpa. Otro gancho."

"No voy a caer."

"Bien. Mantente fuerte. Y Laura... ten cuidado."

"¿Por qué?"

"Porque cuando Carmen se dé cuenta de que no vas a volver, que realmente la perdió... no sé qué hará. Pero no será nada

bueno."

Bloqueé a Elena y me quedé sentada en la cama del hotel.

Carmen estaba viva.

Carmen seguiría ahí.

Y según Elena, no iba a rendirse.

—Entonces tendremos que ocuparnos de ella —dijo la voz.

—No.

—¿No? Incluso después de todo esto, ¿sigues teniendo miedo de defenderte?

—Defender no es lo mismo que atacar.

—A veces es exactamente lo mismo.

—No voy a hacerle daño.

—¿Ni siquiera si ella vuelve? ¿Ni siquiera si encuentra tu nuevo apartamento? ¿Ni siquiera si empieza todo otra vez?

—No llegará tan lejos.

—¿Cómo puedes estar segura?

No podía.

Pero tenía que creer que había una forma de escapar que no involucrara violencia.

Que no involucrara convertirme en la persona que todos pensaban que era.

Peligrosa.

Inestable.

Capaz de cualquier cosa.

Me tomé mis pastillas. Media dosis.

Y me fui a dormir.

Soñé con Carmen.

En su cama. Rodeada de botes de pastillas vacíos.

Pero en el sueño, no estaba inconsciente.

Estaba despierta. Mirándome. Sonriendo.

"Sabía que volverías."

Me desperté sudando.

Tres de la mañana.

Y en la oscuridad de la habitación del hotel, escuché la voz.

Más clara que nunca.

"No puedes huir de ella. Pero yo sí puedo acabar con ella."

—No.

"Aún no. Pero pronto lo pensarás. Cuando estés desesperada. Cuando no haya otra opción. Y cuando llegue ese momento... estaré lista."

CAPÍTULO 16

INVESTIGACIÓN

No pude volver a dormir después de ese sueño.

Me quedé despierta en la cama del hotel, mirando el techo, escuchando el tráfico de la calle.

A las seis de la mañana me rendí. Me levanté. Me di una ducha larga.

Cuando salí, tenía tres mensajes.

El administrador: *"Carmen está estable. Su hija llega esta tarde desde Barcelona. Pensé que querrías saberlo."*

Marta: *"¿Cómo estás? Ayer fue intenso. Llámame si necesitas hablar."*

Y un número desconocido: *"Laura, soy la hija de Carmen, Beatriz. Necesito hablar contigo sobre mi madre. Es importante."*

Mierda.

No quería hablar con la hija de Carmen. No quería más culpa. Más acusaciones.

Pero la curiosidad me ganó.

Llamé.

Respondió al segundo tono.

—¿Laura? Gracias por llamar. —Una voz de mujer. Cansada. Mayor de lo que esperaba—. Sé que mi madre y tú han tenido... problemas.

—Eso es quedarse corto.

—Lo sé. Créeme. —Suspiró—. Por eso necesito hablar contigo. Porque esto no es la primera vez.

—¿Qué no es la primera vez?

—Que mi madre se obsesiona con alguien. Que cruza límites. Que... —Otra pausa—. ¿Podemos vernos? Preferiría hablar en persona.

—No sé si es buena idea.

—Por favor. Solo una hora. Hay cosas que necesitas saber. Sobre mi madre. Sobre Sofía. Sobre lo que realmente pasó.

Eso captó mi atención.

—¿Qué pasó realmente?

—No por teléfono. ¿Conoces la cafetería cerca del hospital Gregorio Marañón? Puedo estar ahí en una hora.

—Estaré ahí.

Beatriz era una mujer de unos cincuenta años. Pelo canoso corto. Ropa profesional. Cara cansada con líneas profundas de preocupación.

Nos sentamos en una mesa del fondo. Pedí café. Ella pidió té.

—Gracias por venir —dijo—. Sé que lo último que quieres es hablar sobre mi madre.

—¿Cómo está?

—Estable. Físicamente. Mentalmente... —Negó con la cabeza —. Ese es otro problema.

—¿Te dijo por qué lo hizo?

—Dice que fue un accidente. Que solo quería dormir. Que no se dio cuenta de cuántas pastillas tomó. —Beatriz me miró directamente—. Pero la nota sugiere otra cosa.

—La nota que me mencionaba.

—Sí. —Sacó su móvil. Me mostró una foto de la nota—. ¿La escribió ella?

Miré la caligrafía. Definitivamente era de Carmen.

—Sí. Es su letra.

—Entonces no fue un accidente. Fue una llamada de atención.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque necesitas entender algo sobre mi madre. Ella hace esto. Este patrón. Se obsesiona con alguien vulnerable. Intenta 'salvarlos'. Y cuando no puede, cuando la rechazan, se destruye a sí misma. O destruye a ellos.

—¿Destruye a ellos?

Beatriz bajó la voz.

—Laura, ¿sabes realmente qué le pasó a Sofía?

—Tu madre dijo que se suicidó. En el 5A.

—Eso es lo que dice el certificado de defunción. Pero yo... tengo dudas.

Se me erizó la piel.

—¿Qué tipo de dudas?

—Sofía era mi hija. No mi sobrina. Mi hija.

—Pero Carmen dijo...

—Mi madre miente. Sobre muchas cosas. Sofía era mi hija. La tuve cuando era muy joven. Mi madre me ayudó a criarla. Y cuando Sofía empezó a mostrar señales de enfermedad mental, mi madre... se hizo cargo. Demasiado cargo.

—¿Qué quieres decir?

—La convenció de mudarse al 5A. Justo enfrente de ella. Dijo que sería 'independencia supervisada'. Que la cuidaría sin asfixiarla.

Pero lo que realmente hizo fue controlarla. Cada movimiento. Cada decisión. Cada pastilla.

—Como conmigo.

—Exacto. —Beatriz bebió su té—. Sofía empezó a deteriorarse. Dejó de tomar su medicación. Decía que mi madre las cambiaba. Que la estaba drogando para mantenerla confundida.

—¿Y tú le creíste?

—No. En ese momento pensé que era paranoia. Parte de su enfermedad. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Y ahora me odio por eso.

—¿Qué pasó?

—Sofía murió. La encontraron en el baño. Muñecas cortadas. Mi madre llamó a emergencias, pero ya era tarde.

—Lo siento mucho.

—Yo también. Pero lo que nunca entendí fue... ¿por qué?

—¿Por qué se suicidó?

—No. Por qué dejó una nota que básicamente culpaba a mi madre. Por qué eligió ese día específico, cuando sabía que mi madre vendría a visitarla. Por qué... —Se limpió las lágrimas—. Por qué se aseguró de que mi madre la encontrara.

—Quizá quería castigarla.

—Eso pensé. Durante años lo pensé. Pero luego empecé a investigar.

—¿Investigar qué?

Beatriz sacó una carpeta de su bolso. La puso en la mesa.

—Reportes de autopsia. Análisis toxicológicos. Informes policiales. Todo lo que pude conseguir.

Abrí la carpeta.

El primer documento era el certificado de defunción. Causa de muerte: exsanguinación por heridas autoinfligidas.

El segundo era el reporte de autopsia. Más detallado.

Lesiones en las muñecas. Profundas. Mortales.

Pero había algo más.

Niveles tóxicos de medicación en sangre.

No solo Olanzapina y Risperidona. También Quetiapina. Lorazepam. Zolpidem.

Un cóctel de sedantes y antipsicóticos.

—¿Sofía tomaba todo esto? —pregunté.

—No. Solo Olanzapina y Risperidona. Como tú. Pero en el análisis encontraron... mira la siguiente página.

La siguiente página era una nota del forense.

"Niveles inconsistentes con auto-administración oral. Posible administración forzada o engañosa. Se recomienda investigación policial."

—¿Investigaron?

—Brevemente. Hablaron con mi madre. Ella dijo que Sofía había estado acumulando pastillas. Que probablemente las tomó todas antes de cortarse las muñecas para asegurarse. La policía la creyó.

—¿Pero tú no?

—No lo sé. Durante años no supe qué pensar. Pero luego... —Beatriz sacó otro papel—. Encontré esto.

Era un email. De Sofía a Beatriz. Fechado dos días antes de su muerte.

"Mamá,

Sé que no me crees. Sé que piensas que estoy paranoica. Pero la abuela está haciendo algo. Cambia mis pastillas. Lo sé

porque las conté. Desaparecen. Y luego aparecen otras que no reconozco.

Encontré un pastillero escondido en su apartamento. Con mi nombre. Lleno de pastillas que nunca me recetaron.

Creo que me está drogando. Creo que quiere mantenerme enferma. Porque si me curo, si me independizo realmente, ella pierde su propósito.

No sé qué hacer. Si dejo de tomar las pastillas completamente, empeoro. Si las sigo tomando, empeoro diferente.

Estoy atrapada.

Por favor, créeme esta vez.

S."

—¿Respondiste? —pregunté con voz temblorosa.

—No. Pensé que era otro episodio. Otro delirio. —Beatriz sollozó—. Y dos días después estaba muerta.

Cerré la carpeta.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque cuando el administrador me llamó y me contó sobre ti, sobre lo que había pasado entre tú y mi madre, reconocí el patrón. Las mismas acusaciones. El mismo comportamiento. Y pensé... ¿y si Sofía tenía razón?

—¿Crees que tu madre la mató?

—No lo sé. Pero creo que la empujó al borde. Y cuando no pudo 'salvarla', cuando Sofía la rechazó completamente... creo que mi madre hizo algo. Algo que llevó a Sofía a ese baño.

—¿Como qué?

—No lo sé. Pero tú estás viva. Tú puedes detenerla antes de que pase otra vez.

—Ya me mudé. No voy a volver.

—Eso no será suficiente. —Beatriz me agarró la mano—. Laura, mi madre no se rinde. Lo sé. Soy su hija. Conozco su obsesión. Si has despertado su instinto de 'salvadora', no parará hasta que te tenga bajo control. O hasta que...

—Hasta que qué.

—Hasta que termines como Sofía.

Me solté de su agarre.

—Eso no va a pasar.

—Sofía probablemente pensó lo mismo.

—Sofía estaba enferma. Vulnerable. Yo no.

Beatriz me miró con lástima.

—Laura, todos somos vulnerables a algo. Y mi madre es experta en encontrar exactamente qué.

Se levantó.

—Tengo que volver al hospital. Pero por favor, ten cuidado. Y si necesitas algo, cualquier cosa, llámame. —Me dio una tarjeta—. Estoy en Madrid hasta fin de semana.

La observé irse.

Luego abrí la carpeta otra vez.

Miré las fotos del reporte de autopsia.

Sofía en la mesa de metal. Pálida. Joven. Desperdiciada.

Y había algo más al final de la carpeta.

Fotos personales. Progresión temporal.

Sofía a los veinte. Sonriente. Saludable. Llena de vida.

Sofía a los veintitrés. Más delgada. Ojos cansados. Pero todavía ahí.

Sofía a los veinticinco. Demacrada. Pelo sin brillo. Mirada perdida.

Sofía a los veintisiete. Casi irreconocible. Sombra de quien había sido.

Y la última foto. Tomada dos semanas antes de su muerte.

Sofía frente al espejo. Selfie. Sin sonrisa.

Ojos vacíos mirando a la cámara.

Y detrás de ella, reflejado en el espejo...

Carmen.

De pie en el umbral de la puerta. Observando.

Siempre observando.

Guardé la carpeta en mi bolso.

Volví al hotel.

Me senté frente al portátil y empecé a buscar.

"Sofía Ruiz muerte Madrid 2020"

Encontré el artículo. Breve. Casi sin detalles.

"Joven de 28 años encontrada muerta en su apartamento de Malasaña. La policía investiga posible suicidio."

Busqué más.

Encontré su perfil de redes sociales. Todavía activo. Nadie lo había cerrado.

Las últimas publicaciones eran... perturbadoras.

Fotos cada vez más oscuras. Textos cada vez más desesperados.

"¿Alguna vez sienten que no son ustedes mismos? ¿Que alguien más está controlando su vida?"

"Las pastillas me están matando. Pero dejarlas también me mata. No hay salida."

"Mi abuela dice que me quiere. Pero el amor no debería sentirse como una prisión."

Y la última. Publicada el día de su muerte.

Solo un texto.

"Perdónenme."

Cerré el portátil.

Me quedé sentada en silencio.

Sofía y yo. El mismo apartamento. La misma vecina. Las mismas pastillas. Los mismos patrones.

Excepto que Sofía no sobrevivió.

Y yo...

—Todavía estás aquí —dijo la voz.

—Sí.

—¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque tienes algo que Sofía no tenía. Me tienes a mí.

—No eres real.

—Soy más real que cualquier pastilla. Soy tu supervivencia. Tu instinto. La parte de ti que lucha.

—La parte de mí que está enferma.

—No. La parte de ti que está viva. —La voz se suavizó—. Sofía se rindió. Dejó que Carmen ganara. Pero tú... tú sigues luchando.

—No quiero luchar. Solo quiero paz.

—No hay paz con gente como Carmen. Solo hay rendición o victoria.

—No es una guerra.

—¿No? Entonces, ¿qué es?

No tenía respuesta.

Saqué el bote de pastillas. Olanzapina.

Las que Carmen había organizado.

¿Eran realmente Olanzapina? ¿O eran Quetiapina? ¿O algo peor?

—Solo hay una forma de saberlo —dijo la voz.

—¿Cómo?

—Deja de tomarlas. Completamente. Por una semana. Y ve qué pasa.

—Me desestabilizaré.

—O te estabilizarás. Sin los químicos que Carmen pudo haber cambiado. Sin la confusión que causan.

—Es demasiado arriesgado.

—¿Más arriesgado que terminar como Sofía?

Tenía razón.

Maldita sea, tenía razón.

Cogí el bote y fui al baño.

Lo sostuve sobre el inodoro.

Un giro de muñeca. Eso es todo lo que haría falta.

Todas las pastillas desapareciendo.

Empezar de cero.

Sin químicos. Sin control de Carmen. Sin nada entre yo y...

¿Y qué?

¿La locura?

¿O la claridad?

—Hazlo —urgió la voz—. Libérate.

Mi mano se movió.

El bote se inclinó.

Las pastillas empezaron a caer...

Alguien golpeó la puerta del hotel.

Me quedé helada.

Las pastillas cayeron al inodoro. Plop plop plop.

—¿Quién es? —grité.

—Servicio de habitación.

—No pedí nada.

—Hay un paquete para usted. En recepción.

—¿Un paquete?

—Sí. ¿Quiere que se lo suba?

—No. Bajo yo.

Escuché pasos alejándose.

Miré el inodoro. Cinco, seis pastillas flotando en el agua.

El resto todavía en el bote.

Las pesqué. Las sequé con papel higiénico. Las volví a meter en el bote.

No podía tirarlas todas. No todavía.

Necesitaba un plan mejor.

Bajé a recepción.

—¿Dijo que hay un paquete para mí?

—Sí. —El recepcionista señaló una caja pequeña en el mostrador—. Llegó hace una hora.

No tenía remitente. Solo mi nombre.

—¿Quién lo trajo?

—Un servicio de mensajería. ¿Por qué?

—Curiosidad.

Cogí la caja. Subí a mi habitación.

La puse en la cama y la miré.

¿Qué coño era esto?

La abrí con cuidado.

Dentro había un sobre. Y un objeto envuelto en papel de seda.

Abrí el sobre primero.

Una nota escrita a mano.

"Laura,

Sé que me odias. Lo entiendo. Pero hay cosas que necesitas saber. Cosas sobre tu familia. Sobre por qué eres como eres.

Encontré esto entre las cosas de Sofía. Creo que era para ti. O para alguien como tú.

La siguiente que viniera.

Cuídate.

B."

B. Beatriz.

Desenvolví el objeto del papel de seda.

Era un diario.

El diario de Sofía.

Diferente del que había visto en la habitación de Carmen.

Este era más viejo. Más usado.

Lo abrí a una página al azar.

"15 de febrero de 2020

Ella volvió a entrar anoche. Lo sé porque dejé un pelo en la puerta. Como en las películas. Y esta mañana estaba roto.

¿Qué está buscando? ¿Qué quiere de mí?

A veces pienso que quiere reemplazar a alguien. Su marido muerto. O algo de su pasado.

A veces pienso que solo quiere controlar algo. Porque su vida se le escapó de las manos hace tiempo.

Y a veces pienso que simplemente está loca. Tan loca como ella piensa que estoy yo."

Pasé páginas.

"28 de febrero de 2020

Conté las pastillas. Faltan siete. SIETE. En una semana.

No tomé siete de más. Lo sé. Llevo registro.

Ella las está sacando. O cambiando. O algo.

Pero ¿para qué? ¿Para hacerme parecer más enferma? ¿Para justificar su vigilancia?

O... ¿para drogarme? ¿Para mantenerme confundida y dependiente?

No confío en nada que venga de mis botes originales. Así que compré nuevos. En una farmacia diferente. Y los escondí."

"10 de marzo de 2020

Encontró mis pastillas escondidas. Las nuevas. Estaban en una caja en el fondo del armario. Detrás de mi ropa de invierno.

Nadie miraría ahí a menos que estuviera buscando específicamente.

Cuando volví a casa hoy, estaban en mi mesita de noche. Con una nota.

'No necesitas esconder cosas de mí. Estoy aquí para ayudarte. -C'

Me siento violada. Invadida.

Pero sobre todo, me siento atrapada.

¿Cómo puedo escapar de alguien que tiene llave de mi apartamento? ¿Que conoce cada rincón de mi vida?

¿Que probablemente está leyendo este diario ahora mismo?"

La última entrada era del 14 de marzo. Dos días antes de su muerte.

"Ya no puedo más.

Hablé con mamá. No me creyó. Como siempre.

Hablé con mi terapeuta. Sugirió que considerara internamiento.

Hablé con la abuela. Lloró y dijo que solo quiere ayudarme.

Nadie me escucha. Nadie me ve.

Solo ven lo que ella quiere que vean: una chica enferma. Paranoica. Fuera de control.

Pero yo sé la verdad.

Ella me está enfermando. A propósito. Para necesitarla.

Y si me quedo... si sigo aquí...

No sobreviviré.

Así que tengo dos opciones:

Irme. Empezar completamente de cero. Sin decirle a nadie adónde. Ni siquiera a mamá.

O...

O terminar esto de una vez.

Y asegurarme de que ella sepa que fue su culpa."

Cerré el diario con manos temblorosas.

Sofía había sabido. Había documentado todo. Igual que yo.

Pero no había sido suficiente.

Porque cuando le llegó el momento de elegir...

Eligió la muerte sobre huir.

¿Por qué?

¿Qué la hizo sentir que no había otra opción?

Mi móvil vibró.

Número desconocido.

—¿Hola?

—Laura. —Una voz débil. Familiar—. Soy Carmen.

CAPÍTULO 17

EL OLOR

Colgué inmediatamente.

El teléfono vibró otra vez. Carmen.

Lo rechacé.

Vibró de nuevo.

—Deja de llamarme —dije al contestar.

—Por favor. Solo... solo escúchame un minuto.

—No hay nada que quiera escuchar de ti.

—Leíste el diario de Sofía. —No era una pregunta—. Beatriz te lo dio.

—¿Cómo sabes...?

—Porque es exactamente lo que haría. Intentar ponerte en mi contra. Hacerte pensar que soy un monstruo.

—No necesito que nadie me haga pensar eso. Tus acciones hablan solas.

—Laura, por favor. Ese diario... Sofía estaba enferma cuando lo escribió. Paranoica. Veía conspiraciones donde no las había.

—Como yo, ¿verdad? Solo otra chica paranoica que imagina cosas.

—No digo eso. Pero...

—¿Pero qué? ¿Pero estoy enferma? ¿Pero necesito ayuda? Ya escuché todo eso.

—Porque es verdad. Y si hubieras dejado que te ayudara, si Sofía hubiera dejado que la ayudara...

—Sofía está muerta.

Silencio.

—Lo sé —dijo Carmen finalmente, su voz quebrada—. Vivo con eso cada día.

—¿Vives con la culpa? ¿O con la satisfacción de haber tenido razón sobre lo enferma que estaba?

—Eso es cruel.

—Eso es honesto.

—Laura... cuando salga del hospital, podemos hablar. Realmente hablar. Podemos...

—No. No va a haber conversación. No va a haber reconciliación. Estás fuera de mi vida. Completamente.

—Pero...

—Y si intentas contactarme otra vez, si apareces en mi nueva dirección, si llamas a mi familia otra vez, iré a la policía. Con todo. El diario de Sofía. La Quetiapina que recogiste a mi nombre. Las entradas a mi apartamento. Todo.

—Yo nunca...

—Adiós, Carmen.

Colgué. Bloqueé el número.

Inmediatamente sonó otra vez. Número diferente.

El hospital.

Lo rechacé.

Mensaje de voz.

Lo escuché.

—Señorita Vega, soy la doctora Jiménez del Hospital Gregorio Marañón. La señora Carmen Ruiz ha solicitado verla. Dice que es urgente. Si pudiera llamar a...

Borré el mensaje.

No.

No iba a caer.

No esta vez.

Llamé a Beatriz.

—¿Laura?

—Carmen acaba de llamarme. Desde el hospital. ¿Cómo consiguió mi número?

—Probablemente lo tenía guardado. ¿Qué dijo?

—Que el diario de Sofía es producto de paranoia. Que Sofía estaba enferma. Que quiere hablar cuando salga.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que se mantenga alejada o voy a la policía.

—Bien. —Beatriz hizo una pausa—. Pero Laura, necesitas saber algo. Los doctores dicen que va a salir mañana.

—¿Tan rápido?

—No fue un intento serio. Tomó suficiente para parecer creíble, pero no suficiente para matarse. Exactamente como hizo antes.

—¿Antes?

—Con la mujer anterior. Elena. No te lo dije en la cafetería, pero mi madre hizo lo mismo entonces. Intento de suicidio falso. Hospitalización de tres días. Y luego intensificó la persecución.

—¿Intensificó?

—Llamadas constantes. Apariciones en el trabajo de Elena. Contactando a todos en su vida. Hasta que Elena tuvo que mudarse a otra ciudad y cambiar de número.

—Dios mío.

—Y eso fue antes de Sofía. Antes de que perdiera a su nieta. Ahora... no sé de qué es capaz.

—¿Crees que es peligrosa?

—Creo que está obsesionada. Y la obsesión puede ser muy peligrosa.

Colgamos.

Me quedé sentada en la cama del hotel, mirando el diario de Sofía.

Carmen saldría mañana.

Y entonces empezaría otra vez.

A menos que...

—A menos que te asegures de que no pueda —dijo la voz.

—¿Qué?

—Sabes lo que hay que hacer.

—No. No voy a hacerle daño.

—No dije hacerle daño. Dije asegurarte de que no pueda perseguirte.

—¿Cómo?

—Orden de alejamiento. Denuncia policial. Exposición pública. Hay formas legales.

—Que tomarán semanas. Meses. Y mientras tanto, ella seguirá ahí.

—Entonces tienes que ser más creativa.

—No voy a...

—Relájate. No estoy sugiriendo violencia. Estoy sugiriendo... información. Tienes el diario de Sofía. Tienes evidencia de manipulación. Tienes a Beatriz como testigo. Usa todo eso.

—¿Para qué?

—Para destruir su credibilidad. Para que cuando vaya a la policía llorando sobre la vecina loca que la acosa, ellos ya sepan la verdad sobre ella.

Tenía sentido.

Abrí el portátil.

Empecé a escribir. Un documento detallado.

Cronología de eventos. Cada interacción con Carmen. Cada invasión. Cada manipulación.

Con evidencia adjunta:

- Fotos de los arañazos en mi puerta
- Grabaciones de cámara de Carmen escuchando en mi puerta
- El bote de Quetiapina que no era mío
- El diario de Sofía
- Testimonio de Beatriz
- Comunicaciones de Elena

Pasé tres horas compilando todo.

Cuando terminé, tenía veinte páginas.

Evidencia sólida de acoso, manipulación y posible envenenamiento.

Suficiente para una orden de alejamiento.

Suficiente para que la policía la tomara en serio.

Suficiente para protegerme.

Guardé el documento.

Mañana iría a la policía. Antes de que Carmen saliera del hospital.

Me adelantaría a su narrativa.

Me tomé media dosis de pastillas. No todas. Solo suficiente para dormir sin soñar.

Y funcionó.

Desperté a las ocho de la mañana. Descansada. Lúcida.

Lista.

Desayuné. Me duché. Me vestí.

A las diez salí del hotel con mi documentación.

Iba a tomar un taxi cuando mi móvil vibró.

Marta.

—¿Laura? ¿Dónde estás?

—En un hotel. ¿Por qué?

—Necesitas venir al edificio. Ahora.

—¿Qué pasó?

—El olor. Se puso peor. Mucho peor. El administrador llamó a la policía.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Porque... —Marta bajó la voz—. Porque viene de tu apartamento.

Se me heló la sangre.

—Eso es imposible. No he estado ahí en días.

—Lo sé. Pero el administrador dice que el olor es más fuerte frente a tu puerta. Están a punto de entrar. Con la policía.

—Mierda. Voy para allá.

Llegué al edificio en veinte minutos.

Había un coche patrulla frente al portal. Vecinos congregados afuera.

Subí corriendo.

Quinto piso.

El olor me golpeó en cuanto las puertas del ascensor se abrieron.

Dulzón. Enfermizo. Como carne podrida dejada al sol durante días.

Peor que antes.

Mucho peor.

El administrador estaba ahí. Y dos policías. Y Marta. Y el hombre del 4A. Todos con pañuelos en la nariz.

—Señorita Vega. —El administrador se veía aliviado—. Gracias a Dios. Necesitamos entrar a su apartamento.

—¿Por qué?

—Porque el olor viene de ahí. Todos en el edificio se han quejado. Dicen que es insoportable.

—Pero yo no he estado aquí. No hay nada que pudiera...

—¿Dejó comida? ¿Basura?

—No. Limpié todo antes de irme.

—Entonces necesitamos comprobar. Podría ser una tubería rota. O un animal muerto en las paredes.

—O algo peor —murmuró uno de los policías.

—¿Algo peor como qué?

El policía me miró.

—Hemos respondido a llamadas como esta antes. A veces es... bueno, es mejor comprobar.

Saqué mis llaves con manos temblorosas.

Abrí la puerta.

El olor nos golpeó como una ola física.

El policía tosió. Marta se tapó la boca.

—Dios santo —dijo el administrador.

Entré. Los demás me siguieron con cautela.

El salón parecía normal. Limpio. Vacío.

—¿Cocina? —preguntó el policía.

Fuimos a la cocina.

La nevera estaba cerrada. La abrí.

Vacía. Carmen la había vaciado cuando limpió el apartamento.

No había nada que pudiera causar ese olor.

—¿Baño? —sugirió el otro policía.

Al baño.

Nada. Impecable.

—Tiene que venir de las paredes —dijo el administrador—. Una rata muerta. O las tuberías.

—El olor no es de rata muerta —dijo el primer policía—. He olido ratas muertas. Esto es... diferente.

—¿Diferente cómo?

—Más grande. Algo más grande que una rata.

—¿Como qué?

El policía no respondió. Solo siguió buscando.

Revisamos cada habitación. Cada armario. Cada rincón.

Nada.

Pero el olor era más fuerte en el dormitorio.

Específicamente... en el armario.

Abrí las puertas.

Mi ropa. Mis zapatos. Cajas.

El policía empezó a mover cosas.

—¿Hay un espacio detrás? —preguntó—. ¿Un trastero? ¿Algo?

—No. Solo el armario.

Pero entonces recordé.

La tabla suelta.

Donde Elena había escondido la carta.

—Espere —dije—. Hay... hay una tabla suelta. En el fondo.

El policía sacó todo del armario.

Ahí estaba. La tabla ligeramente levantada.

La sacó.

Y el olor explotó.

Tan fuerte que todos retrocedimos.

El policía se tapó la nariz con la manga.

—Mierda. —Sacó una linterna y alumbró dentro del hueco.

Su expresión cambió.

—Todos afuera. Ahora.

—¿Qué es? —preguntó Marta.

—He dicho AFUERA.

Salimos al rellano.

El policía habló por radio.

—Necesito refuerzos en Calle Manuela Malasaña 47, quinto piso. Y... necesito la unidad forense.

—¿Forense? —El administrador palideció—. ¿Por qué forense?

El policía nos miró.

—Porque hay un cuerpo.

El mundo se detuvo.

—¿Qué?

—En el hueco debajo del armario. Hay restos humanos.

—Eso es imposible —dije—. Yo... yo viví ahí. Habría olido... habría notado...

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en ese apartamento?

—Hace cuatro días. Cuando vine a recoger cosas.

—¿Y antes de eso?

—Estuve en el hospital tres días. Y antes... vivía ahí.

—¿Notó el olor antes?

—No. Bueno... había un olor extraño hace una semana. Pero pensé que venía del apartamento de Carmen.

El policía anotó algo.

—¿Carmen?

—Mi vecina. Del 5B.

—¿Y dónde está ella ahora?

—En el hospital. Intento de suicidio.

El policía intercambió miradas con su compañero.

—Voy a necesitar que todos bajen. Esto es una escena de crimen ahora.

—¿Escena de crimen? —Mi voz sonó histérica—. ¿De qué está hablando? ¡Yo no puse nada ahí!

—No la estoy acusando, señorita. Pero necesito que baje mientras procesamos la escena.

—¿Quién... quién está ahí dentro?

—No lo sé todavía. Está muy... descompuesto. Necesitaremos autopsia y dental para identificación.

Marta me agarró del brazo.

—Vamos, Laura. Bajemos.

Me dejé llevar.

En el portal había más policías llegando. Cinta amarilla. Vecinos mirando.

—No lo entiendo —seguí repitiendo—. No lo entiendo. ¿Cómo llegó un cuerpo a mi armario? ¿Quién...?

—Laura. —Marta me hizo mirarla—. Respira. Respira.

Respiré. Pero no ayudó.

Porque estaba empezando a entender.

Los tres días que estuve inconsciente en el hospital.

Carmen tenía llave de mi apartamento.

Carmen estuvo en mi apartamento. Limpiando. Organizando.

¿Qué más hizo?

—No —murmuré—. No, no, no...

—¿Qué? —Marta—. ¿Qué pasa?

—Carmen. Ella... ella tuvo acceso. Durante tres días.

—¿Crees que Carmen puso un cuerpo en tu armario?

—No lo sé. Pero... ¿quién más?

—Laura, eso es... eso es una acusación muy seria.

—Lo sé. Pero todo lo demás que hizo también lo era.

Un detective salió del edificio. Hombre de unos cincuenta. Traje arrugado. Expresión cansada.

—¿Laura Vega?

—Sí.

—Detective Ruiz. —Mostró su placa—. Necesito hacerle algunas preguntas.

—¿Ya saben quién es? ¿El cuerpo?

—Todavía no. Pero tengo algunas preguntas sobre su apartamento. ¿Cuándo fue la última vez que abrió ese armario?

—Hace cuatro días. Cuando vine a recoger ropa.

—¿Y notó algo extraño?

—No. Bueno... el apartamento había sido limpiado. Por mi vecina. Mientras yo estaba en el hospital.

—¿Su vecina tuvo acceso a su apartamento?

—Sí. El administrador le dio una llave.

—¿Y usted le dio permiso?

—No. Pero estaba inconsciente. No podía dar permiso.

El detective anotó.

—¿Sabe si alguien más tuvo acceso?

—No lo sé. Carmen fue la que limpió. Pero no sé si alguien más entró.

—¿Carmen es...?

—Carmen Ruiz. Mi vecina del 5B. Está en el hospital ahora. Gregorio Marañón.

—¿Alguna razón por la que su vecina querría... colocar algo en su apartamento?

Vacilé.

Esto sonaba demente. Absolutamente demente.

Pero la verdad a veces sonaba así.

—Hay una historia larga. Muy larga. De acoso. Manipulación. Yo estaba a punto de ir a la policía esta mañana con evidencia cuando...

—¿Evidencia de qué?

—De que Carmen me estaba drogando. Entrando en mi apartamento sin permiso. Intentando controlar mi vida.

El detective me miró durante largo rato.

—¿Tiene esa evidencia con usted?

—Sí. En mi bolso.

—Voy a necesitar verla. Toda.

—¿Me cree?

—No sé qué creer todavía. Pero si hay un cuerpo en su apartamento, y su vecina tuvo acceso ilimitado durante tres días... necesito investigar todas las posibilidades.

Saqué mi portátil. Le mostré el documento.

El detective lo leyó en silencio.

Cuando terminó, su expresión era difícil de leer.

—Esto es... extenso.

—Es todo verdad.

—No digo que no lo sea. Pero entenderá que estas son acusaciones muy serias.

—Lo sé.

—¿Tiene copias de esto?

—Sí. En la nube.

—Bien. Voy a necesitar que venga a la comisaría. Para una declaración formal. Y probablemente necesitará un abogado.

—¿Soy sospechosa?

—Es su apartamento. Hasta que sepamos quién es la víctima y cómo murió, todos son sospechosos.

—Yo no maté a nadie.

—Eso espero. Pero necesitamos seguir el protocolo.

Me llevaron a la comisaría.

Pasé cuatro horas ahí. Respondiendo preguntas. Repitiendo mi historia una y otra vez.

Dónde estuve. Cuándo. Con quién.

Qué sabía sobre Carmen. Sobre Sofía. Sobre Elena.

Sobre todo.

Cuando finalmente me dejaron ir, era de noche.

—No salga de la ciudad —dijo el detective—. Vamos a necesitar hablar con usted otra vez.

—¿Puedo volver al hotel?

—Sí. Pero su apartamento es una escena de crimen. No puede entrar por ahora.

—No quiero entrar nunca más.

El detective asintió.

—Entendible.

Me fui.

Afuera de la comisaría, Beatriz me esperaba.

—Laura. Escuché lo que pasó. ¿Estás bien?

—No. Nada está bien. Hay un cuerpo en mi apartamento. Y creo que tu madre lo puso ahí.

—Lo sé. El detective me llamó. Fui al hospital a hablar con mi madre.

—¿Y?

—Y dice que no sabe nada. Que sí limpió tu apartamento, pero que no vio nada extraño. Que el armario estaba cerrado. Que no lo abrió.

—Miente.

—Probablemente. Pero sin evidencia...

—Beatriz, ¿quién crees que está en ese armario?

Beatriz me miró con ojos llenos de lágrimas.

—No lo sé. Pero tengo miedo de saberlo.

—¿Elena?

—Elena está viva. Me escribió esta mañana.

—¿Entonces quién?

—No lo sé. Pero Laura... hay algo que necesitas saber. Sobre mi madre. Sobre su pasado.

—¿Qué?

—Mi padre no murió de cáncer. Esa es la historia que mi madre cuenta. Pero la verdad es... nadie sabe cómo murió. Lo encontraron muerto en casa. La autopsia no fue concluyente. Y mi madre... mi madre fue la única que estuvo con él.

—¿Crees que lo mató?

—No lo sé. Nunca quise creerlo. Pero ahora... con Sofía. Con lo que te hizo a ti. Con un cuerpo apareciendo en tu apartamento...

—¿Crees que es capaz de matar?

Beatriz no respondió.

Pero la respuesta estaba en sus ojos.

Sí.

Carmen era capaz de matar.

Y yo había sido su próximo objetivo.

CAPÍTULO 18

EL TRASTERO

No pude volver al hotel.

No podía estar sola. No después de esto.

Beatriz me llevó a un café abierto las 24 horas. Pedimos algo. Café que ninguna bebió.

—Necesitas quedarte conmigo esta noche —dijo Beatriz—. Tengo una habitación de hotel. Dos camas.

—No quiero molestar.

—No es molestia. Y no deberías estar sola ahora mismo.

Tenía razón.

Pero antes de irnos, mi móvil sonó.

Detective Ruiz.

—Señorita Vega, necesito que vuelva al edificio.

—¿Por qué?

—Encontramos algo más. En el trastero del sótano. El que está registrado a su nombre.

El trastero.

Donde había visto las palabras escritas en la pared hacía... ¿cuánto? ¿Una semana? ¿Dos? El tiempo se había vuelto borroso.

—¿Qué encontraron?

—Preferiría mostrárselo en persona. ¿Puede estar aquí en treinta minutos?

—Sí.

Beatriz me llevó de vuelta al edificio.

Había más policía ahora. Más cinta amarilla. Una furgoneta forense.

El detective nos esperaba en el portal.

—Señorita Vega. —Me miró a mí y luego a Beatriz—. ¿Y usted es...?

—Beatriz Ruiz. Hija de Carmen Ruiz. Y amiga de Laura.

El detective asintió.

—Señorita Ruiz, voy a necesitar que se quede aquí arriba. Solo la señorita Vega.

—Estaré esperando —dijo Beatriz.

Seguí al detective al sótano.

La luz fluorescente parpadeaba. El aire era frío y húmedo.

Había dos técnicos forenses en el pasillo. Tomando fotos. Documentando.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en su trastero? —preguntó el detective.

—Hace como diez días. Bajé a tirar la basura y... y lo revisé. Estaba vacío. Excepto por...

—¿Excepto por qué?

—Por tierra. Y había palabras escritas en la pared.

—¿Qué palabras?

—'Salir'. Repetido muchas veces.

El detective me miró con expresión inescrutable.

—¿Y no reportó eso?

—Pensé que... pensé que lo había escrito yo. Durante uno de mis episodios. No sabía que...

—Venga.

Me llevó hacia el trastero 5A.

La puerta estaba abierta. Más técnicos dentro. Cámaras. Luces brillantes.

—Prepárese —dijo el detective.

Entré.

Y me quedé helada.

Las palabras seguían ahí.

SALIR SALIR SALIR SALIR

Cubriendo toda la pared del fondo.

Pero ahora podía ver que no era barro.

Era sangre.

Sangre seca, marrón oscuro, pero definitivamente sangre.

Y había más.

En el suelo, marcas de arrastre. Como si algo pesado hubiera sido movido.

Y en la esquina...

Pelo.

Mechones de pelo oscuro. Arrancados. Con raíces.

—Dios mío —susurré.

—¿Reconoce esto? —El detective señaló el pelo.

—No. Yo... no.

—¿Alguna vez vio a alguien más usar este trastero?

—No. Tiene candado. Mi candado.

—Que encontramos abierto cuando bajamos.

—Pero yo... yo lo cerré. La última vez que estuve aquí, lo cerré.

—¿Está segura?

No lo estaba.

Ya no estaba segura de nada.

—¿Qué cree que pasó aquí? —pregunté.

El detective no respondió directamente.

—Los análisis de sangre nos dirán más. Pero basándonos en el volumen y el patrón... alguien estuvo aquí. Vivo. Durante algún tiempo. Y luego...

—¿Y luego qué?

—Y luego fue movido. Probablemente al armario de su apartamento.

—¿Cree que los mataron aquí?

—Es posible. O los mantuvieron aquí. Y los mataron en otro lugar.

Miré las palabras otra vez.

SALIR

Alguien había estado atrapado aquí. Escribiendo con su propia sangre. Suplicando escapar.

Y yo había estado en el edificio. Viviendo mi vida. Sin saber que alguien estaba...

—Voy a vomitar.

Salí corriendo del trastero. Llegué al contenedor de basura justo a tiempo.

Vomité hasta que no quedó nada en mi estómago.

El detective esperó. Paciente.

Cuando terminé, me ofreció un pañuelo.

—¿Quién cree que es? —pregunté con voz temblorosa—. El cuerpo.

—Todavía no lo sabemos. Pero tenemos algunas teorías.

—¿Cómo cuáles?

—Prefiero esperar a la identificación formal antes de especular.

—¿Cuánto tardarán?

—Dental puede tomar días. ADN, semanas. A menos que...

—¿A menos que qué?

—A menos que alguien reporte una desaparición que coincida con el marco temporal.

—¿Y alguien lo hizo?

El detective dudó.

—Estamos comprobando archivos. Pero sí, hay una desaparición reportada hace seis meses que podría encajar.

—¿Quién?

—Una mujer. Veintinueve años. Vivía en este edificio.

Se me cortó la respiración.

—¿En qué apartamento?

—En el 5A.

No.

No no no.

—¿Cómo se llamaba?

—Preferiría no...

—¿CÓMO SE LLAMABA?

El detective suspiró.

—Ana Moreno. Vivió en el 5A de enero a junio de este año. Desapareció en junio. Sin rastro.

—¿Y nadie pensó en buscarla... aquí?

—Buscamos en su apartamento en ese momento. Pero estaba vacío. No había señales de lucha. Todos sus objetos personales habían sido sacados. Parecía que se había mudado.

—¿Quién reportó la desaparición?

—Su madre. Dijo que Ana había dejado de contestar llamadas. Que eso era inusual.

—¿Y la investigaron?

—Sí. Pero sin evidencia de crimen, sin cuerpo, sin testigos... fue archivado como adulto desaparecido voluntariamente.

—¿Nadie habló con Carmen?

—¿La vecina del 5B?

—Sí.

—Sí. Hablamos con ella. Dijo que Ana se había mudado de repente. Que parecía estar bien. Que no notó nada extraño.

—¿Y le creyeron?

—No teníamos razón para no creerle.

—¿Tenía historial de Ana? ¿Sabían que había vivido en el 5A antes?

—No. ¿Por qué lo haríamos?

—Porque hay un patrón. Elena Mora en 2018. Ana Moreno en 2024. Sofía en 2020. Yo ahora. Todas en el 5A. Todas jóvenes. Todas con problemas de salud mental. Todas siendo 'ayudadas' por Carmen.

El detective sacó su libreta.

—Cuénteme más sobre ese patrón.

Le conté todo.

Elena. Sofía. Ana. Yo.

Cuatro mujeres. Mismo apartamento. Misma vecina obsesiva.

Elena escapó. Sofía murió. Ana desapareció.

Y yo...

Yo había estado a punto de ser la siguiente.

—Necesito hablar con Carmen Ruiz —dijo el detective cuando terminé—. Inmediatamente.

—Está en el hospital.

—Lo sé. Pero si esto es lo que parece... no puede esperar.

—¿Qué es lo que parece?

El detective me miró directamente.

—Parece asesinato. Posiblemente asesinatos múltiples. Y su vecina es la principal sospechosa.

Me dejaron ir con instrucciones estrictas de no hablar con Carmen. No contactarla. No acercarme a ella.

Beatriz me esperaba en el portal. Pálida. Temblorosa.

—¿Qué encontraron?

—Creen que el cuerpo podría ser de Ana Moreno. Otra inquilina del 5A. Desapareció hace seis meses.

—Dios mío.

—Y hay evidencia en el trastero. Sangre. Pelo. Señales de que alguien estuvo atrapado ahí.

—Laura... si mi madre hizo esto... si realmente mató a esa mujer...

—La policía va a hablar con ella. Esta noche.

Beatriz se llevó las manos a la cara.

—No puedo creer que... que mi propia madre sea capaz de...

—¿De verdad no puedes? Porque tú fuiste quien me advirtió. Quien me dijo que tuviera cuidado.

—Lo sé. Pero había una diferencia entre sospechar y saber. Entre temer y confirmar.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. —Beatriz me miró con ojos llenos de lágrimas—. Es mi madre. Pero si hizo esto... no puedo protegerla.

—No deberías.

—Lo sé. Pero es... es complicado.

—No. No lo es. Si mató a Ana, si estuvo a punto de matarme a mí, no hay nada complicado.

—Tienes razón. —Beatriz se limpió los ojos—. Tienes razón. Vamos. Necesitas descansar.

Fuimos a su hotel. Habitación doble. Impersonal. Segura.

Me duché. Me puse ropa limpia que Beatriz me prestó.

Me tomé las pastillas. Media dosis. Ya ni siquiera sabía si eran las correctas o si importaba.

Me acosté.

Pero no pude dormir.

Cada vez que cerraba los ojos veía las palabras.

SALIR SALIR SALIR

Ana Moreno escribiendo con su propia sangre. Atrapada en el trastero. Sabiendo que iba a morir.

¿Durante cuánto tiempo estuvo ahí?

¿Días? ¿Semanas?

¿Gritó? ¿Alguien la escuchó?

¿Yo la escuché?

¿Eran sus gritos los que había confundido con ruidos del edificio?

La culpa me aplastó.

—No fue tu culpa —dijo la voz.

Hacía horas que no la escuchaba. Casi me había olvidado de ella.

—Estaba ahí. En el edificio. Podría haberla salvado.

—No sabías. No tenías forma de saber.

—Debí haber sabido. Debí haber prestado más atención. Debí haber...

—¿Qué? ¿Revisar cada trastero del edificio? ¿Investigar cada ruido extraño?

—Algo. Debí hacer algo.

—Hiciste lo que pudiste. Sobreviviste. Eso es más de lo que Ana pudo hacer.

—Eso no me hace sentir mejor.

—No debería. Pero tampoco deberías culparte por los crímenes de Carmen.

La voz tenía razón.

Pero aun así...

—¿Crees que planeaba hacerme lo mismo? —pregunté—. ¿Encerrarme en el trastero? ¿Matarme?

—Probablemente. Si no te hubieras ido cuando lo hiciste.

—¿Y el cuerpo en mi armario? ¿Por qué lo puso ahí?

—Incriminación. Si te encontraban con un cuerpo en tu apartamento, todas tus acusaciones contra ella parecerían locura. Paranoia. Proyección.

—Es brillante. De forma retorcida.

—Carmen es muchas cosas. Pero nunca ha sido tonta.

Me quedé en silencio.

—¿Por qué no hablaste en todo el día? —pregunté finalmente.

—Porque no me necesitabas. Estabas manejándolo bien sola.

—No se siente así.

—Pero lo estabas. Le dijiste a la policía la verdad. Confiaste en Beatriz. Dejaste que te ayudaran. Eso es progreso.

—¿Progreso hacia qué?

—Hacia estar completa. Hacia no necesitarme tanto.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que no te necesite?

La voz hizo una pausa.

—Yo existo para protegerte. Cuando estés lo suficientemente fuerte para protegerte sola, mi trabajo estará hecho.

—¿Y entonces qué? ¿Desapareces?

—Nos integramos. Nos volvemos una. Como deberíamos haber sido siempre.

—No sé si quiero eso.

—Todavía no. Pero algún día lo querrás.

Me giré en la cama. Beatriz dormía en la cama de al lado. Respiración profunda. Inconsciente.

—¿Crees que la policía arrestará a Carmen? —susurré.

—Si tienen suficiente evidencia, sí.

—¿Y si no la tienen?

—Entonces tendrás que cuidarte tú misma.

—¿Cómo?

—Ya sabes cómo.

No. No quería saber.

Cerré los ojos y me obligué a dormir.

Me desperté a las seis de la mañana con mi móvil vibrando.

Detective Ruiz.

—¿Diga?

—Señorita Vega, necesito informarle de algo. Carmen Ruiz fue interrogada anoche. Niega todo. Dice que nunca estuvo en su trastero. Que solo limpió su apartamento, no tocó el armario. Que no sabe nada de Ana Moreno.

—¿Y ustedes le creen?

—No es cuestión de creer. Es cuestión de evidencia. Y ahora mismo, no tenemos suficiente para arrestarla.

—¿Qué? ¿Cómo?

—El cuerpo no ha sido identificado formalmente. La sangre en el trastero podría ser de cualquiera. El pelo, mismo. Sin ADN que lo conecte directamente a Carmen...

—¿Entonces qué? ¿La dejan ir?

—Todavía no. Pero no podemos detenerla indefinidamente sin cargos.

—Ella lo hizo. Lo sé.

—Probablemente. Pero saber y probar son cosas diferentes.

—¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa si sale y...?

—Le sugerimos fuertemente que se mantenga alejada de usted. Y tenemos una orden de alejamiento temporal en proceso. Pero...

—Pero no es garantía.

—No. No lo es.

Colgué.

Beatriz se había despertado. Me miraba con preocupación.

—¿Qué pasó?

—Van a dejarla ir. No tienen suficiente evidencia.

—Mierda.

—Mierda es quedarse corto.

Beatriz se sentó en su cama.

—Tengo que preguntarte algo. Y necesito que seas honesta.

—¿Qué?

—¿Alguna vez... durante tus episodios... es posible que hicieras algo? ¿Algo que no recuerdes?

Me quedé helada.

—¿Me estás preguntando si yo maté a Ana?

—No. Dios, no. Pero... ¿es posible que vieras algo? ¿Que supieras algo? ¿Y que lo bloquearas?

—No lo sé. Ya no sé qué hago durante esos períodos.

—Porque si viste algo, si sabes algo que podría ayudar...

—No recuerdo nada útil. Solo fragmentos. Despertarme en lugares extraños. Pero nunca... nunca vi a Ana. Nunca supe que existía hasta anoche.

—Vale. Está bien. Solo... tenía que preguntar.

Nos quedamos en silencio.

—¿Qué hago ahora? —pregunté finalmente.

—Te quedas conmigo. Hasta que sepamos más. Hasta que la policía haga su trabajo.

—¿Y si no lo hacen? ¿Y si la dejan ir y ella...?

—Entonces nos ocuparemos de eso cuando pase.

Pero yo sabía la verdad.

Si Carmen salía libre.

Si volvía.

Una de nosotras no sobreviviría al próximo encuentro.

Y tenía que asegurarme de que no fuera yo.

Mi móvil vibró otra vez.

Número desconocido.

No lo contesté.

Mensaje de voz.

Lo escuché.

La voz de Carmen. Débil. Cansada.

"Laura, sé que la policía te dijo que no me contactaras. Pero necesito que sepas la verdad. No hice lo que piensan. No maté a Ana. No te haría daño. Nunca. Por favor, créeme. Por favor..."

La voz se quebró. Sollozos.

Luego:

"Sé quién lo hizo. Sé quién mató a Ana. Sé quién escribió esas palabras en el trastero. Pero nadie me creerá si te lo digo. Así que necesito que vengas. Al hospital. Para que pueda explicarte. Para que puedas entender. Por favor, Laura. Por favor. Antes de que sea demasiado tarde."

Fin del mensaje.

Beatriz me miraba.

—Era ella, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Que es inocente. Que sabe quién lo hizo. Que necesito ir al hospital para que me lo explique.

—No puedes ir. Es una trampa.

—Lo sé.

—¿Verdad?

—Sí. Por supuesto. Es obvio.

Pero la voz en mi cabeza decía algo diferente.

¿Y si está diciendo la verdad? ¿Y si hay alguien más? ¿Y si has estado culpando a la persona equivocada todo este tiempo?

—No —dije en voz alta.

—¿No qué? —preguntó Beatriz.

—Nada. Solo... pensando en voz alta.

Pero la semilla de la duda había sido plantada.

Y no importaba cuánto intentara ignorarla.

Seguía ahí.

Creciendo.

CAPÍTULO 19

LA VERDAD

Pasé el día en la habitación del hotel con Beatriz.

Ella tenía que trabajar remotamente. Llamadas con Barcelona. Emails. Vida normal continuando a pesar del caos.

Yo intenté hacer lo mismo. Revisar proyectos pendientes. Responder a clientes.

Pero no podía concentrarme.

El mensaje de Carmen resonaba en mi cabeza.

"Sé quién lo hizo."

¿Quién más podría haber sido?

Elena estaba viva. En otra ciudad.

Sofía estaba muerta.

Ana era la víctima.

Eso solo dejaba a...

No.

No podía ser.

Pero la voz no se callaba.

¿Estás segura de que sabes todo lo que hiciste durante esos episodios? ¿Absolutamente segura?

—Para —murmuré.

Beatriz levantó la vista.

—¿Dijiste algo?

—No. Solo... hablando sola.

Beatriz me miró con preocupación pero no dijo nada.

A las tres de la tarde ya no podía más.

—Necesito salir —dije—. A caminar. Aire fresco.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. Estoy bien. Solo necesito... espacio.

—¿Prometes no ir al hospital?

—Lo prometo.

Salí del hotel.

Caminé sin rumbo. Retiro. Atocha. Lavapiés.

Intentando aclarar mi cabeza.

Pero con cada paso, la duda crecía.

¿Y si Carmen decía la verdad?

¿Y si había alguien más?

¿Y si ese alguien era... yo?

No. Eso era ridículo.

Yo no había matado a Ana.

No recordaba haberla conocido siquiera.

Pero eso era el problema, ¿verdad?

No recordaba.

No recordaba muchas cosas.

—Necesitamos hablar —dijo la voz. Más fuerte que nunca—. Realmente hablar. Sin interrupciones.

—No ahora.

—Sí, ahora. Porque si no lo hacemos, vas a volverte loca preguntándote.

—Ya estoy loca. Es diagnóstico oficial.

—No estás loca. Estás fracturada. Y es hora de que entiendas por qué.

Me detuve en medio de la calle. Gente pasándome. Mirándome raro.

—¿Qué quieres de mí?

—Que escuches. Que realmente escuches. Sin juzgar. Sin rechazar.

—Estoy escuchando.

—No aquí. Ve a algún lugar tranquilo. Privado.

Busqué alrededor.

Había un parque cerca. Casi vacío a esta hora.

Encontré un banco apartado. Me senté.

—Estoy sola. Habla.

—Bien. Voy a contarte una historia. La historia de cómo naciste.

—Yo sé cómo nací.

—No. Sabes la versión que te contaron. La versión que aceptaste. Pero no la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdad es que yo existí primero. Yo era la original. Y tú... tú fuiste creada para esconderme.

—Eso no tiene sentido.

—¿No? Piensa. ¿Cuál es tu primer recuerdo real? No cosas que te contaron. No fotos. Recuerdo real.

Pensé.

Mi primer recuerdo era... ¿qué?

Tenía once años. En terapia. La psicóloga preguntándome cómo me sentía.

¿Y antes de eso?

Nada claro. Solo fragmentos. Sensaciones.

—No recuerdo mucho antes de los once.

—Exacto. Porque tú no existías antes de los once. Yo sí.

—Eso es... eso es imposible.

—No lo es. Se llama Trastorno de Identidad Disociativo. Aunque nunca te lo diagnosticaron formalmente porque para cuando llegaste a terapia, yo ya me había escondido lo suficientemente bien.

—¿Por qué? ¿Por qué te esconderías?

—Porque lo que pasó... lo que nos pasó... era demasiado. Demasiado para una niña. Así que me volví dura. Violenta. Protectora. Y eso asustaba a la gente. Asustaba a tu madre. Asustaba a los doctores.

—¿Qué pasó?

Silencio.

Luego, suavemente:

—Tu padre. Nuestro padre.

—No.

—Sí. Desde que tenías... que teníamos... seis años. Hasta los nueve.

—Eso no es verdad. Mi padre nunca...

—¿Por qué crees que tus padres se divorciaron cuando tenías nueve? ¿Por qué crees que nunca lo volviste a ver?

—Porque... porque se mudó. Porque...

No tenía respuesta.

Nunca había cuestionado por qué mi padre desapareció de mi vida.

Solo... lo acepté.

—Yo lo detuve —continuó la voz—. Esa última noche. Cuando volvió a tu cuarto. Cuando intentó... yo tomé control. Por primera vez completamente. Y le rompí la nariz con tus puños de nueve años.

—No.

—Golpeé y golpeé hasta que tu madre entró y me apartó. Y tu padre se fue. Y nunca volvió. Y tu madre te miró con miedo. No con compasión. Con miedo.

—Para. Por favor.

—Porque no fui yo quien lloró después. Fuiste tú. Laura apareció esa noche. Llorando. Confundida. Sin recordar lo que había pasado. Sin recordar años de abuso. Solo sabiendo que algo estaba mal.

—Esto no puede ser verdad.

—Tu madre te llevó a terapia. Te diagnosticaron trauma. Te dieron pastillas para ayudarte a dormir. A olvidar. A ser normal. Y funcionó. Tan bien que incluso tú olvidaste que alguna vez habías sido diferente.

—¿Entonces tú qué? ¿Desapareciste?

—Me quedé dormida. Bajo las pastillas. Bajo la terapia. Bajo tu necesidad de ser la buena chica que todos querían que fueras. Y Laura creció. Fue a la escuela. Tuvo novio. Se casó. Vivió una vida... hasta que el estrés se volvió demasiado.

—¿El divorcio?

—El divorcio. La mudanza. El aislamiento. Todo junto. Las grietas empezaron a aparecer. Y yo empecé a despertar.

Me quedé en silencio.

Procesando.

¿Era posible?

¿Todo este tiempo había sido... qué? ¿Una personalidad creada? ¿Una fachada?

—No te creo.

—¿No? Entonces explícame esto: ¿por qué no tienes recuerdos claros antes de los once? ¿Por qué cuando intentas recordar tu infancia solo ves imágenes borrosas? ¿Por qué tu madre siempre cambió de tema cuando preguntabas sobre tu padre?

—Trauma. Memoria represada.

—Exacto. Represada por mí. Para protegerte. Para protegernos.

—¿Y los arañazos? ¿Las salidas nocturnas? ¿Eras tú?

—Sí. Intentando salir. Intentando advertirte sobre Carmen. Intentando protegerte cuando tú no te protegías.

—¿Y el cuchillo? ¿Frente a la puerta de Carmen?

—Ese... ese no fui yo.

—¿Qué?

—Ese fuiste tú. O... algo entre nosotras. Un momento de rabia pura que ninguna controlaba completamente.

—Eso no tiene sentido.

—Tiene perfecto sentido. Estamos fragmentadas. A veces las líneas se difuminan. A veces ninguna está en control completo.

—¿Y Ana? ¿La matamos?

La voz se quedó en silencio durante largo rato.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Porque hay períodos que yo tampoco recuerdo. Momentos donde ninguna de las dos estaba consciente. Donde algo más... alguien más... tomaba control.

Se me heló la sangre.

—¿Alguien más? ¿Cuántas somos?

—No lo sé. Dos definitivamente. Tú y yo. Pero a veces siento... otras. Fragmentos. Ecos.

—Dios mío.

—Por eso necesitas dejar las pastillas. Completamente. Para que podamos integrarnos. Para que podamos ver la imagen completa.

—¿Y si la imagen completa es que soy una asesina?

—Entonces al menos lo sabrás. Y podrás decidir qué hacer con esa información.

—¿Decidir qué? ¿Entregarme?

—Si es necesario. Pero primero necesitas la verdad. La verdad completa. No versiones filtradas por pastillas y médicos y gente como Carmen.

Tenía razón.

Maldita sea, tenía razón.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ir al hospital. Hablar con Carmen. Escuchar lo que tiene que decir. Ella sabe algo. Algo que nosotras no.

—La policía dijo que no me acercara.

—La policía no tiene todas las respuestas. Y si no hacemos esto, si no descubrimos la verdad, nunca estaremos completas. Nunca estarás a salvo.

—¿A salvo de qué? ¿De Carmen? ¿De mí misma?

—De ambas. Y de lo que sea que hicimos. O no hicimos. Pero necesitas saber.

Me levanté del banco.

Mi móvil vibró.

Mensaje de Beatriz.

"¿Dónde estás? Estoy preocupada."

Respondí:

"Estoy bien. Necesito hacer algo. Volveré pronto."

"¿Qué necesitas hacer?"

No respondí.

Porque si le decía que iba al hospital, intentaría detenerme.

Y no podía dejar que eso pasara.

Necesitaba la verdad.

Aunque me destruyera.

El Hospital Gregorio Marañón estaba a veinte minutos en metro.

Llegué a las cinco de la tarde. Hora de visitas.

Pregunté en recepción.

—Carmen Ruiz. Pabellón psiquiátrico.

La recepcionista revisó el sistema.

—Está en observación. Solo familia puede visitarla.

—Soy su sobrina.

—¿Nombre?

—Laura Vega.

La recepcionista frunció el ceño.

—No está en la lista de visitantes aprobados.

—Por favor. Es importante. Urgente.

—Lo siento. Sin autorización de la paciente o del médico tratante, no puedo...

—Yo la autorizo.

Me giré.

Beatriz estaba ahí. Cara de preocupación y rabia.

—Te seguí —dijo—. Sabía que vendrías.

—Beatriz, yo...

—No. No te molestes. Entiendo por qué necesitas hacer esto. —Miró a la recepcionista—. Ella puede entrar. Es familia. Yo me hago responsable.

La recepcionista suspiró.

—Habitación 412. Cuarta planta. Quince minutos máximo.

Subimos en el ascensor en silencio.

—No tenías que venir —dije finalmente.

—Sí tenía. Porque si mi madre intenta manipularte otra vez, necesitas alguien que te recuerde la verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Que es una mentirosa. Una manipuladora. Y posiblemente una asesina.

—¿Y si no lo es?

Beatriz me miró.

—¿Realmente crees eso? ¿Después de todo?

—No lo sé. Ya no sé qué creer.

—Entonces escucha. Pero no creas. Hay una diferencia.

Cuarta planta.

Pabellón psiquiátrico.

Igual que el que había estado hace días. Paredes blancas. Olor a desinfectante. Silencio institucional.

Habitación 412.

Toqué la puerta.

—Adelante.

Abrí.

Carmen estaba en la cama. Más vieja de lo que recordaba. Más pequeña. Conectada a monitores. Sin maquillaje. Sin fachada.

Solo una mujer mayor. Cansada. Rota.

—Laura. —Sus ojos se iluminaron—. Viniste.

—No tengo mucho tiempo.

—Lo sé. Lo sé. —Miró a Beatriz—. Gracias por traerla.

—No la traje. Ella vino. Yo solo... supervisé.

Carmen asintió.

—Siéntense. Por favor.

Nos sentamos. Beatriz a mi lado. Carmen en la cama frente a nosotras.

—Dijiste que sabías quién lo hizo —empecé—. Quién mató a Ana.

—Sí. Pero necesitas entender el contexto primero. Necesitas saber toda la historia.

—Entonces cuéntala.

Carmen respiró profundo.

—Ana llegó al 5A en enero. Como tú. Como Sofía. Joven. Sola. Con problemas.

—¿Y te obsesionaste con ella?

—Intenté ayudarla. Sí. Pero Ana era... diferente. Más cerrada. Más paranoica desde el principio.

—Con razón. Después de lo que les hiciste a las demás.

—No les hice nada malo. Intenté salvarlas.

—Sofía está muerta.

—¡Porque se rindió! Porque no dejó que la ayudara completamente.

—O porque la empujaste demasiado lejos.

Carmen bajó la cabeza.

—Quizá. Quizá tienes razón. Pero con Ana... yo no hice nada. Porque Ana nunca me dejó acercarme. Me evitaba. Ni siquiera aceptaba comida.

—¿Entonces cómo sabes lo que le pasó?

—Porque la escuchaba. Por las noches. A través de las paredes. Hablando. Gritando. Discutiendo con alguien.

—¿Con quién?

—Consigo misma. —Carmen me miró directamente—. Como tú, Laura. Ana tenía lo mismo que tú.

—¿Disociación?

—Personalidades múltiples. Podía escuchar dos voces diferentes. A veces tres. Discutiendo. Peleando. Y una de ellas... una de ellas era violenta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque una noche escuché gritos. Y luego silencio. Y luego... ruidos. Como algo siendo arrastrado.

—¿Y no llamaste a la policía?

—Lo hice. Al día siguiente. Cuando no respondía. Pero para cuando llegaron, el apartamento estaba vacío. Limpio. Como si Ana se hubiera mudado.

—¿Y el cuerpo?

—Estaba escondido. En el trastero. Donde su otra personalidad lo había puesto.

—Eso es... eso es una locura.

—¿Lo es? —Carmen se inclinó hacia adelante—. Laura, ¿qué hacías tú durante tus episodios? ¿Dónde ibas? ¿Qué hacías?

—No lo sé.

—Exacto. No lo sabes. Y Ana tampoco sabía. Hasta que fue demasiado tarde.

—¿Estás diciendo que Ana se mató a sí misma?

—Estoy diciendo que una parte de Ana mató a la otra parte. Y luego escondió el cuerpo. Y luego... desapareció.

—¿Adónde?

—No lo sé. Quizá se fue. Empezó una nueva vida como la personalidad dominante. O quizá...

—¿Quizá qué?

Carmen me miró con ojos llenos de lágrimas.

—O quizá esa personalidad sigue aquí. En Madrid. Buscando otra víctima.

—Eso no tiene sentido.

—¿No? Entonces explícame cómo el cuerpo terminó en tu armario. Cuando solo tú y yo teníamos acceso.

—Tú lo pusiste ahí. Para incriminarme.

—¿Por qué haría eso? ¿Qué ganaría?

—Control. Poder. Confirmar que estoy loca.

—Laura, yo no moví ese cuerpo. Pero alguien lo hizo. Alguien con acceso a tu apartamento. Alguien que conocía el trastero.

—Tú tenías llave.

—Y tú también.

—Yo estaba en el hospital.

—¿Todo el tiempo? ¿Cada minuto de esos tres días?

Dudé.

Porque no lo sabía.

No recordaba esos tres días.

Solo despertar al final.

—Esto es ridículo —dijo Beatriz—. Laura estaba sedada. Inconsciente.

—¿Estás segura? —Carmen miró a su hija—. ¿O eso es lo que los doctores dijeron? ¿Verificaste las grabaciones de seguridad del hospital? ¿Sabes con certeza que Laura nunca salió?

Beatriz no respondió.

—Exacto. No lo sabes. Nadie lo sabe. Excepto Laura. Y ella no recuerda.

—Para —dije—. Para de manipular. Para de crear dudas.

—No estoy creando nada. Estoy señalando posibilidades. Posibilidades que la policía también está considerando.

—¿La policía cree que yo lo hice?

—No lo sé. Pero sé que encontraron tu ADN en el trastero. En la sangre de la pared.

Se me cortó la respiración.

—Eso es... eso es imposible.

—¿Lo es? ¿O simplemente no lo recuerdas?

—No. No. Yo no... yo no maté a Ana.

—Tú no. Pero ¿y ella? ¿La otra? ¿La violenta? ¿La que rompió la nariz de tu padre? ¿La que apareció con un cuchillo frente a mi puerta?

—Para. Para. PARA.

—Laura, escúchame. Necesitas ayuda. Ayuda real. Internamiento. Integración de personalidades. Antes de que hagas algo que no puedas deshacer.

—Ya hice algo que no puedo deshacer —susurré.

¿Verdad?

¿Había matado a Ana?

¿Era eso posible?

—No —dijo la voz en mi cabeza. Fuerte. Firme—. No lo hicimos. Ella está mintiendo. Manipulando. Como siempre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo habría recordado. Matar a alguien... eso es grande. Demasiado grande para olvidar completamente.

—¿Y si hay otra? ¿Una tercera personalidad que ninguna de las dos conoce?

La voz se quedó en silencio.

—No lo sé —admitió finalmente—. Es posible.

—Entonces, ¿qué hago?

—Sal de aquí. Ahora. No escuches más mentiras de Carmen.

—¿Y si no son mentiras?

—Entonces descubriremos la verdad por nuestra cuenta. Sin ella.

Me levanté.

—Tengo que irme.

—Laura, espera. —Carmen extendió la mano—. Si realmente quieres saber lo que pasó, hay una forma.

—¿Qué forma?

—Hipnosis. Regresión. Un profesional puede ayudarte a acceder a esos recuerdos bloqueados. A saber qué hiciste realmente.

—¿Y si no quiero saber?

—Entonces pasarás el resto de tu vida preguntándote. Y eventualmente, la duda te destruirá. Como destruyó a Ana.

Miré a Beatriz.

—¿Qué piensas?

Beatriz se quedó en silencio largo rato.

—Creo que mi madre es una mentirosa. Pero también creo que tienes que saber la verdad. Sea cual sea.

—¿Confías en mí lo suficiente para quedarte a mi lado? ¿Aunque esa verdad sea horrible?

—Sí. Pase lo que pase.

Miré a Carmen.

—Si hago esto. Si acepto la hipnosis. ¿Dejarás de perseguirme? ¿Pase lo que pase?

—Sí. Lo prometo.

—No confío en tus promesas.

—Lo sé. Pero no tienes muchas opciones.

Tenía razón.

Maldita sea, tenía razón.

—Está bien. Haré la hipnosis. Pero tú no estarás presente. Solo Beatriz. Y un terapeuta neutral. Nadie que conozcas.

—De acuerdo.

Salimos del hospital.

En el ascensor, Beatriz me miró.

—¿Estás segura de esto?

—No. Pero necesito saber. Aunque me destruya.

—Puede que no sea tan malo como piensas.

—O puede ser peor.

Las puertas se abrieron.

Salimos al aire frío de la noche.

Y por primera vez desde que todo esto empezó, sentí que me acercaba a algo.

No a respuestas.

Pero sí a la verdad.

Y la verdad, por horrible que fuera, tenía que ser mejor que la incertidumbre.

¿Verdad?

CAPÍTULO 20

FRAGMENTACIÓN

Beatriz conocía a un terapeuta. Un especialista en trauma y disociación. Dr. Marcos Sanz.

Tenía un consultorio en Chamberí. Discreto. Profesional.

Conseguimos cita para el día siguiente.

Esa noche, de vuelta en el hotel, no pude dormir.

No me atreví a tomar las pastillas. Ni siquiera media dosis.

Porque necesitaba estar lúcida. Necesitaba recordar.

Me quedé despierta hasta las tres de la mañana, mirando el techo.

—¿Sigues ahí? —pregunté a la oscuridad.

—Siempre estoy aquí —respondió la voz.

—Necesito que me digas la verdad. Toda la verdad. ¿Matamos a Ana?

—No lo sé. Honestamente no lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Porque hay momentos que están... vacíos. Para ambas. Como agujeros negros en nuestra línea temporal.

—¿Y qué pasa durante esos agujeros?

—No lo sé. Pero he estado pensando... ¿te acuerdas cuando encontraste ese cuaderno? ¿El que pensaste que era de Elena?

—Sí. La carta escondida en el armario.

—No era de Elena. Era nuestro.

—¿Qué?

—La letra se parecía a la tuya porque es tu letra. Mi letra. Nuestra letra cuando yo estoy en control.

—¿Escribiste esa carta?

—No. Pero creo que alguien lo hizo. Alguien dentro de nosotras.

—¿La tercera?

—Posiblemente.

Me senté en la cama.

—¿Dónde está ese cuaderno ahora?

—Lo dejaste en tu apartamento. En la caja donde guardabas evidencia contra Carmen.

Mierda.

Mi apartamento era una escena de crimen. No podía entrar.

Pero necesitaba ese cuaderno.

—¿Qué más hay que no me hayas dicho?

La voz dudó.

—Hay... recuerdos. Fragmentos. Que no encajan con tu narrativa. Con la historia que te has contado sobre quién eres.

—Muéstramelos.

—No funciona así. No puedo simplemente mostrártelos. Tienes que estar lista para verlos.

—Estoy lista.

—No. No lo estás. Pero mañana, con el terapeuta, con hipnosis... tal vez entonces.

—¿Y si no quiero esperar?

—Entonces cierra los ojos. Respira profundo. Y deja que los recuerdos vengan.

Lo hice.

Cerré los ojos. Respiré.

Y los recuerdos llegaron.

Pero no eran recuerdos. Eran... otra cosa.

FRAGMENTO UNO - Edad: 9 años

Estoy en mi cuarto. Noche. La puerta se abre.

Él entra. Otra vez.

Pero esta vez algo es diferente.

Esta vez no tengo miedo.

Esta vez estoy... furiosa.

"No" digo. Mi voz no suena como la mía. Más grave. Más dura.

Él se ríe. "No seas difícil, cariño."

Se acerca.

Y yo exploto.

Puños. Uñas. Dientes.

Golpeo su cara. Una vez. Dos veces. Tres.

Sangre. Hay sangre.

Su nariz hace un sonido horrible. Crack.

Grita. Cae.

Mamá entra corriendo.

Me mira.

No me mira a mí.

Mira a alguien más.

Alguien que usa mi cuerpo pero no soy yo.

Y tiene miedo.

Abrí los ojos, jadeando.

—Ese... ese fui yo.

—No. Ese fui yo. Salvándote. Salvándonos.

—Mamá tuvo miedo.

—Sí. Y ahí fue cuando empezaron las pastillas. La terapia. Los intentos de borrarnos. De borrarme a mí.

—¿Y funcionó?

—Casi. Pero nunca completamente. Siempre estuve ahí. Dormida. Esperando.

—¿Esperando qué?

—Esperando a que me necesitaras otra vez.

Otro recuerdo llegó.

FRAGMENTO DOS - Edad: 19 años

El baño de la residencia universitaria. Noche.

Tengo un bote de pastillas. No las mías. De mi compañera de cuarto.

Somníferos.

Cuento. Veinte. Treinta. Todo el bote.

Las pongo en mi mano.

Voy a hacerlo. Voy a acabar con esto.

Todo duele demasiado. La depresión. La ansiedad. Los recuerdos que no son recuerdos.

Levanto la mano hacia mi boca.

Y entonces...

Mi mano se detiene.

No la estoy deteniendo.

Algo más lo hace.

"No" dice una voz. Mi voz pero no mi voz.

Mi mano se abre. Las pastillas caen al lavabo.

"No vamos a morir. No así. No por ellos."

Y luego... vacío.

Desperté en el hospital. Me dijeron que mi compañera me encontró inconsciente.

Que había tomado solo cinco pastillas. No treinta.

Que tuve suerte.

Pero yo recordaba treinta. Treinta pastillas.

¿Dónde fueron las otras veinticinco?

—Tú me detuviste.

—Sí. Y luego tomé las pastillas del lavabo y las tiré. Dejé solo suficientes para parecer un intento. Para conseguir ayuda. Pero no suficientes para morir.

—¿Por qué?

—Porque somos supervivientes. Siempre lo hemos sido.

Más recuerdos. Viniendo más rápido ahora.

FRAGMENTO TRES - Edad: 27 años (hace seis meses)

El apartamento 5A. Recién mudada.

Pero no por primera vez.

Hay una sensación de déjà vu.

Como si hubiera estado aquí antes.

Conozco este edificio.

¿Cómo lo conozco?

Me acerco a la ventana. Miro afuera.

Y entonces veo el nombre de la calle.

Manuela Malasaña 47.

Lo he visto antes. En documentos. En... ¿dónde?

El diario.

El diario que encontré.

Que dije que era de Elena.

Pero la letra...

Bajo al sótano. Casi en trance.

Trastero 5A.

El candado está abierto.

¿Lo dejé abierto yo?

No recuerdo haberlo abierto.

Entro.

Hay algo aquí.

En la esquina.

Un cuaderno.

Lo cojo.

Lo abro.

Mi letra.

Pero no mis palabras.

Abrí los ojos otra vez.

—El cuaderno. Lo escribiste tú.

—Sí. Durante los períodos donde tomaba control. Documentaba. Como tú documentabas tu evidencia contra Carmen. Yo documentaba la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdad sobre nosotras. Sobre lo que realmente pasaba.

—¿Y Ana?

—Hay entradas sobre Ana. En el cuaderno.

—¿Qué dicen?

—No te lo puedo decir. Tienes que leerlo tú misma.

—Está en mi apartamento. No puedo entrar.

—Entonces tendrás que encontrar otra forma.

Me levanté de la cama.

Beatriz dormía profundamente en la cama de al lado.

Fui al baño. Cerré la puerta. Encendí la luz.

Me miré en el espejo.

Mi reflejo me devolvió la mirada.

¿Era yo? ¿O era ella?

¿Había alguna diferencia?

—Muéstrame más —susurré—. Muéstrame lo que necesito ver.

Mi reflejo sonrió.

Y no fui yo quien sonrió.

FRAGMENTO CUATRO - Edad: 28 años (tres meses atrás)

Estoy en el rellano del quinto piso.

Es de noche. Tres de la mañana.

Llevo... ¿qué llevo?

Ropa oscura. Guantes.

¿Por qué llevo guantes?

Me acerco al trastero 5B.

La puerta de Carmen.

Saco algo del bolsillo.

Llaves.

Pero no son mis llaves.

¿De dónde las saqué?

Abro la puerta.

Entro en el apartamento de Carmen.

Silencio. Está dormida.

Voy directo a su cocina.

Abro el cajón donde guarda... ¿cómo sé dónde guarda sus cosas?

He estado aquí antes.

Muchas veces.

Cuando ella no está.

Saco un bote de pastillas. Quetiapina.

Prescrita a Carmen.

Me llevo el bote.

Salgo.

Vuelvo al 5A.

Y entonces...

Vacío.

Desperté en mi cama. Mañana. Sin recordar nada.

—Yo robé las pastillas.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para plantarlas. Para crear evidencia contra Carmen. Para que cuando finalmente te decidieras a confrontarla, tuvieras pruebas.

—Eso es... eso es criminal.

—Eso es supervivencia.

—¿Qué más hice? ¿Qué más hiciste?

—Muchas cosas. Pero la más importante...

Otro recuerdo. Este más oscuro. Más aterrador.

FRAGMENTO CINCO - Edad: 28 años (seis semanas atrás)

El trastero del sótano.

Pero no mi trastero.

El de Ana.

5A.

Espera. Ese es mi número ahora.

Pero antes era de Ana.

Estoy dentro. La puerta cerrada detrás de mí.

Hay alguien más aquí.

No puedo ver bien. Solo una sombra.

Está... escribiendo. En la pared.

Con sangre.

Sus manos sangrando. Uñas rotas.

Escribiendo la misma palabra una y otra vez.

SALIR

Me acerco.

La sombra se gira.

Y veo su cara.

Es...

Me desperté en el suelo del baño.

Beatriz golpeando la puerta.

—¡Laura! ¡Laura, abre!

Abrí la puerta.

Beatriz entró, prendida de pánico.

—Te escuché caer. ¿Estás bien?

—No. No estoy bien.

—¿Qué pasó?

—Recuerdos. Están volviendo. Fragmentos.

—¿De qué?

—De cosas que hice. Que no recordaba haber hecho.

—¿Como qué?

—Robé pastillas de Carmen. Entré en su apartamento. Y... — Me detuve.

—¿Y qué?

—Y vi a Ana. En el trastero. Escribiendo en la pared.

Beatriz palideció.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Hace semanas. Meses. El tiempo está... confuso.

—Laura, si viste a Ana, si estuviste ahí cuando...

—No lo sé. No vi qué pasó después. El recuerdo se corta.

—Necesitas decirle a la policía.

—¿Decirles qué? ¿Que tengo recuerdos fragmentados que podrían o no ser reales? ¿Que podría haberla visto morir pero no lo recuerdo?

—Es mejor que nada.

—O me hace parecer más culpable.

Beatriz no respondió.

Porque sabía que tenía razón.

—La hipnosis —dije—. Mañana. Necesito que funcione. Necesito ver todo.

—¿Y si lo que ves es que tú...?

—Entonces al menos lo sabré. Y podré decidir qué hacer.

—¿Decidir qué? Laura, si mataste a alguien...

—Lo sé. Lo sé. Pero primero necesito estar segura.

Volvimos a la habitación.

Beatriz se acostó pero no durmió. Podía escuchar su respiración irregular.

Yo tampoco dormí.

Me quedé despierta, rebuscando en mi memoria.

Intentando encontrar más fragmentos.

Más piezas del rompecabezas.

Y las encontré.

Docenas de pequeños momentos que no encajaban.

Despertarme con tierra bajo las uñas.

Encontrar ropa que no recordaba haber comprado.

Moretones en lugares que no podía explicar.

Conversaciones que gente juraba haber tenido conmigo pero que yo no recordaba.

Todo apuntaba a lo mismo.

Había otra persona viviendo mi vida.

Haciendo cosas que yo no sabía.

Y esa persona...

Esa persona podría ser una asesina.

A las seis de la mañana me rendí.

Me levanté. Me di otra ducha.

Intenté lavarme la sensación de suciedad.

No funcionó.

Porque la suciedad estaba dentro.

En mi mente. En mi alma.

En los vacíos de mi memoria donde cualquier cosa podría esconderse.

Beatriz se levantó a las siete.

—¿Dormiste algo?

—No.

—Yo tampoco.

Desayunamos en silencio.

Café que no probamos. Tostadas que no comimos.

A las nueve salimos hacia el consultorio del Dr. Sanz.

En el taxi, Beatriz me agarró la mano.

—Pase lo que pase hoy. Pase lo que descubras. No estás sola. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Pero sabía la verdad.

Al final, todos estamos solos.

Especialmente cuando la persona de quien más necesitamos protegernos...

Es nosotros mismos.

El consultorio del Dr. Sanz era tranquilo. Moderno. Colores neutros.

Nos hizo pasar a las diez en punto.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años. Calvo. Gafas. Voz suave.

—Laura. Beatriz. Gracias por venir. Entiendo que la situación es... compleja.

—Eso es quedarse corto —dije.

—Beatriz me puso al tanto por teléfono. Pero me gustaría escuchar de ti. ¿Qué esperas conseguir hoy?

—Respuestas. Recuerdos. Saber qué hice durante los períodos que no recuerdo.

—¿Y estás preparada para esas respuestas? Incluso si son difíciles.

—No lo sé. Pero necesito intentarlo.

—De acuerdo. La hipnosis no es magia. No voy a poder forzarte a recordar nada que tu mente no esté lista para procesar. Pero puedo ayudarte a acceder a recuerdos que están bloqueados o fragmentados.

—Entiendo.

—¿Has experimentado con hipnosis antes?

—No.

—¿Tomas medicación actualmente?

—Debería. Pero dejé de tomarla hace dos días.

El doctor frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque no confío en que sean las correctas. Y porque necesito estar completamente lúcida para esto.

—Entiendo tu razonamiento, pero dejar medicación psiquiátrica abruptamente puede ser peligroso.

—Lo sé. Pero es mi decisión.

—De acuerdo. Entonces comencemos. Beatriz, puedes quedarte si Laura está de acuerdo.

—Quiero que se quede.

—Bien. Laura, siéntate en ese sillón. Ponte cómoda.

Me senté. El sillón era sorprendentemente confortable.

—Voy a guiarte a un estado de relajación profunda. En cualquier momento puedes detenernos. Solo di 'para' y te traeré de vuelta. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Cierra los ojos. Respira profundo...

Su voz se volvió un murmullo. Suave. Rítmica.

Sentí mi cuerpo relajarse. Hundirse en el sillón.

Mi mente flotando.

—Ahora vamos a viajar atrás en el tiempo. A los momentos que no recuerdas. Vamos a encontrar esos vacíos. Y vamos a iluminarlos. ¿Estás lista?

—Sí.

—Bien. Vuelve a hace seis semanas. Estás en tu edificio. En el sótano. ¿Qué ves?

Y de repente... ahí estaba.

No era un recuerdo fragmentado.

Era completo. Claro. Vívido.

Como si estuviera pasando ahora mismo.

MEMORIA RECUPERADA - Seis semanas atrás

Estoy en el sótano.

Son las dos de la mañana.

No sé cómo llegué aquí.

Llevo pijama. Pies descalzos.

Hay ruidos viniendo del trastero 5A.

Mi trastero.

Golpes. Rasguños.

Me acerco.

La puerta está cerrada. Con candado.

Pero los ruidos continúan.

Y entonces... una voz.

Débil. Desesperada.

"Por favor... ayuda... déjame salir..."

Es Ana.

Está atrapada en el trastero.

Intento abrir el candado. No tengo llave.

"¡Espera!" grito. "¡Voy a buscar ayuda!"

Corro hacia las escaleras.

Pero alguien me agarra.

Me giro.

No hay nadie.

Pero mi cuerpo se detiene.

No lo estoy deteniendo.

Algo más lo hace.

"No" dice una voz. Mi voz. Pero no yo.

"No podemos ayudarla."

"¿Qué? ¿Por qué?"

"Porque si la ayudamos, descubrirán todo. Todo lo que hicimos. Todo lo que somos."

"No entiendo."

"Tú pusiste a Ana ahí."

"¿Qué? ¡No! ¡Yo nunca...!"

"No TÚ. YO. Hace tres días. Cuando tomé control."

"¿Por qué?"

"Porque ella sabía demasiado. Porque estaba a punto de contarle a Carmen sobre nosotras. Sobre las otras."

"¿Qué otras?"

"Las otras personalidades. Las fragmentadas. Las peligrosas."

Y entonces todo se vuelve negro.

Cuando recupero la conciencia, estoy de vuelta en mi cama.

Es de mañana.

No recuerdo nada.

Excepto una sensación de culpa.

Y el sonido de alguien suplicando.

"Déjame salir... por favor... déjame salir..."

Abrí los ojos.

Estaba llorando.

El Dr. Sanz me miraba con expresión seria.

Beatriz tenía la mano en su boca. Ojos abiertos con horror.

—Yo la puse ahí —susurré—. Encerré a Ana en el trastero. Y la dejé morir.

—No fuiste tú —dijo el doctor suavemente—. Fue una personalidad alterna. No eres responsable de...

—¡Era mi cuerpo! ¡Mis manos! ¡Soy responsable!

—Laura, cálmate. Respira.

—¡No puedo calmarme! ¡Maté a alguien!

—No sabemos eso todavía. Solo sabemos que una parte de ti la encerró. No sabemos si...

—¿Si qué? ¿Si murió de hambre? ¿De deshidratación? ¿De terror?

—Laura...

—Necesito saber más. Necesito saber todo.

—¿Estás segura? Esto es extremadamente traumático.

—Estoy segura.

El doctor dudó.

—De acuerdo. Pero vamos despacio. Beatriz, ¿puedes quedarte?

—Sí. No voy a ninguna parte.

—Bien. Laura, cierra los ojos otra vez...

Y volví.

Esta vez más profundo.

Esta vez a lugares que no sabía que existían.

A recuerdos que habían sido enterrados tan profundo que ni siquiera "ella" los conocía.

A la verdad.

Toda la verdad.

Por horrible que fuera.

CAPÍTULO 21

LA LLAMADA

Los recuerdos siguieron viniendo.

Uno tras otro. Implacables.

MEMORIA RECUPERADA - Cinco semanas atrás

Bajo al sótano otra vez.

Esta vez con agua. Comida.

Voy a ayudarla. Voy a sacarla.

Pero cuando llego al trastero...

Silencio.

Ya no hay golpes. No hay súplicas.

Abro el candado. Ahora tengo la llave.

¿Cuándo conseguí la llave?

No lo sé.

Abro la puerta.

Ana está en la esquina. Inmóvil.

Me acerco.

"¿Ana?"

No responde.

Toco su hombro.

Fría. Tan fría.

Está muerta.

Empiezo a gritar.

Y entonces...

Mi cuerpo se calma. Sin que yo lo calme.

"Para de gritar" dice la voz.

"Está muerta. La mataste. La matamos."

"No, no, no..."

"Sí. Y ahora tenemos que esconderla. Antes de que alguien la encuentre."

"Tenemos que llamar a la policía."

"¿Y decirles qué? ¿Que una de tus personalidades la encerró aquí? ¿Que la dejaste morir? Te encerrarán. Para siempre."

"No me importa. Hice algo horrible."

"TÚ no hiciste nada. YO lo hice. Y yo voy a arreglarlo."

Y entonces pierdo el control completamente.

Mi cuerpo se mueve. Pero yo no lo estoy moviendo.

Arrastra a Ana. Hacia el ascensor. Hacia arriba.

Hacia el 5A.

Hacia el armario.

Levanta la tabla suelta que encontramos hace semanas.

El hueco es justo lo suficientemente grande.

Mete el cuerpo dentro.

Cierra todo.

Limpia.

Y luego...

Nada.

Desperté en mi cama. Sin recordar.

Pero con una sensación horrible.

De que algo estaba muy, muy mal.

Abrí los ojos. Jadeando.

—La escondí. Escondí el cuerpo en mi armario.

El Dr. Sanz me miraba con expresión imposible de leer.

—¿Hay más? ¿Más recuerdos?

—Sí. Pero... no quiero verlos.

—Necesitas verlos. Para entender completamente.

—No. Ya sé suficiente. Maté a Ana. Escondí su cuerpo. Eso es todo lo que necesito saber.

—¿Estás segura?

No lo estaba.

Pero no podía soportar más.

—Sí.

El doctor me trajo de vuelta. Lentamente. Con cuidado.

Cuando abrí los ojos completamente, Beatriz estaba llorando.

—Laura... Dios mío.

—Lo sé.

—Tienes que llamar a la policía.

—Lo sé.

—Ahora. Antes de que descubran por su cuenta.

—Lo sé.

Saqué mi móvil con manos temblorosas.

Busqué el número del Detective Ruiz.

Lo miré durante largo rato.

Una vez que hiciera esto, no habría vuelta atrás.

Mi vida tal como la conocía se acabaría.

Pero ¿qué vida tenía realmente?

Una vida construida sobre mentiras. Sobre fragmentos. Sobre personalidades que ni siquiera conocía.

No era vida.

Era existencia.

Y Ana...

Ana merecía justicia.

Aunque significara mi destrucción.

Presioné llamar.

Tres tonos.

—Detective Ruiz.

—Soy Laura Vega. Necesito... necesito confesar algo.

—¿Señorita Vega? ¿Dónde está? Hemos estado intentando contactarla.

—Estoy en un consultorio. Con un terapeuta. Hicimos hipnosis regresiva y yo... recuerdo. Recuerdo lo que pasó con Ana.

Silencio al otro lado.

—¿Qué recuerda exactamente?

—Que yo... que una parte de mí... la encerré en el trastero. Y cuando murió, escondí el cuerpo en mi armario.

—Señorita Vega, necesito que detenga esta conversación ahora mismo. Tiene derecho a un abogado. No debería estar...

—No me importa. Necesito decirlo. Necesito que sepa que no fue Carmen. Fui yo. Todo este tiempo fui yo.

—¿Está diciendo que mató a Ana Moreno?

Las palabras se atascaron en mi garganta.

¿Lo hice?

¿Realmente lo hice?

—Yo... una parte de mí... no lo sé. Pero la encerré. Y murió. Así que sí. Sí, la maté.

—¿Dónde está ahora?

—Calle Hortaleza 34. Consultorio del Dr. Marcos Sanz. Tercera planta.

—Quédese ahí. Voy para allá. Y señorita Vega... no diga nada más hasta que tenga representación legal.

—De acuerdo.

Colgué.

Miré a Beatriz. Luego al Dr. Sanz.

—Ya está. Lo dije.

—Laura, ¿estás segura de que querías hacer eso? —preguntó el doctor—. Los recuerdos recuperados bajo hipnosis no siempre son...

—Son reales. Lo sé. Los siento. Los veo. No son imaginación.

—Aun así, legalmente...

—No me importa lo legal. Me importa la verdad. Y la verdad es que Ana está muerta por mi culpa.

Beatriz se acercó. Me abrazó.

—No estás sola. Voy a estar contigo. Durante todo esto.

—No tienes que hacerlo.

—Sí tengo. Porque creo que eres una buena persona que hizo algo terrible mientras no estaba en control. Y eso importa.

—¿Importa? Ana sigue muerta.

—Sí. Pero la intención importa. La responsabilidad importa.

—No sé si la ley verá diferencia.

—Quizá no. Pero yo sí.

Esperamos en silencio.

El Dr. Sanz nos ofreció té. No lo tomamos.

Veinte minutos después, alguien golpeó la puerta.

El doctor abrió.

Detective Ruiz. Y dos agentes uniformados.

—Señorita Vega.

—Detective.

—Necesito que venga conmigo. Para una declaración formal.

—¿Me está arrestando?

—No todavía. Pero dependiendo de lo que diga en la declaración...

—Entiendo.

Me levanté.

Beatriz se levantó conmigo.

—Voy con ella.

—Es su derecho. Pero no podrá estar presente durante el interrogatorio.

—Esperaré afuera entonces.

Salimos del consultorio. Había un coche patrulla en la calle.

Algunos transeúntes miraban.

Me sentí expuesta. Avergonzada.

Una asesina siendo llevada.

Porque eso es lo que era ahora.

Una asesina.

El detective me abrió la puerta trasera del coche.

—Cuidado con la cabeza.

Entré.

Las puertas se cerraron con un sonido final.

Como una celda.

Porque eso es lo que sería el resto de mi vida.

Una celda tras otra.

Beatriz subió a otro coche con uno de los agentes.

El detective se sentó adelante.

—Señorita Vega, voy a leerte tus derechos. Tienes derecho a permanecer en silencio...

Dejé de escuchar.

Porque ya no importaba.

Ya había hablado.

Ya había confesado.

El resto era solo formalidad.

El coche arrancó.

Miré por la ventana. Madrid pasando. Gente viviendo sus vidas. Normal. Inocente.

Yo también había sido así una vez.

¿Verdad?

O quizá nunca lo fui.

Quizá siempre estuve rota.

Desde los seis años.

Desde la primera vez que él entró en mi cuarto.

Fragmentada. Fracturada.

Y todas las piezas cortantes e irregulares eventualmente lastimaron a alguien.

Ana.

Pobre Ana.

—Lo siento —susurré—. Lo siento mucho.

Nadie respondió.

Excepto la voz.

Esa voz que había estado ahí todo el tiempo.

—No lo sientas —dijo suavemente—. Hiciste lo que tenías que hacer. Para sobrevivir.

—Maté a alguien.

—No. YO maté a alguien. Para protegerte. Para protegernos.

—¿De qué? ¿Ana no era una amenaza?

—Sí lo era. Sabía demasiado. Estaba a punto de exponernos.

—¿Exponernos cómo?

—Ella también tenía personalidades múltiples. Nos reconoció. Reconoció a las otras. Y estaba a punto de decirle a Carmen. Y Carmen habría usado esa información para controlarte completamente.

—Así que la mataste.

—Así que te salvé.

—No me salvaste. Me condenaste.

—No. Te liberé.

No entendía.

Pero pronto lo haría.

La comisaría era exactamente como en las películas.

Fría. Institucional. Fluorescente.

Me llevaron a una sala de interrogatorios.

Mesa metálica. Dos sillas. Espejo unidireccional.

—Siéntate. ¿Quieres agua? ¿Café?

—No, gracias.

—¿Estás segura de que no quieres un abogado presente?

—Estoy segura. Solo... quiero contar la verdad.

—De acuerdo.

El detective se sentó frente a mí. Sacó una grabadora.

—Esto va a ser grabado. ¿Entiendes?

—Sí.

—Bien. Empecemos desde el principio. ¿Cuándo conociste a Ana Moreno?

Y se lo conté todo.

Desde el momento que me mudé al 5A.

Los ruidos que escuchaba.

Los episodios que no recordaba.

La voz en mi cabeza.

El descubrimiento en el trastero.

Todo.

Hablé durante dos horas.

El detective tomaba notas. Ocasionalmente interrumpía con preguntas.

Cuando terminé, se quedó en silencio durante largo rato.

—Esto es... complicado.

—Lo sé.

—Estás confesando un crimen. Pero también estás diciendo que no eras tú. Que era una personalidad alterna.

—Sí.

—¿Entiendes que eso no es defensa legal? Que sigues siendo responsable de acciones cometidas por personalidades alternas?

—Sí. Leí sobre el caso de Billy Milligan. Sé que no funcionó para él al final.

—Entonces, ¿por qué confesar?

—Porque Ana merece justicia. Y porque no puedo vivir con esto. Con no saber. Con la duda. Prefiero la certeza. Incluso si esa certeza es prisión.

El detective asintió.

—Voy a ser honesto contigo. Necesitamos más que tu confesión. Necesitamos evidencia física que te conecte con el crimen.

—Tienen mi ADN en el trastero.

—Sí. Pero eso podría explicarse de otras formas. Vives en el edificio. Tienes acceso al trastero.

—¿Entonces qué necesitan?

—El cuaderno. El que mencionaste. El que escribió tu personalidad alterna. Si podemos encontrarlo, si hay detalles que solo el asesino sabría...

—Está en mi apartamento. En la caja de evidencia contra Carmen. Bajo mi cama.

—Tu apartamento sigue siendo escena de crimen. Pero podemos buscar el cuaderno como parte de la investigación.

—Búsquenlo. Por favor. Necesito que sepan que no estoy inventando esto.

—De acuerdo. Por ahora, vas a quedarte aquí. En custodia. Hasta que podamos verificar tu historia.

—¿Cuánto tiempo?

—Veinticuatro horas. Tal vez cuarenta y ocho. Depende de lo que encontremos.

—Está bien.

Me llevaron a una celda.

Pequeña. Limpia. Vacía excepto por una cama y un inodoro.

La puerta se cerró.

Y por primera vez en semanas...

Me sentí segura.

Porque aquí, encerrada, no podía lastimar a nadie más.

Ni siquiera a mí misma.

Me senté en la cama.

Y esperé.

Doce horas después, el detective volvió.

—Encontramos el cuaderno.

—¿Y?

—Y es exactamente como dijiste. Entradas detalladas. Escritas en primera persona. Describiendo el secuestro de Ana. El encierro. La observación de su deterioro.

—¿Observación?

—Sí. Según el cuaderno, tu personalidad alterna bajaba cada noche. A verla. A escucharla suplicar.

Se me revolvió el estómago.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Tres días. Ana estuvo viva tres días en ese trastero antes de morir.

Tres días.

Setenta y dos horas.

Gritando. Suplicando. Muriendo lentamente.

Mientras yo dormía arriba. Sin saber.

O sí sabiendo. En algún nivel profundo.

Empecé a llorar.

No podía parar.

El detective me dejó llorar.

Cuando finalmente me calmé, habló.

—También hay algo más en el cuaderno.

—¿Qué?

—Entradas sobre Carmen. Sobre cómo tu personalidad alterna planeaba incriminarla. Mover el cuerpo a tu armario. Plantar evidencia. Todo calculado.

—¿Por qué?

—Según el cuaderno... para protegerte. Si Carmen era arrestada, nadie sospecharía de ti. Serías la víctima. La que Carmen acosaba.

—Dios mío.

—Laura, esta personalidad alterna... es muy inteligente. Muy calculadora. Y muy peligrosa.

—Lo sé.

—¿Sigue ahí? ¿Sigues escuchándola?

—Sí. Ahora mismo. Todo el tiempo.

—¿Qué está diciendo?

Dudé.

¿Debería decirle?

—Está diciendo que todo salió según el plan.

—¿Qué plan?

—El plan para liberarme. Para... para integrarme completamente. Para que ella tome control permanente.

El detective se inclinó hacia adelante.

—¿Estás en peligro? ¿De ti misma?

—No lo sé. Quizá. O quizá ya perdí. Quizá ella ya ganó.

—Voy a recomendar evaluación psiquiátrica completa. Antes del juicio.

—¿Va a haber juicio?

—Sí. Basándonos en tu confesión y en la evidencia del cuaderno, vamos a presentar cargos. Homicidio involuntario como mínimo. Posiblemente homicidio en segundo grado.

—¿Cuánto tiempo?

—Depende de muchos factores. Pero estamos hablando de años. Muchos años.

—Está bien. Lo acepto.

—Laura...

—¿Sí?

—¿Hay algo más que debamos saber? ¿Otras víctimas? ¿Otros crímenes?

—No que yo sepa. Pero... pregúntenle a ella.

—¿A quién?

Cerré los ojos.

—¿Hay más? —le pregunté a la voz—. ¿Más personas? ¿Más víctimas?

—No —respondió ella—. Solo Ana. Solo la que era necesaria.

Abrí los ojos.

—Dice que no. Solo Ana.

—¿Le crees?

—No lo sé. Pero es todo lo que tengo.

El detective se levantó.

—Voy a procesar los cargos. Mañana te llevarán ante un juez. Tendrás oportunidad de declararte.

—¿Y luego?

—Y luego esperarás el juicio. Probablemente sin fianza dada la naturaleza del crimen.

—¿Dónde?

—Centro penitenciario de mujeres. Soto del Real.

Prisión.

Prisión real.

No hospital psiquiátrico.

Prisión.

—De acuerdo.

El detective me miró con algo que podría haber sido lástima.

—Para lo que vale... creo que estás haciendo lo correcto. Confesando. Aceptando responsabilidad.

—No se siente como lo correcto. Se siente como rendición.

—A veces son lo mismo.

Se fue.

Me quedé sola en la celda.

Y la voz habló.

—Lo hiciste bien.

—¿Bien? Acabo de confesarme culpable de asesinato.

—Exacto. Y ahora nadie sospechará de lo demás.

—¿Lo demás?

—Las otras cosas que hicimos. Las que no recordaste bajo hipnosis. Las que guardé solo para mí.

Se me heló la sangre.

—¿Qué otras cosas?

—No importa ahora. Lo que importa es que estamos a salvo. Confesaste lo de Ana. Eso es suficiente para satisfacerlos.

—¿Y las otras?

—Las otras se quedan enterradas. Como Ana debería haberse quedado.

—No. No puede haber más.

—Shh. Descansa. Mañana empieza nuestra nueva vida.

—¿Nuestra?

—Sí. Porque finalmente entiendes. Finalmente aceptas. Que yo soy necesaria. Que sin mí, no sobrevives.

—Preferiría morir que dejarte ganar.

—Pero no vas a morir. Vas a vivir. En prisión. Durante décadas. Y adivina quién te va a mantener a salvo ahí dentro. ¿La dulce Laura? ¿O yo?

Tenía razón.

Maldita sea, tenía razón.

En prisión necesitaría ser dura. Necesitaría ser violenta.

Necesitaría ser ella.

—Así es —dijo, leyendo mis pensamientos—. Y eventualmente, dejarás de luchar. Dejarás de resistir. Y nos volveremos una.

—No.

—Sí. Es inevitable. Pero no te preocupes. Cuidaré bien de nosotras.

—Eres un monstruo.

—Soy una superviviente. Hay una diferencia.

—No la hay.

—El tiempo lo dirá.

Me acosté en la cama dura de la celda.

E intenté no escucharla.

Intenté no pensar en lo que vendría.

Años en prisión.

Años luchando con la voz.

Años convirtiéndome lentamente en ella.

Hasta que no quedara nada de Laura.

Solo ella.

La que sobrevivió.

La que hizo lo que fue necesario.

La asesina.

A la mañana siguiente me llevaron ante el juez.

Beatriz estaba ahí. En la galería. Llorando.

El juez leyó los cargos.

Homicidio en segundo grado.

Ocultamiento de cadáver.

Falsificación de evidencia.

—¿Cómo se declara?

Miré a Beatriz.

Luego al juez.

Luego a las esposas en mis muñecas.

—Culpable —dije—. De todo.

Murmuros en la sala.

El juez golpeó el mazo.

—El juicio se fijará para dentro de seis meses. Mientras tanto, la acusada permanecerá en custodia sin fianza. Siguiente caso.

Dos guardias me llevaron hacia la salida.

Beatriz se acercó.

—Laura...

—Gracias. Por todo. Pero ya no tienes que venir. Ya no tienes que...

—Voy a visitarte. Cada semana. Lo prometo.

—No lo hagas. No quiero que me veas así.

—Te voy a visitar de todos modos.

Le sonreí. Una sonrisa triste.

—Eres demasiado buena.

—Tú también lo eras. Antes de que todo esto...

—No. Nunca lo fui. Solo fingía bien.

Me llevaron afuera. Hacia el furgón de transporte.

Me esposaron a una barra metálica.

Otras tres mujeres ya estaban ahí. Me miraron con curiosidad.

Las puertas se cerraron.

El furgón arrancó.

Y mientras Madrid desaparecía por la ventana trasera...

La voz susurró una última cosa.

—Perfecto.

Y supe que tenía razón.

Todo había salido exactamente como ella planeó.

Desde el principio.

Carmen no era la manipuladora.

Yo lo era.

O ella lo era.

Ya no sabía cuál era la diferencia.
